

Tres ensayos de teoría sexual
(1905)

Nota introductoria

Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie

Ediciones en alemán

- 1905 Leipzig y Viena: Deuticke, ii + 83 págs.
1910 2ª ed. Leipzig y Viena: Deuticke, iii + 87 págs.
(Con agregados.)
1915 3ª ed. Leipzig y Viena: Deuticke, vi + 101 págs.
(Con agregados.)
1920 4ª ed. Leipzig y Viena: Deuticke, viii + 104 págs.
(Con agregados.)
1922 5ª ed. Leipzig y Viena: Deuticke, viii + 104 págs.
(Sin modificaciones.)
1924 *GS*, 5, págs. 3-119. (Con agregados.)
1925 6ª ed. Leipzig y Viena: Deuticke, 120 págs. (Reimpreso de la edición de 1924.)
1942 *GW*, 5, págs. 29-145. (Sin modificaciones.)
1972 *SA*, 5, págs. 37-145.

«Vorwort zur vierten Auflage»

- 1920 *Int. Z. Psychoanal.*, 6, pág. 247.
1920 Leipzig y Viena: Deuticke, págs. vii-viii.
1922 Leipzig y Viena: Deuticke, págs. vii-viii.
1924 *GS*, 5, pág. 5.
1925 Leipzig y Viena: Deuticke, pág. 5.
1942 *GW*, 5, págs. 31-2.
1972 *SA*, 5, págs. 45-6.

*Traducciones en castellano**

- 1922 *Una teoría sexual. BN* (17 vols.), 2, págs. 7-143.
Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, 2, págs. 7-138. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), 1, págs. 779-832. El mismo traductor.

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6.}

- 1952 Igual título. *SR*, 2, págs. 7-106 y 20, págs. 187-8. El mismo traductor.
- 1967 Igual título. *BN* (3 vols.), 1, págs. 771-824. El mismo traductor.
- 1972 *Tres ensayos para una teoría sexual*. *BN* (9 vols.), 4, págs. 1169-237. El mismo traductor.
- 1955 «Prólogo de la cuarta edición». *SR*, 20, págs. 189-90. Traducción de Ludovico Rosenthal.
- 1968 Igual título. *BN* (3 vols.), 3, págs. 318-9.
- 1972 Igual título. *BN* (9 vols.), 4, págs. 1170-1.

No hay duda de que los *Tres ensayos de teoría sexual* son, junto a *La interpretación de los sueños*, las más trascendentes y originales contribuciones de Freud al conocimiento de lo humano. Sin embargo, en la forma en que estamos habituados a leer estos ensayos, es difícil evaluar con precisión el impacto que causaron cuando se publicaron por primera vez, ya que en las ediciones que se sucedieron a lo largo de veinte años su autor introdujo en ellos más modificaciones y agregados que en cualesquiera otros de sus escritos (salvo, quizás, en *La interpretación de los sueños*).¹ La presente edición difiere en un aspecto importante de todas las anteriores, ya sea en alemán o en otros idiomas. Aunque está basada en la sexta edición alemana, de 1925, la última publicada en vida de Freud, en ella se señalan todas las modificaciones sustanciales introducidas desde la primera edición, con su fecha respectiva. Si algún pasaje fue eliminado o muy modificado en sucesivas ediciones, se consigna a pie de página el pasaje original. Ello permitirá al lector formarse una idea más clara acerca de la forma primitiva de estos ensayos.

Por ejemplo, probablemente cause sorpresa el hecho de que las secciones sobre las teorías sexuales infantiles y sobre la organización pregenital de la libido (ambas en el segundo ensayo) fueran incorporadas en su totalidad recién en 1915, diez años después de la primera edición. También en esa fecha se añadió, en el tercer ensayo, la sección sobre la teoría de la libido. No sorprende tanto, en cambio, que los avances de la bioquímica obligasen a reescribir (en 1920) el párrafo sobre las bases químicas de la sexualidad. Aquí la sorpresa obra más bien en sentido contrario, pues la versión original de dicho párrafo, que incluimos en una nota al

¹ El propio Freud comentó ampliamente este hecho, y las incongruencias que estas modificaciones pudieron haber introducido en el texto, en su trabajo «La organización genital infantil» (1923c), *AE*, 19, pág. 145.

pie (pág. 197), revela la notable anticipación de Freud en este aspecto y cuán pocas modificaciones debió introducir en sus puntos de vista.

Pero, a pesar de los considerables agregados que tuvo el libro luego de su primera publicación, lo esencial ya estaba en él en 1905 y, en verdad, puede encontrarsele antecedentes en fechas aún anteriores. Gracias a la publicación de la correspondencia con Fliess (1950a) es hoy posible seguir en detalle toda la historia del interés de Freud por este tema; aquí bastará delinearla someramente. Las observaciones clínicas realizadas por Freud acerca de la importancia de los factores sexuales en la causación de la neurosis de angustia y la neurastenia, primero, y más tarde de las psiconeurosis, fueron las que lo llevaron a efectuar una amplia investigación sobre la sexualidad. Sus primitivos enfoques del tema, a comienzos de la década de 1890, partían de premisas fisiológicas y químicas. Por ejemplo, en su primer trabajo acerca de la neurosis de angustia (1895b) se halla una hipótesis neurofisiológica sobre los procesos de excitación y descarga sexuales (AE, 3, págs. 108-9; y un notable diagrama que ilustra esta hipótesis se encuentra en el Manuscrito G de la correspondencia con Fliess, que data más o menos de la misma época (aunque ya había sido mencionado un año antes, en el Manuscrito D, escrito probablemente en la primavera de 1894). La insistencia de Freud en la base química de la sexualidad también se remonta a esa época (se alude a ella en el mencionado Manuscrito D). En este caso Freud creía deber mucho a las sugerencias de Fliess, como lo demuestra, entre otros lugares, en sus asociaciones al famoso sueño de la inyección de Irma, del verano de 1895 (*La interpretación de los sueños*, capítulo II). También estaba en deuda con Fliess por las afirmaciones de este respecto del tema conexo de la bisexualidad (pág. 130, n. 12), al que Freud hace referencia en una carta del 6 de diciembre de 1896 (Carta 52) y más tarde llegó a considerar como un «factor decisivo» (pág. 201), si bien su opinión definitiva acerca de la acción de tal factor originó su discrepancia con Fliess. En esa misma carta de fines de 1896 hallamos la primera mención de las zonas erógenas (susceptibles de estimulación en la infancia pero más tarde sofocadas) y su nexa con las perversiones. Y a comienzos de ese año (Manuscrito K, del 1º de enero de 1896) —y aquí nos encontramos con indicios de un enfoque más psicológico— somete a examen los poderes represores, el asco, la vergüenza y la moral.

Sin embargo, aunque tantos elementos de la teoría de Freud sobre la sexualidad estaban ya presentes en su mente hacia 1896, debía aún descubrir su piedra angular. Desde

el comienzo tuvo la sospecha de que los factores causales de la histeria se remontaban a la niñez; se alude a ello en los párrafos iniciales de la «Comunicación preliminar» de 1893, y en 1895 (véase, por ejemplo, la parte II del «Proyecto de psicología», *AE*, 1, págs. 394 y sigs.) Freud ofrecía una explicación completa de la histeria basada en los efectos traumáticos de la seducción sexual en la primera infancia. Pero en todos estos años anteriores a 1897 la sexualidad infantil sólo se consideraba un factor latente, capaz de ser sacado a luz, con resultados catastróficos, únicamente mediante la intervención de un adulto. Ciertamente es que del contraste trazado por Freud entre la causación de la histeria y de la neurosis obsesiva podría inferirse una excepción a ello: según Freud la primera tenía su origen en experiencias sexuales pasivas de la niñez, y la segunda en experiencias sexuales activas; pero al establecer esta distinción, en sus «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896b), Freud deja bien en claro que las experiencias activas subyacentes en la neurosis obsesiva han sido invariablemente precedidas por experiencias pasivas —de modo tal que, una vez más, la movilización de la sexualidad infantil obedecía en última instancia a la interferencia externa—. No fue sino en el verano de 1897 que Freud se vio obligado a abandonar su teoría de la seducción. Le anunció a Fliess este acontecimiento en su carta del 21 de setiembre (Carta 69),² y su descubrimiento casi simultáneo del complejo de Edipo en su autoanálisis (Cartas 70 y 71, del 3 y el 15 de octubre) lo llevó inevitablemente a advertir que en los niños más pequeños operaban normalmente impulsos sexuales sin ninguna necesidad de estimulación externa. Con este hallazgo, la teoría sexual de Freud ya estaba realmente completa.

Pese a ello, le llevó algunos años avenirse por entero a su propio descubrimiento. Verbigracia, en un pasaje de «La sexualidad en la etiología de las neurosis» (1898a) se pronuncia en parte a favor y en parte en contra de él. Afirma que los niños tienen la capacidad para «cualquier función sexual psíquica y para muchas somáticas» y que es erróneo suponer que su vida sexual comienza en la pubertad; pero, por otro lado, declara que «la organización y evolución de

² Su abandono de la teoría de la seducción fue anunciado por él públicamente por primera vez en un breve pasaje y una nota al pie del presente trabajo (pág. 173), y poco después, con más extensión, en «Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis» (1906a), *infra*, págs. 265 y sigs. Describió posteriormente sus reacciones personales frente a este hecho en «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914d), *AE*, 14, págs. 17-8, y en su *Presentación autobiográfica* (1925d), *AE*, 20, pág. 33.

la especie humana procura evitar cualquier actividad sexual considerable en la niñez», que las mociones sexuales de los seres humanos deben acumularse para ser liberadas sólo en la pubertad, y que esto explica por qué las experiencias sexuales de la niñez están destinadas a ser patógenas. Lo importante, continúa diciendo, son los *efectos posteriores* producidos por tales experiencias en la madurez, debido al desarrollo del aparato sexual somático y psíquico que entretanto ha tenido lugar. Hay incluso en la primera edición de *La interpretación de los sueños* un pasaje curioso (AE, 4, pág. 149), en el cual sostiene que «juzgamos dichosos a los niños porque todavía no conocen el apetito sexual». (En 1911 corrigió este pasaje en una nota al pie —según Ernest Jones, a sugerencia de Jung—.) Esto era sin lugar a dudas un remanente de un borrador previo del libro, ya que en otros lugares de la obra (p. ej., en su examen del complejo de Edipo, en el capítulo V) se refiere inequívocamente a la existencia de deseos sexuales aun en los niños normales. Y es evidente que cuando escribió su historial clínico de «Dora» (a comienzos de 1901) ya estaban firmemente establecidos los lineamientos principales de su teoría de la sexualidad. (Véase *supra*, pág. 5.)

No obstante, Freud no tenía prisa por dar a publicidad sus resultados. Estando ya terminada y a punto de aparecer *La interpretación de los sueños*, el 11 de octubre de 1899, le comenta a Fliess (Carta 121): «Una teoría de la sexualidad puede muy bien ser la sucesora inmediata del libro sobre los sueños»; y tres meses después, el 26 de enero de 1900, escribe (Carta 128): «Estoy reuniendo material para la teoría de la sexualidad, a la espera de que alguna chispa venga a encender todo el material acumulado». Pero la chispa tardaría mucho tiempo en producirse. Aparte de su breve ensayo *Sobre el sueño* y de la *Psicopatología de la vida cotidiana*, que aparecieron antes del otoño de 1901, Freud no publicó ningún trabajo importante en los cinco años siguientes.

Luego, de pronto, en 1905 dio a luz tres obras fundamentales: su libro sobre *El chiste y su relación con lo inconsciente*, los *Tres ensayos* y el caso «Dora». Se sabe con certeza que este último había sido redactado en su mayor parte cuatro años atrás (cf. págs. 4 y sigs.); fue publicado en octubre y noviembre de 1905. Las otras dos obras fueron publicadas casi simultáneamente unos meses antes, aunque se ignora la fecha exacta.³

³ Véase un examen más detenido de este punto en mi «Prefacio» al libro sobre el chiste (1905c), AE, 8, pág. 5.

En las ediciones alemanas, sólo el primer ensayo tenía las secciones numeradas (y en verdad, hasta 1924 esa numeración llegaba únicamente hasta la mitad de dicho ensayo). Para facilitar las referencias, hemos extendido la numeración al segundo y al tercer ensayos.

James Strachey

Prólogo a la segunda edición¹

El autor, que no se llama a engaño sobre las lagunas y oscuridades de este pequeño escrito, ha resistido empero la tentación de incorporarle los resultados logrados por la investigación en los últimos cinco años; no quiso destruir su carácter de documento unitario. Por eso reproduce el texto original con mínimas variantes y se contenta con añadir algunas notas de pie de página, que se distinguen de las notas antiguas por llevar antepuesto un asterisco.² Por lo demás, es su ferviente deseo que este libro envejezca rápidamente, a causa de la aceptación universal de lo que antaño fue su nuevo aporte, y del remplazo de las deficiencias que contiene por las tesis correctas.

Viena, diciembre de 1909

¹ [Este prólogo fue suprimido desde la edición de 1920 en adelante.]

² [Esta distinción se eliminó en todas las ediciones posteriores.]

Prólogo a la tercera edición

Tras observar durante un decenio la recepción y el efecto que este libro ha tenido, quiero dotar a su tercera edición de algunas observaciones previas, enderezadas a corregir malentendidos y reclamos incumplibles que se le han hecho. Sobre todo, es preciso destacar que la exposición parte aquí enteramente de la experiencia médica cotidiana, que la indagación psicoanalítica está destinada a abondar y a prestarle relevancia científica. Los *Tres ensayos de teoría sexual* no pueden contener más que lo que el psicoanálisis necesita suponer o permite comprobar. Por eso queda excluido que alguna vez puedan ampliarse hasta constituir una «teoría sexual», y es comprensible que ni siquiera tomen posición sobre muchos problemas importantes de la vida sexual. Pero no se crea que estos capítulos omitidos del gran tema fueron ignorados por el autor, o que los desdeñó por considerarlos accesorios.

Ahora bien, este escrito es tributario de las experiencias psicoanalíticas que llevaron a redactarlo, lo cual se evidencia no sólo en la selección del material, sino en su ordenamiento. Dondequiera se atiende a un cierto itinerario de instancias, se da prioridad a los factores accidentales, los posicionales son dejados en el trasfondo y el desarrollo ontogenético se considera antes que el filogenético. En efecto, lo accidental desempeña el papel principal en el análisis, y este lo domina casi sin residuos. En cambio, lo disposicional sólo sale a la luz tras él, como algo despertado por el vivenciar, pero cuya apreciación rebasa con mucho el campo de trabajo del psicoanálisis.

Una proporción parecida gobierna la relación entre ontogénesis y filogénesis. La primera puede considerarse como una repetición de la filogénesis en la medida en que esta no es modificada por un vivenciar más reciente. Por detrás del proceso ontogenético se hace notar la disposición filogenética. Pero, en el fondo, la disposición es justamente la sedimentación de un vivenciar anterior de la especie, al cual el vivenciar más nuevo del individuo viene a agregarse como suma de los factores accidentales.

Junto a su fundamental dependencia de la investigación

psicoanalítica, tengo que destacar, como rasgo de este trabajo mío, su deliberada independencia respecto de la investigación biológica. He evitado cuidadosamente introducir expectativas científicas provenientes de la biología sexual general, o de la biología de las diversas especies animales, en el estudio que la técnica del psicoanálisis nos posibilita hacer sobre la función sexual del ser humano. En verdad, mi propósito fue dar a conocer todo cuanto puede colegirse acerca de la biología de la vida sexual humana con los medios de la investigación psicológica; me era lícito señalar las relaciones de consecuencia y de concordancia obtenidas a raíz de esa indagación, pero el hecho de que en muchos puntos importantes el método psicoanalítico llevara a perspectivas y resultados muy diversos de los producidos por la biología sola no era razón suficiente para apartarme de mi camino.

En esta tercera edición introduje abundantes intercalaciones, pero renuncié a marcarlas, como en las ediciones anteriores, mediante un signo particular. Es verdad que en el campo que aquí abordamos los progresos del trabajo científico se han hecho en la actualidad más lentos; pero hacía falta complementar este escrito para ponerlo en armonía con la bibliografía psicoanalítica más reciente.¹

Viena, octubre de 1914

¹ [En la edición de 1915 aparecía la siguiente nota al pie:] En 1910, luego de publicarse la segunda edición, apareció en Nueva York una traducción al inglés efectuada por A. A. Brill, y en 1911, en Moscú, una traducción al ruso por N. Ossipow. [En vida de Freud se publicaron además las siguientes traducciones: al húngaro (1915), al italiano (1921), al español (1922), al francés (1923), al polaco (1924), al checo (1926) y al japonés (1931).]

Prólogo a la cuarta edición*

Retirada la marea de la guerra, puede comprobarse con satisfacción que el interés por la investigación psicoanalítica ha permanecido incólume en el ancho mundo. Empero, no todas las partes de la doctrina tuvieron el mismo destino. Las formulaciones y averiguaciones puramente psicológicas del psicoanálisis acerca del inconciente, la represión, el conflicto patógeno, la ganancia de la enfermedad, los mecanismos de la formación de síntoma, etc., gozan de un reconocimiento creciente y son tomados en cuenta aun por quienes los cuestionan en principio. Pero la parte de la doctrina vinculante con la biología, cuyas bases se ofrecen en este pequeño escrito, sigue despertando un disenso que no ha cedido, y aun personas que durante un lapso se ocuparon intensamente del psicoanálisis se vieron movidas a abandonarlo para abrazar nuevas concepciones, destinadas a restringir, de nuevo, el papel del factor sexual en la vida anímica normal y patológica.

A pesar de ello, no me decido a suponer que esta parte de la doctrina psicoanalítica pueda apartarse mucho más que las otras de la realidad que colegimos. El recuerdo que de ella tengo, y su examen repetido una y otra vez, me dicen que nació de una observación tan cuidadosa cuanto desprevenida. Por lo demás, no es difícil explicar esa disociación que advertimos en el reconocimiento público. En primer lugar, los comienzos aquí descritos de la vida sexual humana sólo pueden ser corroborados por investigadores que posean la paciencia y la destreza técnica suficientes para llevar el análisis hasta los primeros años de la infancia del paciente. Y aun suele faltar la posibilidad de hacerlo, pues la acción médica pide una solución más expeditiva, en apariencia, del caso patológico. Pero los que no son médicos, y por tanto no ejercen el psicoanálisis, no tienen absolutamente ningún acceso a este campo, ni posibilidad alguna de formarse una opinión no influida por sus propias aversiones y prejuicios. Si los hombres supieran aprender de la observación directa de los niños, estos tres ensayos podrían no haberse escrito.

* («Vorwort zur vierten Auflage», publicado por separado; véase *supra*, pág. 111, las referencias bibliográficas correspondientes.)

Pero, además, es preciso recordar que una parte del contenido de este trabajo, a saber, su insistencia en la importancia de la vida sexual para todas las actividades humanas y su intento de ampliar el concepto de sexualidad, constituyó desde siempre el motivo más fuerte de resistencia al psicoanálisis. En el afán de acuñar consignas grandilocuentes, se ha llegado a hablar del «pansexualismo» del psicoanálisis y a hacerle el disparatado reproche de que lo explica todo a partir de la «sexualidad». Esto solamente nos asombraría si olvidáramos la confusión y desmemoria que provocan los factores afectivos. En verdad, hace ya mucho tiempo, el filósofo Arthur Schopenhauer expuso a los hombres el grado en que sus obras y sus afanes son movidos por aspiraciones sexuales —en el sentido habitual del término—. ¡Y parece mentira que todo un mundo de lectores haya podido borrar de su mente un aviso tan sugestivo! Pero en lo que atañe a la «extensión» del concepto de sexualidad, que el análisis de los niños y de los llamados perversos hace necesaria, todos cuantos miran con desdén al psicoanálisis desde su encumbrada posición deberían advertir cuán próxima se encuentra esa sexualidad ampliada del psicoanálisis al Eros del divino Platón. (Cf. Nachmansohn, 1915.)

Viena, mayo de 1920

I. Las aberraciones sexuales¹

El hecho de la existencia de necesidades sexuales en el hombre y el animal es expresado en la biología mediante el supuesto de una «pulsión sexual». En eso se procede por analogía con la pulsión de nutrición: el hambre. El lenguaje popular carece de una designación equivalente a la palabra «hambre»; la ciencia usa para ello «*libido*».²

La opinión popular tiene representaciones bien precisas acerca de la naturaleza y las propiedades de esta pulsión sexual. Faltaría en la infancia, advendría en la época de la pubertad y en conexión con el proceso de maduración que sobreviene en ella, se exteriorizaría en las manifestaciones de atracción irrefrenable que un sexo ejerce sobre el otro, y su meta sería la unión sexual o, al menos, las acciones que apuntan en esa dirección. Pero tenemos pleno fundamento para discernir en esas indicaciones un reflejo o copia muy infiel de la realidad; y si las miramos más de cerca, las vemos plagadas de errores, imprecisiones y conclusiones apresuradas.

Introduzcamos dos términos: llamamos *objeto sexual* a la persona de la que parte la atracción sexual, y *meta sexual* a la acción hacia la cual esfuerza la pulsión. Si tal hacemos, la experiencia espigada científicamente nos muestra la existencia de numerosas desviaciones respecto de ambos, el objeto sexual y la meta sexual, desviaciones cuya relación con la norma supuesta exige una indagación a fondo.

¹ Las referencias contenidas en el primer ensayo se tomaron de las conocidas publicaciones de Krafft-Ebing, Moll, Moebius, Havelock Ellis, Schrenck-Notzing, Löwenfeld, Eulenburg, I. Bloch, M. Hirschfeld, y de los trabajos del *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*, publicado bajo la dirección del autor nombrado en último término. Puesto que en esas obras se consigna la restante bibliografía sobre el tema, pude ahorrarme una referencia detallada. [Agregado en 1910:] Las intelecciones obtenidas por medio de la indagación psicoanalítica de invertidos se basan en comunicaciones de I. Sadger y en mi propia observación.

² [Nota agregada en 1910:] La única palabra adecuada en lengua alemana, «*Lust*» («placer», «gana»), es por desgracia multívoca, ya que designa tanto la sensación de la necesidad como la de la satisfacción. [Cf. pág. 194n.]

1. Desviaciones con respecto al objeto sexual

La fábula poética de la partición del ser humano en dos mitades —macho y hembra— que aspiran a reunirse de nuevo en el amor se corresponde a maravilla con la teoría popular de la pulsión sexual.³ Por eso provoca gran sorpresa enterarse de que hay hombres cuyo objeto sexual no es la mujer, sino el hombre, y mujeres que no tienen por tal objeto al hombre, sino a la mujer. A esas personas se las llama de sexo contrario o, mejor, invertidas; y al hecho mismo, *inversión*. El número de esas personas es muy elevado, aunque es difícil averiguarlo con certeza.⁴

A. La inversión

CONDUCTA DE LOS INVERTIDOS. Las personas en cuestión se comportan de manera por entero diversa en diferentes aspectos.

a. Pueden ser invertidos *absolutos*, vale decir, su objeto sexual tiene que ser de su mismo sexo, mientras que el sexo opuesto nunca es para ellos objeto de añoranza sexual, sino que los deja fríos y hasta les provoca repugnancia. Si se trata de hombres, esta repugnancia los incapacita para ejecutar el acto sexual normal, o no extraen ningún goce al ejecutarlo.

b. Pueden ser invertidos *anfígenos* (hermafroditas psico-sexuales), vale decir, su objeto sexual puede pertenecer tanto a su mismo sexo como al otro; la inversión no tiene entonces el carácter de la exclusividad.

c. Pueden ser invertidos *ocasionales*, vale decir, bajo ciertas condiciones exteriores, entre las que descuellan la inaccesibilidad del objeto sexual normal y la imitación, pueden tomar como objeto sexual a una persona del mismo sexo y sentir satisfacción en el acto sexual con ella.

Los invertidos muestran, además, una conducta diversa en su juicio acerca de la particularidad de su pulsión sexual. Algunos toman la inversión como algo natural, tal como el

³ [Esta es sin duda una alusión a la teoría expuesta por Aristófanes en *El banquete* de Platón. Freud volvió sobre este punto mucho tiempo después, en *Más allá del principio de placer* (1920g), *AE*, 18, pág. 57n.]

⁴ Acerca de estas dificultades y de los intentos de calcular la proporción de invertidos, véase el trabajo de M. Hirschfeld (1904).

normal considera la orientación de su libido, y defienden con energía su igualdad de derechos respecto de los normales; otros se sublevan contra el hecho de su inversión y la sienten como una compulsión patológica.⁵

Otras variaciones atañen a las relaciones temporales. El rasgo de la inversión data en el individuo desde siempre, hasta donde llega su recuerdo, o se le hizo notable sólo en determinada época, antes o después de la pubertad.⁶ Este carácter puede conservarse durante toda la vida, o bien desaparecer en algún momento, o bien representar un episodio en la vía hacia el desarrollo normal; y aun puede exteriorizarse sólo más tarde en la vida, trascurrido un largo período de actividad sexual normal. También se ha observado una fluctuación periódica entre el objeto normal y el invertido. Particular interés presentan los casos en que la libido se altera en el sentido de la inversión después que se tuvo una experiencia penosa con el objeto sexual normal.

En general, estas diversas series de variaciones coexisten con independencia unas de otras. En el caso de la forma más extrema tal vez pueda suponerse regularmente que la inversión existió desde una época muy temprana y que la persona se siente conforme con su peculiaridad.

Muchos autores se negarían a reunir en una unidad los casos aquí enumerados y preferirían destacar las diferencias entre estos grupos en vez de sus rasgos comunes, lo cual guarda relación estrecha con la manera en que prefieren apreciar la inversión. Ahora bien, por justificadas que estén las separaciones, no puede desconocerse que se descubren en número abundante todos los grados intermedios, de suerte que el establecimiento de series se impone en cierto modo por sí solo.

CONCEPCIÓN DE LA INVERSIÓN. La primera apreciación de la inversión consistió en concebirla como un signo innato

⁵ El hecho de que una persona se revuelva así contra la compulsión a la inversión podría ser la condición para que pueda ser influida por un tratamiento por sugestión [*agregado* en 1910:] o por un psicoanálisis.

⁶ Muchos autores han destacado con acierto que las indicaciones autobiográficas de los invertidos acerca de la aparición temporal de la tendencia a la inversión no son confiables; en efecto, pueden haber reprimido {desalojado} de su memoria la prueba de su sensibilidad heterosexual. [*Agredado* en 1910:] El psicoanálisis ha corroborado esta sospecha en los casos que ha podido estudiar, alterando decisivamente su anamnesis al cubrir el vacío dejado por la amnesia infantil. [En la primera edición (1905), en lugar de esta oración aparecía otra: «Una decisión sobre este punto sólo podría obtenerse por medio de una indagación psicoanalítica de los invertidos».]

de degeneración nerviosa, en armonía con el hecho de que los observadores médicos tropezaron por primera vez con ella en enfermos nerviosos o en personas que producían esa impresión. Esta caracterización contiene dos notas que deben ser juzgadas independientemente: el carácter innato y la degeneración.

DEGENERACIÓN. La degeneración está expuesta a las objeciones que se elevan, en general, contra el uso indiscriminado de esa palabra. Se ha hecho costumbre imputar a la degeneración todo tipo de manifestación patológica que no sea de origen estrictamente traumático o infeccioso. La clasificación de los degenerados propuesta por Magnan hace que ni siquiera una actividad nerviosa de óptima conformación general quede necesariamente excluida de la aplicación de ese concepto. En tales circunstancias, cabe preguntarse qué utilidad y qué nuevo contenido posee en general el juicio «degeneración». Parece más adecuado hablar de degeneración sólo cuando: 1) coincidan varias desviaciones graves respecto de la norma; 2) la capacidad de rendimiento y de supervivencia aparezcan gravemente deterioradas.⁷

Varios hechos hacen ver que los invertidos no son degenerados en este sentido legítimo del término:

1. Hallamos la inversión en personas que no presentan ninguna otra desviación grave respecto de la norma.

2. La hallamos en personas cuya capacidad de rendimiento no sólo no está deteriorada, sino que poseen un desarrollo intelectual y una cultura ética particularmente elevados.⁸

3. Si prescindimos de los pacientes que se nos presentan en nuestra experiencia médica y procuramos abarcar un círculo más vasto, en dos direcciones tropezamos con hechos que prohíben concebir la inversión como signo degenerativo: *a*) es preciso considerar que en pueblos antiguos, en el apogeo de su cultura, la inversión fue un fenómeno frecuente, casi una institución a la que se confiaban importantes funciones; *b*) la hallamos extraordinariamente difundida en muchos pueblos salvajes y primitivos, mientras que el con-

⁷ Las puntualizaciones de Moebius (1900) nos alertan sobre las reservas a que está sujeto el diagnóstico de degeneración y sobre su escasa importancia práctica: «Si se considera en conjunto el vasto campo de la degeneración, sobre el cual hemos arrojado alguna luz en estas páginas, se echa de ver sin más el escaso valor que tiene diagnosticar una degeneración en general».

⁸ Debe concederse a los portavoces del «uranismo» que algunos de los hombres más destacados de que tenemos noticia fueron invertidos, y acaso invertidos absolutos.

cepto de degeneración suele circunscribirse a la alta civilización (Bloch); y aun entre los pueblos civilizados de Europa, el clima y la raza ejercen la máxima influencia sobre la difusión y el enjuiciamiento de la inversión.⁹

CARÁCTER INNATO. Como es lógico, el carácter innato se ha aseverado únicamente respecto de la primera clase de invertidos, la más extrema, y por cierto sobre la base de la afirmación de estas personas en el sentido de que en ningún momento de su vida se presentó en ellas otra orientación de la pulsión sexual. Ya la existencia de las otras dos clases, en especial de la tercera [los invertidos «ocasionales»], es difícilmente compatible con la concepción de un carácter innato. Por eso los que sostienen esta opinión se inclinan a separar el grupo de los invertidos absolutos de todos los demás, lo que trae por consecuencia la renuncia a una concepción universalmente válida de la inversión. De acuerdo con ello, en una serie de casos esta poseería carácter innato; en otros, podría haber nacido de otra manera.

Opuesta a esta concepción es la que afirma que la inversión es un carácter *adquirido* de la pulsión sexual. Se apoya en las siguientes consideraciones:

1. En muchos invertidos (aun absolutos) puede rastrear-se una impresión sexual que los afectó en una época temprana de su vida y cuya secuela duradera fue la inclinación homosexual.

2. En muchos otros es posible indicar las influencias externas favorecedoras e inhibidoras que llevaron, en época más temprana o más tardía, a la fijación de la inversión (trato exclusivo con el mismo sexo, camaradería en la guerra, detención en prisiones, los peligros del comercio heterosexual, el celibato, la insuficiencia sexual, etc.).

3. La inversión puede eliminarse por vía de sugestión hipnótica, lo cual sería asombroso si se tratara de un carácter innato.

Así vistas las cosas, puede ponerse en entredicho la existencia misma de una inversión innata. Cabe objetar (Havelock Ellis [1915]) que un examen más preciso de los casos aducidos en favor de la inversión innata probablemente traería a la luz también una vivencia de la primera

⁹ En la concepción sobre la inversión, los puntos de vista patológicos han sido sustituidos por los antropológicos. Este cambio es mérito de Iwan Bloch (1902-03), autor que ha destacado expresamente el hecho de la inversión en los pueblos civilizados de la Antigüedad.

infancia que fue determinante para la orientación de la libido. Esta vivencia no se habría conservado, simplemente, en la memoria conciente de la persona, pero sería posible hacérsela recordar mediante la influencia adecuada. De acuerdo con estos autores, la inversión sólo podría caracterizarse como una frecuente variación de la pulsión sexual, que puede estar determinada por cierto número de circunstancias vitales externas.

No obstante, la certeza que así parece haberse adquirido cesa por esta observación en contrario: se demuestra que muchas personas están sometidas a esas mismas influencias sexuales (aun en la temprana juventud: seducción, onanismo mutuo) sin por ello convertirse en invertidas o permanecer duraderamente tales. Así, nos vemos llevados a esta conjetura: la alternativa innato-adquirido es incompleta, o no abarca todas las situaciones que la inversión plantea.

EXPLICACIÓN DE LA INVERSIÓN. La hipótesis de que la inversión es innata no explica su naturaleza, como no la explica la hipótesis de que es adquirida. En el primer caso, es preciso puntualizar qué es en ella lo innato; de lo contrario se caería en la explicación más burda, a saber, que una persona trae consigo, innato, el enlace de la pulsión sexual con un objeto sexual determinado. En el otro caso, cabe preguntar si las múltiples influencias accidentales alcanzan para explicar la adquisición sin la necesaria sollicitación (*Entgegenkommen*); de algo que existiría en el individuo. Según nuestras anteriores puntualizaciones, no es lícito negar este último factor.

EL RECURSO A LA BISEXUALIDAD. Desde Lydston [1889], Kiernan [1888] y Chevalier [1893], se ha recurrido, para explicar la posibilidad de una inversión sexual, a una serie de ideas que contienen un nuevo disenso con la opinión popular. Para esta, un ser humano es hombre o es mujer. Pero la ciencia conoce casos en que los caracteres sexuales aparecen borrosos y por tanto resulta difícil determinar el sexo; en primer lugar, en el campo anatómico. Los genitales de estas personas reúnen caracteres masculinos y femeninos (hermafroditismo). En casos raros, las dos clases de aparato sexual coexisten plenamente desarrolladas (hermafroditismo verdadero), pero, en la mayoría, ambas están atrofiadas.¹⁰

¹⁰ Para recientes y detalladas descripciones del hermafroditismo somático, véase Taruffi (1903), y los trabajos de Neugebauer en varios volúmenes del *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*.

Ahora bien, lo notable de estas anomalías es que facilitan inesperadamente la comprensión de la formación normal. En efecto, cierto grado de hermafroditismo anatómico es la norma: en ningún individuo masculino o femenino de conformación normal se echan de menos las huellas del aparato del otro sexo; o bien han perdurado carentes de función, como unos órganos rudimentarios, o bien se han modificado para tomar sobre sí otras funciones.

La concepción que resulta de estos hechos anatómicos conocidos de antiguo es la de una disposición originariamente bisexual que, en el curso del desarrollo, se va alterando hasta llegar a la monosexualidad con mínimos restos del sexo atrofiado.

Era sugerente transferir esta concepción al campo psíquico y comprender la inversión en sus distintas variedades como expresión de un hermafroditismo psíquico. Y para zanjar la cuestión sólo restaría una coincidencia regular entre la inversión y los signos anímicos y somáticos del hermafroditismo.

Sólo que esta expectativa obvia no se cumple. No es lícito concebir tan estrechas las relaciones entre la hibridez psíquica supuesta y la hibridez anatómica comprobable. Lo que a menudo se halla en los invertidos es una disminución de la pulsión sexual en general (Havelock Ellis [1915]) y ligeras atrofas anatómicas de los órganos. A menudo, pero no de manera regular ni tampoco dominante. Es preciso reconocer, por tanto, que inversión y hermafroditismo somático son, en líneas generales, independientes entre sí.

Además, se ha atribuido gran importancia a los caracteres sexuales llamados secundarios y terciarios y a su frecuente presencia en los invertidos (H. Ellis [*ibid.*]). También en esto hay mucho de certero. Pero no es lícito olvidar que los caracteres secundarios y terciarios de un sexo aparecen con muchísima frecuencia en el otro. En tales casos son indicios de hibridez, mas no por ello hay un cambio del objeto sexual en el sentido de una inversión.

El hermafroditismo psíquico ganaría en verosimilitud si con la inversión del objeto sexual corriera paralelo al menos un vuelco de las otras propiedades anímicas, pulsiones y rasgos de carácter, hacia la variante que es peculiar del otro sexo. Pero semejante inversión del carácter sólo se encuentra con alguna regularidad en las mujeres invertidas. En los hombres, la más plena virilidad anímica es compatible con la inversión. De conservar la tesis de un hermafroditismo psíquico, es preciso agregar que sus exteriorizaciones en los diversos campos permiten individualizar sólo un escaso condicionamiento recíproco. Lo mismo vale, por lo demás, para

la hibridez somática; según Halban (1903),¹¹ también las atrofias de órganos particulares y los caracteres sexuales secundarios se presentan con bastante independencia recíproca.

La doctrina de la bisexualidad ha sido formulada en su variante más cruda por un portavoz de los invertidos masculinos: «Un cerebro femenino en un cuerpo masculino». Sólo que no conocemos los caracteres de lo que sería un «cerebro femenino». Sustituir el problema psicológico por el anatómico es tan ocioso como injustificado. El intento de explicación de Krafft-Ebing parece concebido con mayor exactitud que el de Ulrichs, pero en esencia no difiere de él; según Krafft-Ebing [1895a, pág. 5], la disposición bisexual dota al individuo tanto de centros cerebrales masculinos y femeninos cuanto de órganos sexuales somáticos. Estos centros empiezan a desarrollarse en la época de la pubertad, las más de las veces bajo la influencia de las glándulas sexuales, que son independientes de ellos en cuanto a la disposición {constitucional}. Pero acerca de estos «centros» masculinos y femeninos cabe decir lo mismo que afirmamos para el supuesto cerebro masculino y femenino. Mientras tanto, ni siquiera sabemos si nos es lícito suponer para las funciones sexuales unas localizaciones cerebrales delimitadas («centros») como las que conocemos, por ejemplo, para el lenguaje.¹²

¹¹ Véase en ese trabajo la bibliografía sobre la materia.

¹² Al parecer (según un informe bibliográfico contenido en el sexto volumen del *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*), el primero que adujo la bisexualidad para explicar la inversión fue E. Gley, quien ya en enero de 1884 publicó un ensayo («Les aberrations de l'instinct sexuel») en la *Revue philosophique*. Además, es digno de nota que la mayoría de los autores que reconducen la inversión a la bisexualidad no consideran vigente este factor sólo en los invertidos, sino en todos los que han pasado a ser normales, y en consecuencia conciben la inversión como una perturbación del desarrollo. Chevalier (1893) ya se pronuncia en ese sentido. Krafft-Ebing (1895a [pág. 10]) sostiene que existe una multitud de observaciones «de las que resulta al menos la persistencia virtual de este segundo centro (el del sexo subordinado)». Un doctor Arduin (1900) formula la tesis de que «en todo ser humano están presentes elementos masculinos y femeninos (cf. Hirschfeld, 1899, págs. 8-10), sólo que, en tanto se trate de personas heterosexuales, y de acuerdo con el sexo a que pertenezcan, unos se han desarrollado incomparablemente más que los otros...». Herman (1903) comprueba que «en toda mujer se contienen gérmenes y propiedades masculinos, y en todo hombre, femeninos», etc. [Agregado en 1910:] W. Fliess (1906) reclamó para sí la paternidad de la idea de la bisexualidad (en el sentido de *dualidad de sexo*). [Agregado en 1924:] En círculos legos, la tesis de la bisexualidad de los seres humanos pasa por ser obra del filósofo O. Weininger, muerto joven, quien la tomó como base para un libro bastante poco juicioso (1903). Las referencias que consignamos antes muestran el poco fundamento de esa pretensión.

[Freud debió en gran parte a Fliess la valoración de la importancia de la bisexualidad (cf. pág. 201, n. 20), y su olvido en cierta

Tras estas elucidaciones, dos ideas quedan en pie: en la inversión interviene de algún modo una disposición bisexual, sólo que no sabemos en qué consiste más allá de la conformación anatómica; además, intervienen perturbaciones que afectan a la pulsión sexual en su desarrollo.

OBJETO SEXUAL DE LOS INVERTIDOS. La teoría del hermafroditismo psíquico presupone que el objeto sexual de los invertidos es el contrario al normal. El hombre invertido sucumbiría, como la mujer, al encanto que dimana de las propiedades del cuerpo y del alma viriles; se sentiría a sí mismo como mujer y buscaría al hombre.

Pero si bien esto se aplica a toda una serie de invertidos, se encuentra muy lejos de denotar un carácter universal de la inversión. No cabe ninguna duda de que una gran parte de los invertidos masculinos han conservado el carácter psíquico de la virilidad, presentan relativamente escasos caracteres secundarios del otro sexo y en verdad buscan en su objeto sexual rasgos psíquicos femeninos. De otro modo sería incomprensible el hecho de que la prostitución masculina, que hoy como en la Antigüedad se ofrece a los invertidos, copie a las mujeres en todas las exteriorizaciones del vestido y el porte; de no ser así, en efecto, semejante imitación ofendería el ideal de los invertidos. Entre los griegos, donde los hombres más viriles se contaban entre los invertidos, es claro que lo que despertaba el amor del hombre por el efebo no era su carácter masculino, sino su semejanza física a la mujer, así como sus propiedades anímicas femeninas: pusilanimidad, timidez, necesidad de enseñanza y de ayuda. Tan pronto como el efebo se hacía hombre, dejaba de ser un objeto sexual para el hombre y tal vez él mismo se convertía en amante de los efebos. Por tanto, en este caso como en muchos otros, el objeto sexual no es lo igual en cuanto al sexo, sino que reúne los caracteres de ambos sexos, acaso como un compromiso entre una moción que aspira al hombre y otra que aspira a la mujer, siempre bajo la condición de la virilidad del cuerpo (de los genitales): por así decir, el espejamiento de la propia naturaleza bisexual.¹³

oportunidad de este hecho le suministró uno de los ejemplos de olvido que incluyó en *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b), AE, 6, pág. 143. Sin embargo, no aceptó el punto de vista de Fliess en cuanto a que la represión era explicada por la bisexualidad. Véase su examen de este punto en «Pegan a un niño» (1919e), AE, 17, págs. 196-7. Kris analiza detenidamente este problema en la sección IV de su «Introducción» a la correspondencia con Fliess (Freud, 1950a).

¹³ [La frase que sigue a los dos puntos fue agregada en 1915. — Nota agregada en 1910:] Es verdad que el psicoanálisis no ha apor-

Más unívoca es la situación en el caso de la mujer: las invertidas activas presentan con particular frecuencia caracteres somáticos y anímicos viriles y requieren feminidad en su

tado hasta ahora un esclarecimiento pleno sobre el origen de la inversión; no obstante, ha revelado el mecanismo psíquico de su génesis y enriquecido sustancialmente el planteo del problema. En todos los casos indagados comprobamos que las personas después invertidas atravesaron en los primeros años de su infancia una fase muy intensa, pero también muy breve, de fijación a la mujer (casi siempre a la madre), tras cuya superación se identificaron con la mujer y se tomaron a sí mismos como objeto sexual, vale decir, a partir del narcisismo buscaron a hombres jóvenes, y parecidos a su propia persona, que debían amarlos como la madre los había amado. Además, con mucha frecuencia hallamos que presuntos invertidos no eran en manera alguna insensibles al encanto de la mujer, sino que trasponían a un objeto masculino, sin solución de continuidad, la excitación que ella les provocaba. Así, durante toda su vida repetían el mecanismo por el cual se había engendrado su inversión. Su aspiración compulsiva al hombre aparecía condicionada por su incesante huida de la mujer.

[En la edición de 1910, la nota proseguía así: «Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que hasta el momento un solo tipo de invertidos se sometieron al psicoanálisis: individuos cuya actividad sexual se hallaba en general menoscabada, y su residuo se manifestaba como inversión. El problema de la inversión es sumamente complejo y abarca tipos muy diversos de actividad y desarrollo sexuales. Debería trazarse una neta distinción conceptual entre diferentes casos de inversión según que se haya invertido el carácter sexual del *objeto* o el del *sujeto*».]

[Agregado en 1915:] La investigación psicoanalítica se opone terminantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como una especie particular de seres humanos. En la medida en que estudia otras excitaciones sexuales además de las que se dan a conocer de manera manifiesta, sabe que todos los hombres son capaces de elegir un objeto de su mismo sexo, y aun lo han consumado en el inconciente. Por otra parte, los sentimientos libidinosos en vinculación con personas del mismo sexo no desempeñan escaso papel como factores de la vida sexual, y ese papel es mayor que el de los dirigidos al sexo opuesto en cuanto motores de contracción de neurosis. El psicoanálisis considera más bien que lo originario a partir de lo cual se desarrollan luego, por restricción hacia uno u otro lado, tanto el tipo normal como el invertido es la independencia de la elección de objeto respecto del sexo de este último, la posibilidad abierta de disponer de objetos tanto masculinos cuanto femeninos, tal como se la puede observar en la infancia, en estados primitivos y en épocas prehistóricas. En el sentido del psicoanálisis, entonces, ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento, respecto del cual cabe suponer una atracción en el fondo de carácter químico. La conducta sexual definitiva se decide sólo tras la pubertad, y es el resultado de una serie de factores que todavía no podemos abarcar en su conjunto, y de naturaleza en parte constitucional, en parte accidental. Por cierto, algunos de estos factores pueden alcanzar una fuerza muy grande, en virtud de la cual gravitan sobre el resultado; pero, en general, la multiplicidad de los factores determinantes es reflejada por la diversidad de los desenlaces en la conducta sexual manifiesta de los seres humanos. En todos los tipos de invertidos es posible comprobar el

objeto sexual. No obstante, un conocimiento más circunstanciado podría revelarnos también aquí la existencia de una mayor variedad.

predominio de constituciones arcaicas y de mecanismos psíquicos primitivos. La vigencia de la *elección narcisista de objeto* y la *retención* de la importancia erótica de la *zona anal* aparecen como sus caracteres más esenciales. Pero no se gana nada si, sobre la base de esas propiedades constitucionales, los tipos más extremos de inversión son separados de los otros. Lo que creemos hallar en estos en calidad de fundamento suficiente puede rastrearse también, sólo que con fuerza menor, en la constitución de los tipos transicionales y en los fenotípicamente normales. Por más que las diferencias en los resultados puedan ser de naturaleza cualitativa, el análisis muestra que las diferencias en las condiciones son sólo cuantitativas. Entre las influencias accidentales sobre la elección de objeto hemos hallado, como digna de nota, la frustración (el amedrentamiento sexual temprano), y también hemos notado que la presencia de ambos miembros de la pareja parental desempeña un importante papel. La falta de un padre fuerte en la infancia favorece no rara vez la inversión. Por último, es lícito exigir que se separe, en el plano conceptual, la inversión del objeto sexual de la mezcla de caracteres sexuales en el interior de un sujeto. Cierta grado de independencia es innegable también en esta relación.

[Agregado en 1920:] Ferenczi (1914) ha presentado una serie de importantes puntos de vista sobre el problema de la inversión. Crítica, con razón, que bajo el nombre de «homosexualidad» (que él propone sustituir por el más adecuado de «homoerotismo») se confundan una cantidad de estados muy diversos, de desigual valor tanto en lo orgánico como en lo psíquico. Pide que se distinga con claridad al menos entre estos dos tipos: el *homoerótico en cuanto al sujeto*, que se siente mujer y se comporta como tal, y el *homoerótico en cuanto al objeto*, que es enteramente masculino y no ha hecho más que permutar el objeto femenino por uno de su mismo sexo. A los primeros los reconoce como genuinos «intermedios sexuales» en el sentido de Magnus Hirschfeld; y a los segundos los caracteriza —menos felizmente— como neuróticos obsesivos. Sólo en el caso del homoerótico en cuanto al objeto puede haber una rebelión contra la tendencia a la inversión, así como la posibilidad de influencia psíquica {terapéutica}. Aun admitiendo estos dos tipos, es lícito agregar que en muchas personas hallamos, mezclados, cierto grado de homoerotismo en cuanto al sujeto con una cuota de homoerotismo en cuanto al objeto.

En los últimos años, los trabajos realizados por biólogos, en particular por Eugen Steinach, han arrojado viva luz sobre las condiciones orgánicas del homoerotismo y las de los caracteres sexuales.

Mediante el experimento de castrar individuos pertenecientes a diversas especies de mamíferos, con subsiguiente implantación de glándulas germinales del otro sexo, se logró mudar machos en hembras y a la inversa. La mudanza afectó más o menos completamente a los caracteres sexuales somáticos y a la conducta psicosexual (vale decir, al erotismo en cuanto al sujeto y en cuanto al objeto). Se consideró que esta virtud determinante del sexo no era portada por las glándulas germinales mismas, que producen las células genésicas, sino por el llamado tejido intersticial del órgano (las «glándulas de la puberidad»). En un caso se consiguió este vuelco sexual en un hombre que había perdido sus testículos a raíz de una tuberculosis. Se había comportado como un homosexual pasivo, femenino, y mostraba caracteres

META SEXUAL DE LOS INVERTIDOS. Es importante retener un hecho: de ningún modo puede hablarse de meta sexual única en el caso de la inversión. En los hombres, comercio *per anum* e inversión no coinciden totalmente; la masturbación es con igual frecuencia la meta exclusiva, y las restricciones de la meta sexual —hasta llegar al mero desahogo afectivo— son aquí todavía más comunes que en el amor heterosexual. También entre las mujeres invertidas son múltiples las metas sexuales; entre estas, el contacto con la mucosa bucal parece privilegiada.

CONCLUSIONES. Es verdad que el material presentado hasta aquí no nos habilita para esclarecer satisfactoriamente la génesis de la inversión. No obstante, podemos consignar que esta indagación nos permitió inteligir algo que puede llegar a resultarnos más importante que la solución de la tarea indicada. Paramos mientes en que concebíamos demasiado estrecho el enlace entre la pulsión sexual y el objeto sexual. La experiencia recogida con los casos considerados anormales nos enseña que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una soldadura, que corrimos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto. Ello nos prescribe que debemos aflojar, en nuestra concepción, los lazos entre pulsión y objeto. Probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de este.

B. *Personas genésicamente inmaduras y animales como objetos sexuales*

Mientras que las personas cuyos objetos sexuales no pertenecen al sexo normalmente apto para ello, vale decir, los

sexuales secundarios de índole femenina, muy marcados (ausencia de vello y barba, formaciones adiposas en las mamas y caderas) Tras la implantación de un testículo ectópico de otro hombre, empezó a comportarse virilmente y a dirigir su libido de manera normal a la mujer. Al mismo tiempo, desaparecieron los caracteres somáticos femeninos. (Lipschütz, 1919 [págs. 356-7].)

Sería injustificado afirmar que estos magníficos experimentos han colocado la doctrina de la homosexualidad sobre una base nueva, así como sería apresurado esperar que ellos nos abrierán un camino directo para la «curación» universal de la homosexualidad. Fliess señaló con acierto que tales experimentos no desvirtúan la doctrina de la disposición bisexual universal de los animales superiores. Me parece más probable que ulteriores indagaciones de esta clase proporcionen una confirmación directa de la hipótesis de la bisexualidad.

invertidos, se presentan al observador como una colectividad de individuos quizá valiosos en todos los demás aspectos, los casos en que se escogen como objetos sexuales personas genésicamente inmaduras (niños) parecen de entrada aberraciones individuales. Sólo por excepción son los niños objetos sexuales exclusivos; casi siempre llegan a desempeñar este papel cuando un individuo cobarde e impotente se procura semejante subrogado o cuando una pulsión urgente (que no admite dilación) no puede apropiarse en el momento de un objeto más apto. Comoquiera que sea, arroja luz sobre la naturaleza de la pulsión sexual el hecho de que admita una variación tan grande y semejante rebaja de su objeto —el hambre, aferrada mucho más enérgicamente a su objeto, lo admitiría sólo en un caso extremo—. Una observación parecida es válida para el comercio sexual con animales, no raro entre los campesinos, y en el cual la atracción sexual parece traspasar la barrera de la especie.

Por razones estéticas, se querría atribuir a insania estos y otros extravíos graves de la pulsión sexual. Pero ello no es correcto. La experiencia enseña que entre los insanos no se observan perturbaciones de la pulsión sexual diferentes de las halladas en personas sanas, en razas y en estamentos enteros. Así, el abuso sexual contra los niños se presenta con inquietante frecuencia en maestros y cuidadores, meramente porque se les ofrece la mejor oportunidad para ello. Los insanos presentan el desvío correspondiente sólo aumentado, tal vez, o, lo que reviste particular importancia, elevado a la condición de práctica exclusiva y en remplazo de la satisfacción sexual normal.

Da que pensar esta asombrosa distribución de las variaciones sexuales en la gradación que va de la salud a la enfermedad mental. Yo opinaría que este hecho, que resta por explicar, indicaría que las mociones de la vida sexual se cuentan entre las menos dominadas por las actividades superiores del alma, aun en las personas normales. Según mi experiencia, quien es mentalmente anormal en algún otro aspecto, por ejemplo en lo social o lo ético, lo es regularmente también en su vida sexual. Pero hay muchos que son anormales en su vida sexual, a pesar de lo cual en todos los otros campos responden a la norma y han recorrido en su persona el desarrollo de la cultura humana, cuyo punto más débil sigue siendo la sexualidad.

Ahora bien, como resultado más general de estas elucidaciones extraeríamos el siguiente: bajo gran cantidad de condiciones, y en un número sorprendentemente elevado de

individuos, la clase y el valor del objeto sexual pasan a un segundo plano. Alguna otra cosa es lo esencial y lo constante en la pulsión sexual.¹⁴

2. Desviaciones con respecto a la meta sexual

La unión de los genitales es considerada la meta sexual normal en el acto que se designa como coito y que lleva al alivio de la tensión sexual y a la extinción temporaria de la pulsión sexual (satisfacción análoga a la saciedad en el caso del hambre). Empero, ya en el acto sexual más normal se anuncian los esbozos de aquello que, si se desarrolla plenamente, lleva a las aberraciones que han sido caracterizadas como *perversiones*. En efecto, ciertas maneras intermedias de relacionarse con el objeto sexual (jalones en la vía hacia el coito), como el palparlo y mirarlo, se reconocen como metas sexuales preliminares. Por una parte, estas prácticas conllevan un placer en sí mismas; por la otra, aumentan la excitación que debe mantenerse hasta que se alcanza la meta sexual definitiva. Además, a uno de estos contactos, el de las dos mucosas labiales, se le ha otorgado en muchos pueblos (entre los que se cuentan los de más alta civilización) un elevado valor sexual, por más que las partes corporales intervinientes no pertenezcan al aparato sexual, sino que constituyen la entrada del tubo digestivo. Esto nos ofrece, entonces, aspectos que enlazan las perversiones a la vida sexual normal, aplicables aun a la clasificación de aquellas. Las perversiones son, o bien: *a) trasgresiones* anatómicas respecto de las zonas del cuerpo destinadas a la unión sexual, o *b) demoras* en relaciones intermediarias con el objeto sexual, relaciones que normalmente se recorren con rapidez como jalones en la vía hacia la meta sexual definitiva.

A. *Trasgresiones anatómicas*

SOBRESTIMACIÓN DEL OBJETO SEXUAL. La estima psíquica de que se hace partícipe al objeto sexual como meta de-

¹⁴ [Nota agregada en 1910:] La diferencia más honda entre la vida sexual de los antiguos y la nuestra reside, acaso, en el hecho de que ellos ponían el acento en la pulsión misma, mientras que nosotros lo ponemos sobre su objeto. Ellos celebraban la pulsión y estaban dispuestos a ennoblecer con ella incluso a un objeto inferior, mientras que nosotros menospreciamos el quehacer pulsional mismo y lo disculpamos sólo por las excelencias del objeto.

seada de la pulsión sexual sólo en los casos más raros se circunscribe a sus genitales. Más bien abarca todo su cuerpo y tiende a incluir todas las sensaciones que parten del objeto sexual. La misma sobrestimación irradia al campo psíquico y se manifiesta como ceguera lógica (debilidad del juicio) respecto de los productos anímicos y de las perfecciones del objeto sexual, y también como crédula obediencia a los juicios que parten de este último. La credulidad del amor pasa a ser así una fuente importante, si no la fuente originaria, de la *autoridad*.¹⁵

Y bien; esta sobrestimación sexual es lo que apenas tolera la restricción de la meta sexual a la unión de los genitales propiamente dichos y contribuye a elevar quehaceres relativos a otras partes del cuerpo a la condición de metas sexuales.¹⁶

La importancia de este factor de la sobrestimación sexual puede estudiarse mejor en el hombre, cuya vida amorosa es la única que se ha hecho asequible a la investigación, mientras que la de la mujer permanece envuelta en una oscuridad todavía impenetrable, en parte a causa de la atrofia cultural, pero en parte también por la reserva y la insinceridad convencionales de las mujeres.¹⁷

¹⁵ No puedo dejar de recordar a raíz de esto la crédula obediencia del hipnotizado a su hipnotizador, que me hace sospechar que la esencia de la hipnosis ha de situarse en la fijación inconciente de la libido sobre la persona del hipnotizador (por medio de los componentes masoquistas de la pulsión sexual). [Agregado en 1910:] Ferenczi ha vinculado este carácter de la sugestionabilidad con el «complejo parental» (1909). — [La relación del sujeto con el hipnotizador fue examinada por Freud mucho más tarde, en el capítulo VIII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c). Cf. también «Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)» (1890a).]

¹⁶ [En las ediciones anteriores a 1920 se añadía al final de este párrafo la siguiente oración: «El surgimiento de estos traspasos anatómicos extremadamente variados implica una necesidad de variación que Hoche denominó "hambre de estímulo"». Las primeras dos oraciones de la nota que sigue se agregaron en 1915; antes de esa fecha la nota comenzaba así: «Ulteriores consideraciones me han llevado a concluir que I. Bloch sobrestimó la importancia teórica del factor del "hambre de estímulo"». En 1920 Freud dio su forma actual a toda la nota y al párrafo correspondiente del texto:] Cabe observar, no obstante ello, que la sobrestimación sexual no se despliega a raíz de todos los mecanismos de la elección de objeto, y que más adelante tomaremos conocimiento de otra explicación, más directa, del papel sexual de las otras partes del cuerpo. El factor del «hambre de estímulo», aducido por Hoche y Bloch para explicar el traspaso del interés sexual a otras partes del cuerpo además de los genitales, no me parece merecer la importancia que ellos le dan. Los diversos caminos por los que migra la libido se comportan desde el comienzo entre sí como vasos comunicantes, y es preciso tener en cuenta el fenómeno de la corriente colateral. [Cf. pág. 155.]

¹⁷ [Nota agregada en 1920:] En casos típicos, falta en la mujer una «sobrestimación sexual» del hombre, pero rara vez se la echa de menos respecto del hijo dado a luz por ella.

USO SEXUAL DE LA MUCOSA DE LOS LABIOS Y DE LA BOCA. El uso de la boca como órgano sexual es considerado perversión cuando los labios (lengua) de una persona entran en contacto con los genitales de la otra, mas no cuando ambas ponen en contacto sus mucosas labiales. En esta última excepción reside el anudamiento con lo normal. Quien, considerándolas perversiones, abomina de las otras prácticas, usuales sin duda desde los tiempos originarios de la humanidad, cede en ello a un nítido *sentimiento de asco* que lo resguarda de aceptar una meta sexual de esa clase. Empero, los límites de ese asco son a menudo puramente convencionales. El que besa con unción los labios de una bella muchacha quizás usaría con asco su cepillito de dientes, aunque no tenga fundamento alguno para suponer que su propia cavidad bucal, que no le provoca asco, esté más limpia que la de la muchacha. Este factor del asco estorba el camino a la sobrestimación libidinosa del objeto sexual, pero a su vez puede ser vencido por la libido. En el asco se querría discernir uno de los poderes que han producido la restricción de la meta sexual. Ellos se detienen, por regla general, ante los genitales; pero no cabe duda de que también los genitales del otro sexo, en sí y por sí, pueden constituir objeto de asco, y esta conducta es una de las características de los histéricos (sobre todo de las mujeres). La fuerza de la pulsión sexual gusta de afirmarse venciendo este asco. (Véase *infra* [pág. 142].)

USO SEXUAL DEL ORIFICIO ANAL. En lo que respecta al empleo del ano, se reconoce con mayor claridad todavía que en el caso anterior que es el asco lo que pone a esta meta sexual el sello de la perversión. Pero no se me impute partidismo si observo que el hecho de que esta parte del cuerpo sirva a la excreción y entre en contacto con lo asqueroso en sí —los excrementos— no es, como fundamento del asco, mucho más concluyente que el aducido por las muchachas histéricas para explicar su asco hacia los genitales masculinos: que sirven a la micción.

El papel sexual de la mucosa anal en manera alguna se restringe al comercio entre hombres; la predilección por él tampoco es característica de la sensibilidad de los invertidos. Al contrario, parece que la *paedictio* del hombre debe su papel a la analogía con el acto en el caso de la mujer, mientras que la masturbación recíproca es la meta sexual que aparece predominantemente en el comercio de los invertidos.

SIGNIFICATIVIDAD DE OTROS LUGARES DEL CUERPO. El desborde sexual hacia otros lugares del cuerpo, con todas sus

variaciones, no ofrece nada nuevo en principio; nada agrega al conocimiento de la pulsión sexual, que en esto no hace sino proclamar su propósito de apoderarse del objeto sexual en todas sus dimensiones. Pero en las trasgresiones anatómicas se anuncia, junto a la sobrestimación sexual, otro factor que es ajeno al conocimiento popular. Ciertos lugares del cuerpo, como las mucosas bucal y anal, que aparecen una y otra vez en estas prácticas, elevan el reclamo, por así decir, de ser considerados y tratados ellos mismos como genitales. Llegaremos a enterarnos de que este reclamo está justificado por el desarrollo de la pulsión sexual y es satisfecho en la sintomatología de ciertos estados patológicos.

SUSTITUTO INAPROPIADO DEL OBJETO SEXUAL. FETICHISMO. Un aspecto totalmente particular ofrecen los casos en que el objeto sexual normal es sustituido por otro que guarda relación con él, pero es completamente inapropiado para servir a la meta sexual normal. Con miras a la clasificación, habría sido mejor que mencionásemos este grupo de aberraciones de la pulsión sexual, en extremo interesante, ya al hablar de las desviaciones con respecto al objeto sexual. Pero lo pospusimos hasta tomar conocimiento del factor de la *sobrestimación sexual*, del cual dependen estos fenómenos, que conllevan un abandono de la meta sexual.

El sustituto del objeto sexual es, en general, una parte del cuerpo muy poco apropiada a un fin sexual (el pie, los cabellos), o un objeto inanimado que mantiene una relación demostrable con la persona sexual, preferiblemente con la sexualidad de esta (prenda de vestir, ropa interior). No sin acierto se ha comparado este sustituto con el fetiche en que el salvaje ve encarnado a su dios.

Los casos en que se exige al objeto sexual una condición fetichista para que pueda alcanzarse la meta sexual (determinado color de cabellos, ciertas ropas, aun defectos físicos) constituyen la transición hacia los casos de fetichismo en que se renuncia a una meta sexual normal o perversa. Ninguna otra variante de la pulsión sexual que linde con lo patológico ha atraído tanto nuestro interés como aquella, a causa de los extraños fenómenos a que da lugar. Requisito previo en todos los casos parece ser cierta rebaja de la puja hacia la meta sexual normal (endeblez ejecutiva del aparato sexual).¹⁸ El anudamiento con lo normal es procurado por la

¹⁸ [Nota agregada en 1915:] Estas debilidades corresponden a la premisa *constitucional*. El psicoanálisis ha rastreado, como condición *accidental*, el amedrentamiento sexual temprano, que aparta de la meta sexual e incita a sustituirla.

sobrestimación del objeto sexual, que es psicológicamente necesaria; es inevitable que ella invada todo lo conectado con el objeto por asociación. Por tanto, cierto grado de este tipo de fetichismo pertenece regularmente al amor normal, en particular en los estadios del enamoramiento en que la meta sexual normal es inalcanzable o su cumplimiento parece postergado:

«Procúrame un pañuelo de su seno,
una liga para el amor que siento».¹⁹

El caso patológico sobreviene sólo cuando la aspiración al fetiche se fija, excediéndose de la condición mencionada, y remplace a la meta sexual normal; y además, cuando el fetiche se desprende de esa persona determinada y pasa a ser un objeto sexual por sí mismo. Estas son las condiciones generales para que meras variaciones de la pulsión sexual se conviertan en desviaciones patológicas.

En la elección del fetiche se manifiesta —Binet [1888] fue el primero en aseverarlo y luego se documentó abundantemente— la influencia persistente de una impresión sexual recibida casi siempre en la primera infancia. Se puede parangonar esto con la proverbial pervivencia del primer amor en las personas normales («*on revient toujours à ses premiers amours*»). Una derivación de esa índole es particularmente nítida en los casos que presentan un mero condicionamiento fetichista del objeto sexual. En otro lugar volveremos a tropezar con la significatividad de las impresiones sexuales tempranas [pág. 221].²⁰

En otros casos es una conexión simbólica de pensamientos, las más de las veces no conciente para el individuo, la que ha llevado a sustituir el objeto por el fetiche. Los cami-

¹⁹ [Goethe, *Fausto*, parte I, escena 7.]

²⁰ [Nota agregada en 1920:] Una indagación psicoanalítica llevada más a fondo permitió formular una justificada crítica a la afirmación de Binet. Todas las observaciones pertinentes contienen un primer encuentro con el fetiche en que este ya se había adueñado del interés sexual, sin que por las circunstancias concomitantes pudiera comprenderse cómo llegó a hacerlo. Y todas estas impresiones sexuales «tempranas» corresponden al período posterior al quinto o sexto año, mientras que el psicoanálisis nos hace dudar de que unas fijaciones patológicas puedan ser neoformaciones tan tardías. He aquí el verdadero estado de cosas: tras el primer recuerdo de la emergencia del fetiche hay una fase sepultada y olvidada del desarrollo sexual que es subrogada por el fetiche como si fuera un «recuerdo encubridor», cuyo resto y decantación es entonces el fetiche. El vuelco al fetichismo de esta fase, que corresponde a los primeros años de la infancia, así como la elección del fetiche mismo, están determinados {*determinieren*} constitucionalmente.

nos de estas conexiones no siempre pueden señalarse con certeza (el pie es un símbolo sexual arcaico, ya en el mito;²¹ la «piel» * debe sin duda su papel de fetiche a la asociación con la formación pilosa del *mons Veneris*); no obstante, tampoco este simbolismo parece siempre independiente de vivencias sexuales de la infancia.²²

B. Fijaciones de metas sexuales provisionales

SURGIMIENTO DE NUEVOS PROPÓSITOS. Todas las condiciones externas e internas que dificultan el logro de la meta sexual normal o la posponen (impotencia, alto precio del objeto sexual, peligros del acto sexual) refuerzan, como es lógico que acontezca, la inclinación a demorarse en los actos preliminares y a constituir a partir de ellos nuevas metas sexuales que pueden remplazar a las normales. Un examen más atento muestra siempre que estos nuevos propósitos, aun los más extraños en apariencia, ya están esbozados en el acto sexual normal.

²¹ [Nota agregada en 1910:] Y correlativamente, el zapato o la pantufla son símbolos de los genitales femeninos.

* {Se refiere a las pieles de animales utilizadas como abrigo.}

²² [Nota agregada en 1910:] El psicoanálisis ha llenado una de las lagunas que subsistían en la comprensión del fetichismo señalando la importancia, en la elección del fetiche, de un *placer de oler* coprófilo, perdido por represión. El pie y los cabellos son objetos fuertemente olorosos, elevados a la condición de fetiche tras la renuncia a la sensación olfativa devenida displacentera. De acuerdo con esto, en la perversión correspondiente al fetichismo del pie, sólo es objeto sexual el pie sucio y maloliente. Otra contribución al esclarecimiento de la preferencia fetichista por el pie resulta de las teorías sexuales infantiles (cf. *infra* [pág. 177]): el pie sustituye al pene de la mujer, cuya falta se echa fuertemente de menos. [Agregado en 1915:] En muchos casos de fetichismo del pie puede demostrarse que la *pulsión de ver*, originariamente dirigida a los genitales y que quería alcanzar su objeto desde abajo, quedó detenida en su camino por prohibición o represión y por eso retuvo como fetiche al pie o al zapato. Y en ese proceso los genitales femeninos se imaginaron, de acuerdo con la expectativa infantil, como masculinos. — [La importancia de la represión del placer de oler había sido señalada por Freud a Fliess en sus cartas del 11 de enero y el 14 de noviembre de 1897 (Freud, 1950a, Cartas 55 y 75), *AE*, **1**, págs. 282 y 310-1. Volvió sobre el tema al final de su historial clínico del «Hombre de las Ratas» (1909d), *AE*, **10**, págs. 192-3, y lo examinó con extensión considerable en dos largas notas al pie de *El malestar en la cultura* (1930a), *AE*, **21**, págs. 97-8 y 103-4. El tema del fetichismo fue desarrollado en su trabajo de ese título (1927e), y de nuevo en un fragmento publicado póstumamente sobre «La escisión del yo en el proceso defensivo» (1940e), *AE*, **23**, pág. 277, y en el *Esquema del psicoanálisis* (1940a), *AE*, **23**, págs. 204-6.]

TOCAR Y MIRAR. Al menos para los seres humanos, un cierto grado de uso del tacto parece indispensable para el logro de la meta sexual normal. También es universalmente sabido qué fuente de placer, por un lado, y qué aflujo de nueva excitación, por el otro, se obtienen de las sensaciones de contacto con la piel del objeto sexual. Por tanto, el demorarse en el tocar, siempre que el acto sexual siga adelante, difícilmente puede contarse entre las perversiones.

Algo semejante ocurre con el mirar, derivado en último análisis del tocar. La impresión óptica sigue siendo el camino más frecuente por el cual se despierta la excitación libidinosa. Y sobre la transitabilidad de ese camino se apoya —si es que está permitido este abordaje teleológico²³— la selección natural, en la medida en que hace desarrollarse al objeto sexual en el sentido de la belleza. La ocultación del cuerpo, que progresa junto con la cultura humana, mantiene despierta la curiosidad sexual, que aspira a completar el objeto sexual mediante el desnudamiento de las partes ocultas. Empero, puede ser desviada («sublimada») en el ámbito del arte, si uno puede apartar su interés de los genitales para dirigirlo a la forma del cuerpo como un todo.²⁴ La mayoría de las personas normales se demoran en cierto grado en esa meta intermediaria que es el mirar teñido sexualmente. Y esto les da aun la posibilidad de dirigir cierto monto de su libido a metas artísticas más elevadas. Por el contrario, el placer de ver se convierte en perversión cuando: *a*) se circunscribe con exclusividad a los genitales; *b*) se une a la superación del asco (*voyeur*: el que mira a otro en sus funciones excretorias), o *c*) suplanta {*verdrängen*} a la meta sexual normal, en lugar de servirle de preliminar. Este último caso es, marcadamente, el de los exhibicionistas, quienes, si me es lícito inferirlo tras numerosos análisis,²⁵ enseñan

²³ [El inciso fue agregado en 1915. Cf. pág. 167, n. 20, y pág. 171, n. 26.]

²⁴ [Esta parece ser la primera vez que Freud usa la expresión «sublimar» en un escrito publicado, aunque mucho antes, el 2 de mayo de 1897, lo empleó en la correspondencia con Fliess (Freud, 1950a, Carta 61), AE, I, pág. 288. También se registra en el caso «Dora» (1905e), que de hecho se publicó después de la presente obra, aunque fue redactado en 1901 (cf. *supra*, págs. 45 y 101). El concepto se reexamina más adelante, en págs. 161-2. — Nota agregada en 1915:] Me parece indudable que el concepto de lo «bello» tiene su raíz en el campo de la excitación sexual y originariamente significó lo que estimula sexualmente. [La palabra alemana *Reiz* significa tanto «estímulo» como «encantos».] Se conecta con ello el hecho de que en verdad nunca podemos hallar «bellos» a los genitales mismos, cuya vista provoca la más poderosa excitación sexual

²⁵ [En las ediciones anteriores a 1924 decía aquí «tras un solo análisis».]

sus genitales para que la otra parte les muestre los suyos como contraprestación.²⁶

En la perversión cuya aspiración consiste en mirar y ser mirado sale a la luz un rasgo asombroso, del que habremos de ocuparnos con mayor intensidad a raíz de la aberración que sigue; a saber: la meta sexual se presenta en doble configuración, en forma *activa* y *pasiva*.

El poder que se contrapone al placer de ver y que llegado el caso es suprimido por este (como ocurría en el caso anterior con el asco) es la vergüenza.

SADISMO Y MASOQUISMO. La inclinación a infligir dolor al objeto sexual y su contraparte, las más frecuentes e importantes de todas las perversiones, ha sido bautizada por Krafft-Ebing en sus dos conformaciones, la activa y la pasiva, como *sadismo* y *masoquismo* (pasivo). Otros autores [p. ej., Schrenck-Notzing (1899)] prefieren la designación más estricta de *algolagnia*, que destaca el placer por el dolor, la crueldad, mientras que los nombres escogidos por Krafft-Ebing ponen en primer plano el placer por cualquier clase de humillación y de sometimiento.

Es fácil pesquisar en las personas normales las raíces de la *algolagnia* activa, el sadismo. La sexualidad de la mayoría de los varones exhibe un componente de *agresión*, de inclinación a sojuzgar, cuyo valor biológico quizá resida en la necesidad de vencer la resistencia del objeto sexual también de otra manera, no sólo por los actos del *cortejo*. El sadismo respondería, entonces, a un componente agresivo de la pulsión sexual, componente que se ha vuelto autónomo, exagerado, elevado por desplazamiento {descentramiento} al papel principal.²⁷

En el lenguaje usual, el concepto de sadismo fluctúa entre una actitud meramente activa, o aun violenta, hacia el objeto sexual, hasta el sometimiento y el maltrato infligidos a este

²⁶ [Nota agregada en 1920:] El análisis revela en esta perversión —así como en la mayoría de las otras— una inesperada multiplicidad en cuanto a sus motivos y significaciones. La compulsión exhibicionista, por ejemplo, depende también estrechamente del complejo de castración; insiste una y otra vez en la integridad de los propios genitales (masculinos) y repite la satisfacción infantil por la falta del miembro en los de la mujer. [Cf. págs. 177-8.]

²⁷ [En las ediciones de 1905 y 1910, en este punto del texto aparecían las siguientes dos oraciones: «Con la misma certeza puede derivarse al menos una de las raíces del masoquismo. Proviene de la sobrestimación sexual como consecuencia psíquica necesaria de la elección de un objeto sexual». Desde 1915 estas dos oraciones se suprimieron, intercalándose en su remplazo los dos párrafos que siguen.]

último como condición exclusiva de la satisfacción. En sentido estricto, sólo este segundo caso, extremo, merece el nombre de perversión.

De manera similar, la designación «masoquismo» abarca todas las actitudes pasivas hacia la vida y el objeto sexuales, la más extrema de las cuales es el condicionamiento de la satisfacción al hecho de padecer un dolor físico o anímico infligido por el objeto sexual. En cuanto perversión, el masoquismo parece alejarse de la meta sexual normal más que su contraparte; en primer lugar, puede dudarse de que alguna vez aparezca primariamente; quizá nace, de manera regular, por transformación a partir del sadismo.²⁸ A menudo puede reconocerse que el masoquismo no es otra cosa que una prosecución del sadismo vuelto hacia la persona propia, la cual en un principio hace las veces del objeto sexual. El análisis clínico de casos extremos de perversión masoquista nos hace ver la cooperación de una vasta serie de factores que exageran y fijan la originaria actitud sexual pasiva (complejo de castración, conciencia de culpa).

El dolor así superado se alinea junto con el asco y la vergüenza, que se oponían a la libido en calidad de resistencias.²⁹

Sadismo y masoquismo ocupan una posición particular entre las perversiones, pues la oposición entre actividad y pasividad que está en su base pertenece a los caracteres universales de la vida sexual.

La historia de la cultura humana nos enseña, fuera de toda duda, que crueldad y pulsión sexual se copertenecen de la manera más estrecha. Para esclarecer ese nexo, empero, no se ha ido más allá de insistir en el componente agresivo de la libido. Según algunos autores, esa agresión que va mezclada con la pulsión sexual es en verdad un resto de apetitos canibólicos; sería, entonces, una coparticipación del aparato de apoderamiento, que sirve a la satisfacción de la otra gran necesidad, ontogenéticamente más antigua.³⁰ También se ha

²⁸ [Nota agregada en 1924:] Consideraciones posteriores, que pudieron apoyarse en determinadas hipótesis acerca de la estructura del aparato anímico y de las clases de pulsiones operantes en él, me hicieron modificar en buena medida mi juicio sobre el masoquismo. Me vi llevado a admitir un masoquismo *primario —erógeno—*, a partir del cual se desarrollan después dos formas: el masoquismo *femenino* y el *moral*. Por reversión hacia la persona propia del sadismo que no encuentra aplicación en la vida, nace un masoquismo *secundario* que viene a añadirse al primario. (Cf. Freud, 1924c.)

²⁹ [Este breve párrafo figuraba ya en la primera edición (1905), pero los dos que le anteceden y el siguiente fueron agregados en la tercera (1915).]

³⁰ [Nota agregada en 1915:] Cf. sobre esto mi posterior comunicación [pág. 180] sobre las fases pregenitales del desarrollo sexual, que confirman esta perspectiva.

sostenido que todo dolor contiene, en sí y por sí, la posibilidad de una sensación placentera. Aquí nos conformaremos con apuntar una impresión: el esclarecimiento de estas perversiones no ha sido en manera alguna satisfactorio, y es posible que en ellas varias aspiraciones anímicas se reúnan en un efecto único.³¹

Ahora bien, la propiedad más llamativa de esta perversión reside en que su forma activa y su forma pasiva habitualmente se encuentran juntas en una misma persona. El que siente placer en producir dolor a otro en una relación sexual es capaz también de gozar como placer del dolor que deriva de unas relaciones sexuales. Un sádico es siempre también al mismo tiempo un masoquista, aunque uno de los dos aspectos de la perversión, el pasivo o el activo, puede haberse desarrollado en él con más fuerza y constituir su práctica sexual prevaleciente.³²

Así, vemos que algunas de las inclinaciones perversas se presentan regularmente como *pares de opuestos*, lo cual, por referencia a un material que aportaremos después, puede tener gran significación teórica.³³ Es iluminador, además, que la existencia del par de opuestos sadismo-masoquismo no pueda derivarse sin más de la injerencia de un componente agresivo. Por el contrario, estaríamos tentados de poner en relación la presencia simultánea de esos opuestos con la oposición de lo masculino y lo femenino, conjugada en la bisexualidad —el psicoanálisis a menudo se ve precisado a reemplazar esta última oposición por la que media entre activo y pasivo—. ³⁴

³¹ [Nota agregada en 1924:] Mis indagaciones antes mencionadas [pág. 144, n. 28] me han permitido derivar, para el par de opuestos sadismo-masoquismo, una posición especial basada en su origen pulsional, posición que lo hace sobresalir en la serie de las otras «perversiones».

³² En vez de multiplicar las pruebas en apoyo de esta afirmación, me limito a citar un pasaje de H. Ellis, *Das Geschlechtsgefühl*, 1903: «La investigación de historiales de sadismo y masoquismo, aun los comunicados por Krafft-Ebing (como en verdad ya lo señalaron Colin Scott y Féré), constantemente revela huellas de ambos grupos de fenómenos en el mismo individuo».

³³ [Nota agregada en 1915:] Cf. más adelante mi examen de la «ambivalencia» [págs. 180-1].

³⁴ [El último inciso no aparecía en las ediciones de 1905 y 1910. En 1915 se agregó lo siguiente: «cuyo significado se reduce en el psicoanálisis a la oposición entre activo y pasivo», frase reemplazada en 1924 por el texto actual.]

3. Consideraciones generales sobre todas las perversiones

VARIACIÓN Y ENFERMEDAD. Los médicos que primero estudiaron las perversiones en casos bien acusados y bajo circunstancias particulares se inclinaron, desde luego, a atribuirles el carácter de un signo patológico o degenerativo, tal como hicieron respecto de la inversión; no obstante, en el caso que nos ocupa es más fácil rechazar este punto de vista. La experiencia cotidiana ha mostrado que la mayoría de estas trasgresiones, siquiera las menos enojosas de ellas, son un ingrediente de la vida sexual que raramente falta en las personas sanas, quienes las juzgan como a cualquier otra intimidad. Si las circunstancias lo favorecen, también la persona normal puede remplazar durante todo un periodo la meta sexual normal por una perversión de esta clase o hacerle un sitio junto a aquella. En ninguna persona sana faltará algún complemento de la meta sexual normal que podría llamarse perverso, y esta universalidad basta por sí sola para mostrar cuán inadecuado es usar reprobatoriamente el nombre de perversión. En el campo de la vida sexual, justamente, se tropieza con dificultades particulares, en verdad insolubles por ahora, si se pretende trazar un límite tajante entre lo que es mera variación dentro de la amplitud fisiológica y los síntomas patológicos.

Comoquiera que sea, en muchas de estas perversiones la cualidad de la nueva meta sexual es tal que requiere una apreciación particular. Algunas de ellas se alejan tanto de lo normal por su contenido que no podemos menos que declararlas «patológicas», en particular aquellas en que la pulsión sexual ejecuta asombrosas operaciones (lamer excrementos, abusar de cadáveres) superando las resistencias (vergüenza, asco, horror, dolor). Pero ni aun en estos casos puede abrigarse la expectativa cierta de que se trate regularmente de personas con otras anormalidades graves, o enfermos mentales. Tampoco aquí es posible pasar por alto el hecho de que personas que en todo lo demás tienen una conducta normal se acreditan como enfermas solamente en el campo de la vida sexual, bajo el imperio de la más indómita de las pulsiones. En cambio, la anormalidad manifiesta en otras relaciones vitales suele mostrar invariablemente un trasfondo de conducta sexual anormal.

En la mayoría de los casos podemos encontrar en la perversión un carácter patológico, no por el contenido de la nueva meta sexual, sino por su proporción respecto de lo normal. Si la perversión no se presenta *junto a* lo normal

(meta sexual y objeto) cuando circunstancias favorables la promueven y otras desfavorables impiden lo normal, sino que suplanta {*verdrängen*} y sustituye a lo normal en todas las circunstancias, consideramos legítimo casi siempre juzgarla como un síntoma patológico; vemos este último, por tanto, en la *exclusividad* y en la *fijación* de la perversión.

LA CONTRIBUCIÓN DE LO ANÍMICO EN LAS PERVERSIONES. Quizá justamente en las más horrorosas perversiones es preciso admitir la más vasta contribución psíquica a la transmutación de la pulsión sexual. He aquí una obra del trabajo anímico a la que no puede negarse, a pesar de su horrible resultado, el valor de una idealización de la pulsión. Tal vez en ninguna parte la omnipotencia del amor se muestre con mayor fuerza que en estos desvíos suyos. En la sexualidad, lo más sublime y lo más nefando aparecen por doquier en íntima dependencia («Desde el cielo, pasando por el mundo, hasta el infierno»³⁵).

DOS RESULTADOS. El estudio de las perversiones nos ha procurado esta intelección: la pulsión sexual tiene que luchar contra ciertos poderes anímicos en calidad de resistencias; entre ellos, se destacan de la manera más nítida la vergüenza y el asco. Es lícito conjeturar que estos poderes han contribuido a circunscribir la pulsión dentro de las fronteras consideradas normales, y que si se han desarrollado temprano en el individuo, antes que la pulsión sexual alcanzara la plenitud de su fuerza, fueron justamente ellos los que marcaron la dirección de su desarrollo.³⁶

Hemos observado, además, que algunas de las perversiones investigadas sólo podían comprenderse por la conjunción de varios motivos. Si admiten un análisis —una descomposi-

³⁵ [Goethe, *Fausto*, «Prólogo en el teatro». En una carta a Fliess del 3 de enero de 1897 (Freud, 1950a, Carta 54), Freud le sugería emplear esta misma cita como epígrafe para un capítulo sobre «Sexualidad» que iba a formar parte de un libro proyectado. Esa carta fue escrita en momentos en que comenzaba a dirigir su atención a las perversiones. Su primera referencia a la relación entre estas y las neurosis en la correspondencia con Fliess data del 1º de enero de 1896 (Manuscrito K), *AE*, 1, pág. 261; pero véase también la Carta 21, del 29 de agosto de 1894, *AE*, 1, pág. 239.]

³⁶ [Nota agregada en 1915:] Por otra parte, en estos poderes que ponen un dique al desarrollo sexual —asco, vergüenza y moral— es preciso ver también un sedimento histórico de las inhibiciones externas que la pulsión sexual experimentó en la psicogénesis de la humanidad. En el desarrollo del individuo se observa que emergen en su momento, como espontáneamente, a una señal de la educación y de la influencia externa.

ción—, tienen que ser de naturaleza compuesta. De ahí podemos conjeturar que acaso la pulsión sexual no es algo simple, sino que consta de componentes que en las perversiones vuelven a separarse. La clínica nos habría revelado así la existencia de unas *fusiones* que no se dan a conocer como tales en la conducta normal uniforme.³⁷

4. La pulsión sexual en los neuróticos

EL PSICOANÁLISIS. Una importante contribución al conocimiento de la pulsión sexual en personas que por lo menos se aproximan a lo normal se obtiene de una fuente asequible por un único y especial camino. Para conseguir una información exhaustiva y certera acerca de la vida sexual de los llamados psiconeuróticos ([los que sufren de] histeria, neurosis obsesiva, la falsamente llamada neurastenia, con seguridad también la *dementia praecox* y la paranoia)³⁸ existe un único medio: someterlos a la exploración psicoanalítica, de la que se sirve el procedimiento terapéutico introducido por Josef Breuer y por mí en 1893, y entonces llamado «catártico».

Debo anticipar, repitiendo lo que he dicho en otras publicaciones, que estas psiconeurosis, hasta donde llegan mis experiencias, descansan en fuerzas pulsionales de carácter sexual. Con ello no quiero decir que la energía de la pulsión sexual preste una mera contribución a las fuerzas que sustentan a los fenómenos patológicos (síntomas), sino aseverar expresamente que esa participación es la única fuente energética constante de las neurosis, y la más importante, de suerte que la vida sexual de las personas afectadas se exterioriza de manera exclusiva, o predominante, o sólo parcial, en estos síntomas. Como he expresado en otro lugar,³⁹ los síntomas son la práctica sexual de los enfermos. La prueba

³⁷ [Nota agregada en 1920:] Anticipándome a lo que diré luego acerca de la génesis de las perversiones, hago notar que se puede suponer con buenos fundamentos que antes de que se fijasen preexistió, tal como ocurre en el caso del fetichismo, un esbozo de desarrollo sexual normal. La indagación analítica ha podido mostrar, hasta ahora en casos aislados, que también la perversión es el saldo de un desarrollo hacia el complejo de Edipo, tras cuya represión reaparecen los componentes de la pulsión sexual que en la disposición del individuo eran los más fuertes.

³⁸ [Antes de 1915 esta frase terminaba así: «...llamada neurastenia y probablemente la paranoia».]

³⁹ [En el «Epílogo» al historial clínico de «Dora», *supra*, pág. 100.]

de esta aseveración me la ha brindado un creciente número de psicoanálisis de histéricos y de otros neuróticos, que vengo realizando desde hace veinticinco años,⁴⁰ acerca de cuyos resultados he dado detallada razón en otros lugares, y seguiré haciéndolo.⁴¹

El psicoanálisis elimina los síntomas de los histéricos bajo la premisa de que son el sustituto —la transcripción, por así decir— de una serie de procesos anímicos investidos de afecto, deseos y aspiraciones, a los que en virtud de un particular proceso psíquico (la *represión*) se les ha denegado {frustrado} el acceso a su tramitación en una actividad psíquica susceptible de conciencia. Y entonces, estas formaciones de pensamiento que han quedado relegadas al estado de lo inconciente aspiran a una expresión proporcionada a su valor afectivo, a una *descarga*, y en el caso de la histeria la encuentran en el proceso de la *conversión* en fenómenos somáticos: precisamente, los síntomas histéricos. Ahora bien, siguiendo ciertas reglas, con ayuda de una técnica particular, es posible retrasformar los síntomas en representaciones ahora devenidas concientes, investidas de afecto; y así se consigue la averiguación más exacta acerca de la naturaleza y el linaje de estas formaciones psíquicas antes inconcientes.

RESULTADOS LOGRADOS POR EL PSICOANÁLISIS. Por este camino se averiguó que los síntomas son un sustituto de aspiraciones que toman su fuerza de la fuente de la pulsión sexual. Armoniza plenamente con ello lo que sabemos sobre el carácter de los histéricos (los tomamos como modelo de todos los psiconeuróticos) antes de contraer su enfermedad, y sobre las ocasiones de esta última. El carácter histérico permite individualizar una cuota de *represión sexual* que rebasa con mucho la medida normal; un aumento de las resistencias a la pulsión sexual, resistencias que conocimos como vergüenza, asco y moral; una especie de huida instintiva frente a todo examen intelectual del problema sexual, que en los casos más acusados tiene por consecuencia mantener una total ignorancia sexual aun después de alcanzada la madurez genésica.⁴²

⁴⁰ [En 1905, «diez años»; la cifra fue aumentando en cada edición hasta la de 1920 inclusive.]

⁴¹ [Nota agregada en 1920:] No restrinjo ese enunciado, más bien lo completo, al modificarlo de este modo: Los síntomas neuróticos se basan, por una parte, en la exigencia de las pulsiones libidinales y, por otra, en el veto del yo, en la reacción contra aquellas.

⁴² Breuer [en Breuer y Freud (1895), AE, 2, pág. 47] escribe, acerca de la paciente en la cual aplicó por primera vez el método catártico: «El factor sexual estaba asombrosamente no desarrollado» [en realidad, Breuer escribió «el elemento sexual»].

Este rasgo de carácter, esencial en la histeria, no rara vez se oculta a la observación superficial por la presencia del segundo factor constitucional de la histeria: el despliegue hiperpotente {*übermächtig*} de la pulsión sexual; sólo el análisis psicológico sabe descubrirlo en todos los casos y solucionar lo enigmático y contradictorio de la histeria comprobando la existencia de ese par de opuestos: una necesidad sexual hipertrófica {*übergross*} y una desautorización de lo sexual llevada demasiado lejos.

La ocasión de enfermar se presenta para la persona de disposición histérica cuando, a consecuencia de su propia y progresiva maduración o de las circunstancias externas de su vida, el reclamo sexual objetivo se torna serio para ella. Entre el esforzar de la pulsión y la acción contrarrestante de la desautorización sexual se sitúa el recurso a la enfermedad; esta no da una solución al conflicto, sino que es un intento de escapar a él mudando las aspiraciones libidinosas en síntomas.⁴³ El hecho de que una persona histérica, por ejemplo un hombre, enferme a raíz de una emoción trivial, de un conflicto en cuyo centro no se sitúa el interés sexual, no es más que una excepción aparente. En tales casos, el psicoanálisis puede demostrar regularmente que fue el componente sexual del conflicto el que posibilitó la contracción de la enfermedad sustrayendo los procesos anímicos a la tramitación normal.

NEUROSIS Y PERVERSIÓN. Buena parte de la oposición que han suscitado estas tesis más se explica por el hecho de que se hace coincidir la sexualidad de la cual yo derivo los síntomas psiconeuróticos con la pulsión sexual normal. Pero el psicoanálisis enseña todavía algo más. Muestra que los síntomas en modo alguno nacen únicamente a expensas de la pulsión sexual llamada *normal* (no, al menos, de manera exclusiva o predominante), sino que constituyen la expresión convertida {*konvertiert*} de pulsiones que se designarían *perversas* (en el sentido más lato) si pudieran exteriorizarse directamente, sin difracción por la conciencia, en designios de la fantasía y en acciones. Por tanto, los síntomas se forman en parte a expensas de una sexualidad *anormal*; la *neurosis es, por así decir, el negativo de la perversión*.⁴⁴

⁴³ [Tema desarrollado por Freud en su trabajo «Sobre los tipos de contracción de neurosis» (1912c).]

⁴⁴ [Esta idea había sido formulada por Freud en esos mismos términos en una carta a Fliess del 24 de enero de 1897 (Freud, 1950a, Carta 57), *AE*, 1, pág. 284. Pero ya estaba implícita en las cartas del 6 de diciembre de 1896 y del 11 de enero de 1897 (Cartas 52 y 55), *AE*, 1, págs. 279 y 281. Se la hallará también en el

La pulsión sexual de los psiconeuróticos permite discernir todas las aberraciones que en lo anterior hemos estudiado como variaciones respecto de la vida sexual normal y como manifestaciones de la patológica.

a. En la vida anímica inconciente de todos los neuróticos (sin excepción) se encuentran mociones de inversión, de fijación de la libido en personas del mismo sexo. Sin una elucidación que cale hondo no es posible apreciar como corresponde la importancia de este factor para la configuración del cuadro patológico; sólo puedo asegurar que la inclinación inconciente a la inversión nunca falta y, en particular, presta los mayores servicios al esclarecimiento de la histeria masculina.⁴⁵

b. En el inconciente de los psiconeuróticos pueden pesquisar, como formadoras de síntoma, todas las inclinaciones a la trasgresión anatómica; entre ellas, con particular frecuencia e intensidad, las que reclaman para las mucosas bucal y anal el papel de los genitales.

c. Entre los formadores de síntoma de las psiconeurosis desempeñan un papel sobresaliente las pulsiones parciales,⁴⁶ que las más de las veces se presentan en pares de opuestos; ya tomamos conocimiento de ellas como promotoras de nuevas metas sexuales: la pulsión del placer de ver y de la exhibición, y la pulsión a la crueldad, configurada activa y pasivamente. La contribución de esta última se hace indispensable para comprender la naturaleza penosa de los síntomas, y casi regularmente gobierna una parte de la conducta social de los enfermos. Por medio de este enlace de la libido con la crueldad se produce también la mudanza de

historial de «Dora» (*supra*, pág. 45).] Las fantasías que los perversos tienen con conciencia clara (y que en circunstancias favorables pueden trasponerse en acciones), los temores delirantes de los paranoicos (que ellos proyectan sobre otros con intención hostil) y las fantasías inconcientes de los histéricos (que es posible descubrir tras sus síntomas mediante psicoanálisis) coinciden hasta en los detalles en cuanto a su contenido. [Esto ya había sido destacado en *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b), AE, 6, pág. 248, n. 28.]

⁴⁵ La psiconeurosis se asocia también muy a menudo con una inversión manifiesta. En esos casos, la corriente heterosexual ha sido víctima de una sofocación plena. Hago justicia si comunico que sólo presté atención a la universalidad necesaria de la tendencia a la inversión en los psiconeuróticos a raíz de unas manifestaciones privadas que me hizo Wilhelm Fliess en Berlín, después que yo la había descubierto en casos aislados. — [Agregado en 1920:] Este hecho, no apreciado suficientemente, no podía menos que ejercer una influencia decisiva sobre todas las teorías de la homosexualidad.

⁴⁶ [Esta es la primera vez que aparece la expresión «pulsión parcial» en las obras que Freud publicó, si bien el *concepto* ya había sido introducido *supra*, págs. 147-8.]

amor en odio, de mociones tiernas en mociones hostiles, característica de toda una serie de casos de neurosis y aun, al parecer, de la paranoia en su conjunto.

El interés por estos resultados aumenta más todavía si se tienen en cuenta algunas particularidades que presenta el material fáctico.⁴⁷

α. Toda vez que se descubre en el inconciente una pulsión de esa clase, susceptible de ir apareada con un opuesto, por regla general puede demostrarse que también este último produce efectos. Por tanto, toda perversión «activa» es acompañada aquí por su contraparte pasiva. Quien en el inconciente es exhibicionista, es al mismo tiempo *voyeur*; quien padece las consecuencias de la represión de mociones sádicas, recibe otro suplemento a sus síntomas desde las fuentes de una inclinación masoquista. Es por cierto muy notable la concordancia con la conducta de las correspondientes perversiones «positivas»; pero en los cuadros patológicos, una u otra de las inclinaciones opuestas desempeña el papel prevaleciente.

β. En un caso de psiconeurosis más acusado, rara vez se encuentra una sola de estas pulsiones perversas: las más de las veces hallamos un gran número de ellas y, por regla general, huellas de todas. Empero, la intensidad de cada pulsión singular es independiente del desarrollo de las otras. También en este punto el estudio de las perversiones «positivas» nos proporciona la exacta contrapartida.

5. Pulsiones parciales y zonas erógenas⁴⁸

Si reunimos lo que la indagación de las perversiones positivas y negativas nos ha permitido averiguar, resulta suge-

⁴⁷ [En las ediciones anteriores a 1920 se enumeraban *tres* de estas «particularidades». Con referencia a la primera, suprimida después, se decía: «Entre las ilaciones de pensamiento de las neurosis no se encuentra nada que corresponda a una inclinación al fetichismo, circunstancia esta que arroja luz sobre la particularidad psicológica de esta bien comprendida perversión».]

⁴⁸ [Parece ser esta la primera oportunidad en que apareció en una publicación la frase «zona erógena». Freud ya la había utilizado en una carta a Fliess del 6 de diciembre de 1896 (Freud, 1950a, Carta 52), *AE*, 1, pág. 280. También se la encuentra en el historial de «Dora» (*supra*, pág. 46), escrito presumiblemente en 1901. A todas luces, se la creó por analogía con «zona histerógena», expresión entonces en boga. Cf. «Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico» (1886d), *AE*, 1, pág. 33, e «Histeria» (1888b), *AE*, 1, págs. 47-8.]

rente reconducirlas a una serie de «pulsiones parciales» que, empero, no son algo primario, pues admiten una ulterior descomposición.⁴⁹ Por «pulsión» podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante (*Repräsentanz*) psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del «estímulo», que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así, «pulsión» es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. La hipótesis más simple y obvia acerca de la naturaleza de las pulsiones sería esta: en sí no poseen cualidad alguna, sino que han de considerarse sólo como una medida de exigencia de trabajo para la vida anímica. Lo que distingue a las pulsiones unas de otras y las dota de propiedades específicas es su relación con sus *fuentes* somáticas y con sus *metas*. La fuente de la pulsión es un proceso excitador en el interior de un órgano, y su meta inmediata consiste en cancelar ese estímulo de órgano.⁵⁰

Otra hipótesis provisional en la doctrina de las pulsiones, que no podemos omitir aquí, reza lo siguiente: los órganos del cuerpo brindan excitaciones de dos clases, basadas en diferencias de naturaleza química. A una de estas clases de excitación la designamos como la específicamente sexual, y al órgano afectado, como la «zona erógena» de la pulsión parcial sexual que arranca de él.⁵¹

En el caso de las inclinaciones perversas que reclaman valor (*Bedeutung*) sexual para la cavidad bucal y la abertura anal, el papel de la zona erógena es visible sin más. En todo respecto se comporta como una parte del aparato genital. En el caso de la histeria, estos lugares del cuerpo y los tractos de mucosa que arrancan de ellos se convierten en la

⁴⁹ [El pasaje que va desde este punto hasta el final del párrafo data de 1915. En las primeras dos ediciones (1905 y 1910), aparecía en su lugar lo siguiente: «Además de una "pulsión" no sexual en sí misma, proveniente de fuentes motrices de impulso, se distingue en ellas [en las pulsiones parciales] la contribución de un órgano que recibe estímulos (piel, mucosa, órgano de los sentidos). Este último debe designarse aquí como *zona erógena*: el órgano cuya excitación confiere a la pulsión carácter sexual». — La versión revisada data del período en que Freud escribió su ensayo sobre «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915c), donde examina por extenso todo este asunto.]

⁵⁰ [Nota agregada en 1924:] La doctrina de las pulsiones es la pieza más importante, pero también la más inconclusa, de la teoría psicoanalítica. He desarrollado otras contribuciones a ella en mis obras posteriores *Más allá del principio de placer* (1920g) y *El yo y el ello* (1923b).

⁵¹ [Nota agregada en 1915:] No es fácil justificar aquí estas hipótesis, tomadas del estudio de determinada clase de contracción de neurosis. Pero, por otra parte, sería imposible enunciar algo concluyente acerca de las pulsiones ahorrándose la mención de estas premisas.

sede de nuevas sensaciones y alteraciones de inervación —y aun de procesos comparables a la erección⁵²—, en un todo similares a las de los genitales verdaderos bajo las excitaciones de los procesos sexuales normales.

Entre las psiconeurosis, es en la histeria donde resalta más nítidamente la significación de las zonas erógenas como aparatos colaterales y subrogados de los genitales; pero ello no implica afirmar que deban subestimarse en las otras formas de enfermedad. En estas (neurosis obsesiva, paranoia) es solamente menos notoria, pues la formación de síntoma se cumple en regiones del aparato anímico más alejadas de los diversos centros que gobiernan al cuerpo. En la neurosis obsesiva, lo más llamativo es la importancia de los impulsos, que crean nuevas metas sexuales y parecen independientes de las zonas erógenas. No obstante, en el placer de ver y de exhibirse, el ojo corresponde a una zona erógena; en el caso del dolor y la crueldad en cuanto componentes de la pulsión sexual, es la piel la que adopta idéntico papel: la piel, que en determinados lugares del cuerpo se ha diferenciado en los órganos de los sentidos y se ha modificado hasta constituir una mucosa, y que es, por tanto, la zona erógena κατ' ἐξοχήν {por excelencia}.⁵³

6. Explicación de la aparente preponderancia de la sexualidad perversa en el caso de las psiconeurosis

Las elucidaciones precedentes pueden haber puesto bajo una luz falsa la sexualidad de los psiconeuróticos. Quizá sugirieron que, en virtud de su disposición, ellos se aproximan mucho a los perversos por su conducta sexual, distanciándose de los normales en la misma medida. Ahora bien, es muy posible que la disposición constitucional de estos enfermos contenga, junto a un grado hipertrófico de represión

⁵² [Este inciso fue agregado en 1920.]

⁵³ En este punto nos viene a la memoria la tesis de Moll, quien descompone la pulsión sexual en pulsión de contractación y de detumescencia. La primera significa una necesidad de contacto con la piel. [Moll (1898) describió la pulsión de detumescencia como un impulso tendiente al alivio espasmódico de la tensión de los órganos sexuales, y a la pulsión de contractación como un impulso a entrar en contacto con otra persona. Creía que este último aparecía después que el primero en la evolución del individuo. (Cf. también *infra*, pág. 163, n. 13.) — Al final de esta nota había en 1905 y 1910 la oración siguiente, más tarde suprimida: «Strohmayer ha inferido muy acertadamente de un caso observado por él que los autorreproches obsesivos tienen su origen en impulsos sádicos sofocados.]

sexual y a una hiperpotencia de la pulsión sexual, una des-acostumbrada inclinación a la perversión en el sentido más lato. No obstante, la indagación de casos más leves muestra que este último supuesto no es indispensable, o que al menos en el juicio sobre sus efectos patológicos tiene que restarse la acción de otro factor. En la mayoría de los psiconeuróticos, la enfermedad se contrae sólo después de la pubertad y bajo los reclamos de la vida sexual normal; en contra de esta apunta, sobre todo, la represión. O bien se la contrae más tardíamente, cuando se frustran las vías normales de satisfacción de la libido. En uno u otro caso, la libido se comporta como una corriente cuyo cauce principal queda cortado; llena entonces las vías colaterales que hasta entonces quizás habían permanecido vacías. Así, la inclinación, en apariencia tan grande, de los psiconeuróticos a la perversión (la inclinación negativa, es cierto) puede estar condicionada colateralmente; y en todo caso, su acrecentamiento tiene que ser colateral. El hecho es, justamente, que es preciso alinear la represión sexual, en calidad de factor interno, junto con los factores externos que, como la restricción de la libertad, la inaccesibilidad del objeto sexual normal, los peligros que trae aparejado el acto sexual normal, etc., generan perversiones en individuos que de lo contrario acaso habrían seguido siendo normales.

En distintos casos de neurosis las proporciones pueden variar en esto; una vez, lo decisivo será la fuerza innata de la inclinación perversa, otra, su acrecentamiento colateral por retracción de la libido de la meta y objeto sexuales normales. Sería erróneo suponer una oposición donde existe un nexo de cooperación. La neurosis obtendrá siempre sus máximos logros cuando la constitución y el vivenciar cooperen en el mismo sentido. Una constitución pronunciada podrá quizá prescindir del apoyo de impresiones vitales, y tal vez una vasta conmoción vital provocará la neurosis aun en una constitución ordinaria. Por lo demás, estos puntos de vista valen de igual manera en otros campos respecto de la significatividad etiológica de lo innato y de lo accidentalmente vivenciado.

Pero si se prefiere la hipótesis de que una inclinación particularmente marcada a las perversiones es una de las peculiaridades de la constitución psiconeurótica, se abre la perspectiva de poder distinguir una gama de tales constituciones según la preponderancia innata de esta o estotra zona erógena, de esta o estotra pulsión parcial. Como ocurre con tantas cosas en este campo, no se ha investigado todavía si la disposición perversa guarda particular correspondencia con la elección de la forma de enfermedad.

7. Referencia al infantilismo de la sexualidad

Con la pesquisa de las mociones perversas en cuanto formadoras de síntoma en las psiconeurosis hemos elevado extraordinariamente el número de hombres a quienes podría calificarse de perversos. No sólo los neuróticos mismos constituyen una clase muy numerosa; también ha de tenerse en cuenta que desde todas las formas de neurosis pueden establecerse series descendentes, sin solución de continuidad, hasta la salud. Por eso pudo decir Moebius, con buenos fundamentos, que todos somos un poco histéricos. Así, la extraordinaria difusión de las perversiones nos fuerza a suponer que tampoco la disposición para ellas es una rara particularidad, sino que tiene que formar parte de la constitución juzgada normal.

Es discutible, según dijimos, que las perversiones se remontan a condiciones innatas o nazcan, tal como lo supuso Binet respecto del fetichismo [pág. 140], en virtud de vicencias contingentes. Ahora se nos ofrece esta resolución del dilema: en la base de las perversiones hay en todos los casos algo innato, pero *algo que es innato en todos los hombres*, por más que su intensidad fluctúe y pueda con el tiempo ser realizada por influencias vitales. Se trata de unas raíces innatas de la pulsión sexual, dadas en la constitución misma, que en una serie de casos (perversiones) se desarrollan hasta convertirse en los portadores reales de la actividad sexual, otras veces experimentan una sofocación (represión) insuficiente, a raíz de lo cual pueden atraer a sí mediante un rodeo, en calidad de síntomas patológicos, una parte considerable de la energía sexual, mientras que en los casos más favorecidos, situados entre ambos extremos, permiten, gracias a una restricción eficaz y a algún otro procesamiento, la génesis de la vida sexual llamada normal.

Pero hemos de decirnos, también, que esa presunta constitución que exhibe los gérmenes de todas las perversiones sólo podrá rastrearse en el niño, aunque en él todas las pulsiones puedan emerger únicamente con intensidad moderada. Vislumbramos así una fórmula: los neuróticos han conservado el estado infantil de su sexualidad o han sido remitidos a él. De ese modo, nuestro interés se dirige a la vida sexual del niño; estudiaremos el juego de influencias en virtud del cual el proceso de desarrollo de la sexualidad infantil desemboca en la perversión, en la neurosis o en la vida sexual normal.

II. La sexualidad infantil

EL DESCUIDO DE LO INFANTIL. Forma parte de la opinión popular acerca de la pulsión sexual la afirmación de que ella falta en la infancia y sólo despierta en el período de la vida llamado pubertad. No es este un error cualquiera: tiene graves consecuencias, pues es el principal culpable de nuestra presente ignorancia acerca de las bases de la vida sexual. Un estudio a fondo de las manifestaciones sexuales de la infancia nos revelaría probablemente los rasgos esenciales de la pulsión sexual, dejaría traslucir su desarrollo y mostraría que está compuesta por diversas fuentes.

Cosa notable: los autores que se han ocupado de explicar las propiedades y reacciones del individuo adulto prestaron atención mucho mayor a la prehistoria constituida por la vida de los antepasados (vale decir, atribuyeron una influencia mucho más grande a la herencia) que a la otra prehistoria, la que se presenta ya en la existencia individual: la infancia. Y eso que, según debería suponerse, la influencia de este período de la vida es más fácil de comprender, y tendría títulos para ser considerada antes que la de la herencia.¹ Es cierto que en la bibliografía hallamos ocasionales noticias acerca de una práctica sexual temprana en niños pequeños, acerca de erecciones, de la masturbación y aun de acciones parecidas al coito. Pero se las menciona siempre como procesos excepcionales, como curiosidades o como horrosos ejemplos de temprana corrupción. Que yo sepa, ningún autor ha reconocido con claridad que la existencia de una pulsión sexual en la infancia posee el carácter de una ley. Y en los escritos, ya numerosos, acerca del desarrollo del niño, casi siempre se omite tratar el desarrollo sexual.²

¹ [Nota agregada en 1915:] Por cierto, no es posible individualizar la cuota correspondiente a la herencia antes de apreciar la que pertenece a la infancia.

² Tiempo después, la afirmación del texto me pareció a mí mismo tan osada que me impuse la tarea de volver a cotejarla recorriendo la bibliografía. Resultado de este reexamen fue dejarla intacta. El estudio científico de los fenómenos de la sexualidad en la infancia, tanto corporales como anímicos, se encuentra en sus primeros pasos. Un autor, Bell (1902, pág. 327), observa: «I know of no scientist who has given a careful analysis of the emotion as it is seen in the

AMNESIA INFANTIL. La razón de este asombroso descuido la busco, en parte, en los reparos convencionales de los autores a consecuencia de su propia educación, y en parte en un fenómeno psíquico que hasta ahora se ha sustraído de toda explicación. Aludo a la peculiar *amnesia* que en la mayoría de los seres humanos (¡no en todos!) cubre los primeros años de su infancia, hasta el sexto o el octavo año de vida. Hasta ahora no se nos ha ocurrido asombrarnos frente al hecho de esa amnesia; pero tendríamos buenas razones para ello. En efecto, se nos informa que en esos años, de los que después no conservamos en la memoria sino unos jirones incomprendibles, reaccionábamos con vivacidad frente a las impresiones, sabíamos exteriorizar dolor y alegría de una manera humana, mostrábamos amor, celos y otras pasiones que nos agitaban entonces con violencia, y aun pronunciábamos frases que los adultos registraron como buenas pruebas de penetración y de una incipiente capacidad de juicio. Y una vez adultos, nada de eso sabemos por nosotros mismos. ¿Por qué nuestra memoria quedó tan retrasada respecto de nuestras otras actividades anímicas? Máxime cuando tenemos fundamento para creer que en ningún otro período de la vida la capacidad de reproducción y de recepción es mayor, justamente, que en los años de la infancia.³

adolescent» {«No conozco ningún científico que haya hecho un cuidadoso análisis de la emoción tal como la vemos en el *adolescent*»}. Manifestaciones sexuales somáticas del período anterior a la pubertad han sido objeto de atención solamente a raíz de fenómenos degenerativos y como signos de degeneración. En ninguna de las exposiciones de psicología infantil que he leído se encuentra un capítulo sobre la vida amorosa; esto vale para las conocidas obras de Preyer [1882], Baldwin (1898), Pérez (1886), Strümpell (1899), Groos (1904), Heller (1904), Sully (1898) y otras. La revista *Die Kinderfehler* {Las deficiencias del niño}, desde 1896 en adelante, nos proporciona la impresión más clara del actual estado de cosas en este campo. No obstante, uno se convence de que descubrir la existencia del amor en la infancia es innecesario. Pérez (1886, págs. 272 y sigs.) aboga en favor de ella; K. Groos (1899, pág. 326) menciona como cosa de todos conocida el hecho de que «muchos niños son accesibles a mociones sexuales ya muy temprano, y sienten hacia el otro sexo un impulso de contacto»; el caso más reciente de emergencia de mociones amorosas sexuales (*sex-love*) en la serie de observaciones de Bell (1902 [pág. 330]) concierne a un niño a mediados de su tercer año. Sobre esto, cf. también Havelock Ellis, *Das Geschlechtsgefühl* (traducción de Von Kurella), 1903, Apéndice II.

[Agregado en 1910:] El juicio formulado en el texto sobre la bibliografía acerca de la sexualidad infantil ya no puede sostenerse tras la aparición de la gran obra de Stanley Hall (1904). El libro reciente de A. Moll (1909) no ofrece motivo para una modificación de esa índole. Véase, por otra parte, Bleuler (1908). [Agregado en 1915:] Después, un libro de Hug-Hellmuth (1913*b*) ha tomado plenamente en cuenta el descuidado factor sexual.

³ En mi ensayo «Sobre los recuerdos encubridores» (1899*a*) in-

Por otro lado, tenemos que suponer —o podemos convencernos de ello merced a la indagación psicológica de otras personas— que esas mismas impresiones que hemos olvidado dejaron, no obstante, las más profundas huellas en nuestra vida anímica y pasaron a ser determinantes para todo nuestro desarrollo posterior. No puede tratarse, pues, de una desaparición real de las impresiones infantiles, sino de una amnesia semejante a la que observamos en los neuróticos respecto de vivencias posteriores y cuya esencia consiste en un mero apartamiento de la conciencia (represión). Ahora bien, ¿cuáles son las fuerzas que provocan esta represión de las impresiones infantiles? Quien solucione este enigma habrá esclarecido al mismo tiempo la amnesia histérica.

Comoquiera que sea, no dejaremos de destacar que la existencia de la amnesia infantil proporciona otro punto de comparación entre el estado anímico del niño y el del psico-neurótico. Ya encontramos un punto semejante cuando se nos impuso la fórmula de que la sexualidad de los psico-neuróticos conserva el estado infantil o ha sido remitida a él. ¿Y si la amnesia infantil misma debiera ponerse en relación con las mociones sexuales de la infancia?

En verdad, es algo más que un mero juego de ingenio enlazar la amnesia infantil con la histérica. Esta última, que se halla al servicio de la represión, sólo se vuelve explicable por la circunstancia de que el individuo ya posee un acervo de huellas mnémicas que se han sustraído a su asequibilidad conciente y que ahora, mediante una ligazón asociativa, arrastran hacia sí aquello sobre lo cual actúan, desde la conciencia, las fuerzas repulsoras de la represión.⁴ Sin amnesia infantil, podríamos decir, no habría amnesia histérica.⁵ En mi opinión, pues, la amnesia infantil, que convierte la infancia de cada individuo en un tiempo anterior, por así decir *prehistórico*, y le oculta los comienzos de su propia vida sexual, es la culpable de que no se haya otorgado valor al período infantil en el desarrollo de la vida sexual. Un solo observador no puede llenar las lagunas que ello ha engendrado en

tenté solucionar uno de los problemas que se enlazan con los recuerdos infantiles más tempranos. [Agregado en 1924:] Cf. también el capítulo IV de mi *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b).

⁴ [Nota agregada en 1915:] No puede comprenderse el mecanismo de la represión si se toma en cuenta uno solo de estos dos procesos que cooperan entre sí. A título de comparación puede servir el modo en que los turistas son llevados hasta la cúspide de la gran pirámide de Giza: de un lado los empujan, del otro los atraen. [Cf. Freud, «La represión» (1915d).]

⁵ [Cf. la carta a Fliess del 10 de marzo de 1898 (Freud, 1950a, Carta 84), AE, 1, pág. 316.]

nuestro conocimiento. Ya en 1896⁶ destacué la relevancia de los años infantiles para la génesis de ciertos importantes fenómenos, dependientes de la vida sexual, y después no he cesado de traer al primer plano el factor infantil de la sexualidad.

[1.] El período de latencia sexual de la infancia y sus rupturas

Los hallazgos extraordinariamente frecuentes de mociones sexuales que se creían excepciones y casos atípicos en la infancia, así como la revelación de los recuerdos infantiles de los neuróticos, hasta entonces inconcientes,⁷ permiten quizá trazar el siguiente cuadro de la conducta sexual en ese período: Parece seguro que el neonato trae consigo gérmenes de mociones sexuales que siguen desarrollándose durante cierto lapso, pero después sufren una progresiva sofocación; esta, a su vez, puede ser quebrada por oleadas regulares de avance del desarrollo sexual o suspendida por peculiaridades individuales. Nada seguro se conoce acerca del carácter legal y la periodicidad de esta vía oscilante de desarrollo. Parece, empero, que casi siempre hacia el tercero o cuarto año de vida del niño su sexualidad se expresa en una forma asequible a la observación.⁸

⁶ [Por ejemplo, en «La etiología de la histeria» (1896c), *AE*, 3, pág. 201.]

⁷ Este último material se vuelve utilizable por la justificada expectativa de que la infancia de los que después son neuróticos no puede diverger *esencialmente* de la infancia de los después normales [*agregado* en 1915:], sino sólo en cuanto a la intensidad y claridad de los fenómenos involucrados.

⁸ Una posible analogía con la trayectoria de la función sexual infantil, tal como yo la postulo, la proporcionaría el descubrimiento de Bayer (1902) de que los órganos sexuales internos (útero) de los recién nacidos son, por lo general, más grandes que en los niños de más edad. Empero, esta concepción de una involución posterior al nacimiento, que Halban comprobó también para otras partes del aparato genital, no está certificada. Según Halban (1904), este proceso termina tras unas pocas semanas de vida extrauterina. [*Aggregado* en 1920:] Los autores que consideran a la región intersticial de las glándulas germinales como el órgano determinante del sexo se vieron forzados, a raíz de ciertas investigaciones anatómicas, a hablar a su vez de sexualidad infantil y de período de latencia sexual. Cito un pasaje del libro de Lipschütz (1919, pág. 168), al que ya hice alusión en la pág. 134n.: «Se responde mucho más a los hechos si se afirma que la maduración de los rasgos sexuales, tal como se produce en la pubertad, no consiste sino en el discurrir de unos procesos que en esa época se aceleran fuertemente, pero ya habían empezado mucho antes —según nuestra concepción, ya en la vida em-

LAS INHIBICIONES SEXUALES. Durante este período de latencia total o meramente parcial se edifican los poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral). En el niño civilizado se tiene la impresión de que el establecimiento de esos diques es obra de la educación, y sin duda alguna ella contribuye en mucho. Pero en realidad este desarrollo es de condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente, y llegado el caso puede producirse sin ninguna ayuda de la educación. Esta última se atiene por entero a la esfera de competencia que se le ha asignado cuando se limita a marchar tras lo prefijado orgánicamente, imprimiéndole un cuño algo más ordenado y profundo.

FORMACIÓN REACTIVA Y SUBLIMACIÓN. ¿Con qué medios se ejecutan estas construcciones tan importantes para la cultura personal y la normalidad posteriores del individuo? Probablemente a expensas de las mociones sexuales infantiles mismas, cuyo aflujo no ha cesado, pues, ni siquiera en este período de latencia, pero cuya energía —en su totalidad o en su mayor parte— es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines. Los historiadores de la cultura parecen contestes en suponer que mediante esa desviación de las fuerzas pulsionales sexuales de sus metas, y su orientación hacia metas nuevas (un proceso que merece el nombre de *sublimación*), se adquieren poderosos componentes para todos los logros culturales. Agregaríamos, entonces, que un proceso igual

brionaria—». «Es probable que lo que hasta ahora se ha designado simplemente "pubertad" no sea sino una segunda gran fase de la pubertad, que se inicia a mediados de la segunda década de vida. (...) La infancia, contada desde el nacimiento hasta el comienzo de la segunda gran fase, podría designarse como la "fase intermedia de la pubertad"» (*ibid.*, pág. 170). Esta concordancia entre los hallazgos anatómicos y la observación psicológica, destacada en una reseña [sobre el libro de Lipschütz] de Ferenczi (1920), desaparece por la indicación de que el «primer punto de inflexión» del desarrollo del órgano sexual cae dentro del período embrionario temprano, mientras que el temprano florecimiento de la vida sexual ha de situarse en el niño en su tercero y cuarto años. Desde luego, no se requiere la total simultaneidad de la conformación anatómica con el desarrollo psíquico. Las investigaciones de referencia se hicieron para las glándulas germinales del ser humano. Puesto que a los animales no les corresponde un período de latencia en sentido psicológico, importaría mucho saber si esos hallazgos anatómicos sobre cuya base los autores suponen dos puntos de inflexión del desarrollo sexual pueden rastreadse también en otros animales superiores.

tiene lugar en el desarrollo del individuo, y situaríamos su comienzo en el período de latencia sexual de la infancia.⁹

Puede, asimismo, arriesgarse una conjetura acerca del mecanismo de tal sublimación. Las mociones sexuales de estos años infantiles serían, por una parte, inaplicables, pues las funciones de la reproducción están diferidas, lo cual constituye el carácter principal del período de latencia; por otra parte, serían en sí perversas, esto es, partirían de zonas erógenas y se sustentarían en pulsiones que dada la dirección del desarrollo del individuo sólo provocarían sensaciones de displacer. Por eso suscitan fuerzas anímicas contrarias (mociones reactivas) que construyen, para la eficaz sofocación de ese displacer, los mencionados diques psíquicos: asco, vergüenza y moral.¹⁰

RUPTURAS DEL PERÍODO DE LATENCIA. Sin hacernos ilusiones en cuanto a la naturaleza hipotética y a la insuficiente claridad de nuestras intelecciones sobre los procesos del período infantil de latencia o de diferimiento, volvamos a hacer pie en la realidad para indicar que ese empleo de la sexualidad infantil constituye un ideal pedagógico del cual el desarrollo del individuo se aparta casi siempre en algunos puntos, y a menudo en medida considerable. De tiempo en tiempo irrumpen un bloque de exteriorización sexual que se ha sustraído a la sublimación, o cierta práctica sexual se conserva durante todo el período de latencia hasta el estallido reforzado de la pulsión sexual en la pubertad. Los educadores, en la medida en que prestan alguna atención a la sexualidad infantil, se conducen como si compartieran nuestras opiniones acerca de la formación de los poderes de defensa morales a expensas de la sexualidad, y como si supieran que la práctica sexual hace ineducable al niño; en efecto, persiguen como «vicios» todas las exteriorizaciones sexuales del niño, aunque sin lograr mucho contra ellas. Ahora bien, nosotros tenemos fundamento para interesarnos en estos fenómenos temidos por la educación, pues esperamos que ellos nos esclarezcan la conformación originaria de la pulsión sexual.

⁹ La designación «período de latencia sexual» la he tomado también de Fliess.

¹⁰ [Nota agregada en 1915:] En el caso aquí considerado, la sublimación de las fuerzas pulsionales sexuales se realiza por la vía de la formación reactiva. Pero, en general, es lícito distinguir conceptualmente sublimación y formación reactiva como dos procesos diversos. También puede haber sublimaciones por otros caminos, más simples. [Un ulterior examen teórico de la sublimación se hallará en «Introducción del narcisismo» (1914c), *AE*, 14, págs. 91-2, y en varios pasajes de *El yo y el ello* (1923b), capítulos III, IV y V.]

[2.] Las exteriorizaciones de la sexualidad infantil

EL CHUPETE. Por motivos que después se verán, tomaremos como modelo de las exteriorizaciones sexuales infantiles el chupeteo (el mamar con fruición), al que el pediatra húngaro Lindner ha consagrado un notable estudio (1879).¹¹

El chupeteo {*Ludeln* o *Lutschen*}, que aparece ya en el lactante y puede conservarse hasta la madurez o persistir toda la vida, consiste en un contacto de succión con la boca (los labios), repetido rítmicamente, que no tiene por fin la nutrición. Una parte de los propios labios, la lengua, un lugar de la piel que esté al alcance —aun el dedo gordo del pie—, son tomados como objeto sobre el cual se ejecuta la acción de mamar. Una pulsión de prensión que emerge al mismo tiempo suele manifestarse mediante un simultáneo tironeo rítmico del lóbulo de la oreja y el apoderamiento de una parte de otra persona (casi siempre de su oreja) con el mismo fin. La acción de mamar con fruición cautiva por entero la atención y lleva al adormecimiento o incluso a una reacción motriz en una suerte de orgasmo.¹² No es raro que el mamar con fruición se combine con el frotamiento de ciertos lugares sensibles del cuerpo, el pecho, los genitales externos. Por esta vía, muchos niños pasan del chupeteo a la masturbación.

El propio Lindner¹³ ha reconocido la naturaleza sexual de esta acción y la ha destacado sin reparos. En la crianza, el chupeteo es equiparado a menudo a las otras «malas costumbres» sexuales del niño. Muchos pediatras y neurólogos

¹¹ [Freud emplea aquí términos alemanes corrientes en la crianza de niños: «*Ludeln*» o «*Lutschen*» {chupeteo}, junto con «*Wonnensaugen*» {mamar con fruición}. El Conrad de *Struwelpeter*, de F. H. Hoffmann, era un «*Lutscher*» {chupeteador}.]

¹² Ya se presenta aquí lo que tendrá vigencia toda la vida: la satisfacción sexual es el mejor somnífero. La mayoría de los casos de insomnio neurótico se reconducen a una insatisfacción sexual. Es sabido que niñeras inescrupulosas hacen dormir a los niños que gritan sobándoles los genitales. [Cf. pág. 86, n. 10.]

¹³ [Este párrafo fue agregado en 1915. En las ediciones de 1905 y 1910 aparecía en su lugar el siguiente: «Ningún observador tuvo jamás dudas acerca de la naturaleza sexual de esta actividad. Sin embargo, las mejores teorías creadas por adultos con respecto a este ejemplo de conducta sexual infantil nos dejan en ayunas. Considérese el análisis que hace Moll [1898] de la pulsión sexual, a la que descompone en una pulsión de detumescencia y otra de contractación. [Cf. *supra*, pág. 154, n. 53.] El primero de esos factores no puede estar en juego en este caso, y al segundo sólo es posible reconocerlo con dificultad, dado que, según Moll, aparece después de la pulsión de detumescencia y está dirigido hacia las otras personas». — En 1910 se agregó, luego de la primera oración de este párrafo suprimido, la nota siguiente: «Con excepción de Moll (1909)».]

han objetado con energía esta concepción; pero en parte su objeción descansa, sin duda alguna, en la confusión de «sexual» con «genital». Ese disenso plantea una cuestión difícil e inevitable: ¿Cuál es el carácter universal de las exteriorizaciones sexuales del niño, que nos permitiría reconocerlas? Opino que la concatenación de fenómenos que gracias a la indagación psicoanalítica hemos podido inteligir nos autoriza a considerar el chupeteo como una exteriorización sexual, y a estudiar justamente en él los rasgos esenciales de la práctica sexual infantil.¹⁴

AUTOEROTISMO. Tenemos la obligación de considerar más a fondo este ejemplo. Destaquemos, como el carácter más llamativo de esta práctica sexual, el hecho de que la pulsión no está dirigida a otra persona; se satisface en el cuerpo propio, es *autoerótica*, para decirlo con una feliz designación introducida por Havelock Ellis [1898].¹⁵

Es claro, además, que la acción del niño chupeteador se rige por la búsqueda de un placer —ya vivenciado, y ahora recordado—. Así, en el caso más simple, la satisfacción se obtiene mamando rítmicamente un sector de la piel o de mucosa. Es fácil colegir también las ocasiones que brindaron al niño las primeras experiencias de ese placer que ahora aspira a renovar. Su primera actividad, la más importante para su vida, el mamar del pecho materno (o de sus subrogados), no pudo menos que familiarizarlo con ese placer. Diríamos que los labios del niño se comportaron como una *zona eró-*

¹⁴ [Nota agregada en 1920:] En 1919, en el número 20 del *Neurologisches Zentralblatt*, un tal doctor Galant publicó, bajo el título «Das Lutscherli» {La chupeteada}, la confesión de una muchacha adolescente que no ha abandonado esta práctica sexual infantil y que describe la satisfacción que le procura el chupeteo como enteramente análoga a una satisfacción sexual, en particular cuando proviene del beso del amado. «No todos los besos se asemejan a una chupeteada. ¡No, no; ni mucho menos! Es indescriptible el goce que a una le recorre todo el cuerpo cuando chupetea; simplemente, una está muy lejos de este mundo, totalmente satisfecha y en medio de una dicha que no conoce deseos. Es un sentimiento maravilloso; no se pide más que paz, paz, que no debe ser interrumpida. Es indeciblemente hermoso: no se siente ningún dolor ni pena; una se ve transportada a otro mundo».

¹⁵ [Nota agregada en 1920:] Es verdad que Havelock Ellis ha definido el término «autoerótico» de manera un poco distinta, en el sentido de una excitación que no es provocada desde fuera, sino que se engendra en la interioridad misma. Para el psicoanálisis, lo esencial no es la génesis, sino el vínculo con un objeto. — [En todas las ediciones anteriores a 1920, esta nota rezaba como sigue: «Havelock Ellis no hace sino estropear el sentido del término que él inventó cuando incluye la histeria toda y la masturbación, en su íntegro alcance, dentro de los fenómenos del autoerotismo».]

gena, y la estimulación por el cálido aflujo de leche fue la causa de la sensación placentera. Al comienzo, claro está, la satisfacción de la zona erógena se asoció con la satisfacción de la necesidad de alimentarse. El quehacer sexual se apuntala {*anlehnen*} primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y sólo más tarde se independiza de ella.¹⁶ Quien vea a un niño saciado adormecerse en el pecho materno, con sus mejillas sonrosadas y una sonrisa beatífica, no podrá menos que decirse que este cuadro sigue siendo decisivo también para la expresión de la satisfacción sexual en la vida posterior. La necesidad de repetir la satisfacción sexual se divorcia entonces de la necesidad de buscar alimento, un divorcio que se vuelve inevitable cuando aparecen los dientes y la alimentación ya no se cumple más exclusivamente mamando, sino también masticando. El niño no se sirve de un objeto ajeno para mamar; prefiere una parte de su propia piel porque le resulta más cómodo, porque así se independiza del mundo exterior al que no puede aún dominar, y porque de esa manera se procura, por así decir, una segunda zona erógena, si bien de menor valor. El menor valor de este segundo lugar lo llevará más tarde a buscar en otra persona la parte correspondiente, los labios. (Podríamos imaginarlo diciendo: «Lástima que no pueda besarme a mí mismo».)

No todos los niños chupetean. Cabe suponer que llegan a hacerlo aquellos en quienes está constitucionalmente reforzado el valor erógeno de la zona de los labios. Si este persiste, tales niños, llegados a adultos, serán grandes gustadores del beso, se inclinarán a besos perversos o, si son hombres, tendrán una potente motivación intrínseca para beber y fumar. Pero si sobreviene la represión, sentirán asco frente a la comida y producirán vómitos histéricos. Siendo la zona labial un campo de acción recíproca {*Gemeinsamkeit*}, la represión invadirá la pulsión de nutrición. Muchas de mis pacientes¹⁷ con trastornos alimentarios, *globus hystericus*, estrangulamiento de la garganta y vómitos, fueron en sus años infantiles enérgicas chupeteadoras.

En el chupeteo o el mamar con fruición hemos observado ya los tres caracteres esenciales de una exteriorización sexual infantil. Esta nace *apuntalándose* en una de las funciones corporales importantes para la vida;¹⁸ todavía no co-

¹⁶ [Esta oración fue agregada en 1915. Cf. «Introducción del narcisismo» (1914c), *AE*, 14, pág. 84.]

¹⁷ [En la primera edición decía aquí «Todas mis pacientes».]

¹⁸ [Esta cláusula fue agregada en 1915; además, en las ediciones anteriores decía «dos caracteres» en lugar de «tres» en la primera oración de este párrafo.]

noce un objeto sexual, pues es *autoerótica*, y su meta sexual se encuentra bajo el imperio de una *zona erógena*. Anticipemos que estos caracteres son válidos también para la mayoría de las otras prácticas de la pulsión sexual infantil.

[3.] La meta sexual de la sexualidad infantil

CARACTERES DE LAS ZONAS ERÓGENAS. Todavía podemos extraer muchas cosas del ejemplo del chupeteo con miras a caracterizar lo que es una zona erógena. Es un sector de piel o de mucosa en el que estimulaciones de cierta clase provocan una sensación placentera de determinada cualidad. No hay ninguna duda de que los estímulos productores de placer están ligados a particulares condiciones; pero no las conocemos. Entre ellas, el carácter rítmico no puede menos que desempeñar un papel: se impone la analogía con las cosquillas. Parece menos seguro que se pueda designar «particular» al carácter de la sensación placentera provocada por el estímulo —particularidad en la que estaría contenido, justamente, el factor sexual—. En asuntos de placer y displeacer, la psicología tantea todavía demasiado en las tinieblas, por lo cual es recomendable adoptar la hipótesis más precavida. Quizá más adelante hallemos fundamentos que parezcan apoyar la particularidad como cualidad de esa sensación placentera.

La propiedad erógena puede adherir prominentemente a ciertas partes del cuerpo. Existen zonas erógenas predestinadas, como lo muestra el chupeteo; pero este mismo ejemplo nos enseña también que cualquier otro sector de piel o de mucosa puede prestar los servicios de una zona erógena, para lo cual es forzoso que conlleve una cierta aptitud. Por tanto, para la producción de una sensación placentera, la cualidad del estímulo es más importante que la complexión de las partes del cuerpo. El niño chupeteador busca por su cuerpo y escoge algún sector para mamárselo con fruición; después, por acostumbamiento, este pasa a ser el preferido. Cuando por casualidad tropieza con uno de los sectores predestinados (pezones, genitales), desde luego será este el predilecto. Tal capacidad de desplazamiento reaparece en la sintomatología de la histeria de manera enteramente análoga. En esta neurosis, la represión afecta sobre todo a las zonas genitales en sentido estricto, las que prestan su estimulabilidad a las restantes zonas erógenas, que de otro modo permanecerían relegadas en la vida adulta; entonces, estas se comportan en

un todo como los genitales. Pero, además, tal como ocurre en el caso del chupeteo, cualquier otro sector del cuerpo puede ser dotado de la excitabilidad de los genitales y elevarse a la condición de zona erógena. Las zonas erógenas e histerógenas exhiben los mismos caracteres.¹⁹

META SEXUAL INFANTIL. La meta sexual de la pulsión infantil consiste en producir la satisfacción mediante la estimulación apropiada de la zona erógena que, de un modo u otro, se ha escogido. Para que se cree una necesidad de repetirla, esta satisfacción tiene que haberse vivenciado antes; y es lícito pensar que la naturaleza habrá tomado seguras medidas para que esa vivencia no quede librada al azar.²⁰ Ya tomamos conocimiento de la organización previa que cumple este fin respecto de la zona de los labios: el enlace simultáneo de este sector del cuerpo con la nutrición. Todavía habremos de hallar otros dispositivos similares como fuentes de la sexualidad. En cuanto estado, la necesidad de repetir la satisfacción se trasluce por dos cosas: un peculiar sentimiento de tensión, que posee más bien el carácter del *displacer*, y una sensación de estímulo o de picazón *condicionada centralmente* y proyectada a la zona erógena periférica. Por eso la meta sexual puede formularse también así: procuraría sustituir la sensación de estímulo proyectada sobre la zona erógena, por aquel estímulo externo que la cancela al provocar la sensación de la satisfacción. Este estímulo externo consistirá la mayoría de las veces en una manipulación análoga al mamar.²¹

¹⁹ [Nota agregada en 1915:] Posteriores reflexiones, así como la aplicación de otras observaciones, me llevaron a atribuir la propiedad de la erogenidad a todas las partes del cuerpo y a todos los órganos internos. Cf. *infra* [págs. 198-9] más consideraciones sobre este tópico a propósito del narcisismo. [En la edición de 1910 aparecía en este punto la siguiente nota al pie: «Los problemas biológicos que se vinculan con la hipótesis de las zonas erógenas han sido examinados por Alfred Adler (1907)».]

²⁰ [Nota agregada en 1920:] En elucidaciones de carácter biológico es muy difícil dejar de recurrir a giros conceptuales teleológicos, aunque uno sabe muy bien que en ningún caso singular está cubierto de errores. [Cf. pág. 142, n. 23, y pág. 171, n. 26.]

²¹ [Esta descripción de la forma en que se establece un deseo sexual determinado sobre la base de una «vivencia de satisfacción» no es más que una aplicación particular de la teoría general de Freud sobre el mecanismo de los deseos, tal como la expuso en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 5, págs. 557-8. Esta teoría ya había sido esbozada por él en el «Proyecto de psicología» (1950a), AE, 1, págs. 373-5. En ambos pasajes el ejemplo utilizado es el de un bebé mamando. Este tema se vincula con las opiniones de Freud sobre el «examen de realidad», como lo consideró, por ejemplo, en su trabajo sobre «La negación» (1925b). AE, 19, págs. 255-6.]

Pero si es cierto que la necesidad puede suscitarse también periféricamente, por una alteración real en la zona erógena, ese hecho armoniza a la perfección con nuestro saber fisiológico. Sólo parece un poco sorprendente que, para cancelarse, un estímulo requiera de un segundo estímulo aplicado al mismo lugar.

[4.] Las exteriorizaciones sexuales masturbatorias²²

No podrá sino alegrarnos sumamente el descubrir que, una vez estudiada la pulsión partiendo de una única zona erógena, no tenemos muchas más cosas importantes que aprender acerca de la práctica sexual del niño. Las diferencias más notables se refieren a los pasos que se necesita dar para obtener la satisfacción, que en el caso de la zona labial consistían en el mamar y que tendrán que sustituirse por otra acción muscular acorde con la posición y la complexión de las otras zonas.

ACTIVACIÓN DE LA ZONA ANAL. La zona anal, a semejanza de la zona de los labios, es apta por su posición para proporcionar un *apuntalamiento* de la sexualidad en otras funciones corporales. Debe admitirse que el valor erógeno de este sector del cuerpo es originariamente muy grande. Por el psicoanálisis nos enteramos, no sin asombro, de las trasmudaciones que experimentan normalmente las excitaciones sexuales que parten de él, y cuán a menudo conserva durante toda la vida una considerable participación en la excitabilidad genital.²³ Los trastornos intestinales tan frecuentes en la infancia se ocupan de que no falten excitaciones intensas en esta zona. Los catarros intestinales en la más tierna edad tornan «nervioso» al niño, como suele decirse; si más tarde este contrae una neurosis, cobran una influencia determinante sobre su expresión sintomática y ponen a

²² Véase acerca de esto la bibliografía sobre el onanismo, muy abundante, pero casi siempre desorientada en cuanto a los puntos de vista que adopta; por ejemplo, Rohleder (1899). [*Agregado en 1915:*] También, el informe del debate en torno de este tema en la Sociedad Psicoanalítica de Viena (*Diskussionen*, 1912) [y en particular la contribución del propio Freud a dicho debate (1912f)].

²³ [*Nota agregada en 1910:*] Cf. mi ensayo «Carácter y erotismo anal» (1908b) [*agregado en 1920:*] y «Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal» (1917c).

su disposición toda la suma de los trastornos intestinales. Y con referencia al valor erógeno del tracto anal (valor que se conserva, si no como tal, al menos en su trasmudación), no puede tomarse a risa la influencia de las hemorroides, a las que la vieja medicina concedía tanto peso para la explicación de los estados neuróticos.

Los niños que sacan partido de la estimulabilidad erógena de la zona anal se delatan por el hecho de que retienen las heces hasta que la acumulación de estas provoca fuertes contracciones musculares y, al pasar por el ano, pueden ejercer un poderoso estímulo sobre la mucosa. De esa manera tienen que producirse sensaciones voluptuosas junto a las dolorosas. Uno de los mejores signos anticipatorios de rareza o nerviosidad posteriores es que un lactante se rehúse obstinadamente a vaciar el intestino cuando lo ponen en la bacinilla, vale decir, cuando la persona encargada de su crianza lo desea, reservándose esta función para cuando lo desea él mismo. Lo que le interesa, desde luego, no es ensuciar su cuna; sólo procura que no se le escape la ganancia colateral de placer que puede conseguir con la defecación. Nuevamente, los educadores aciertan cuando llaman «díscolos» a los niños que «difieren» estas funciones.

El contenido de los intestinos,²⁴ que, en calidad de cuerpo estimulador, se comporta respecto de una mucosa sexualmente sensible como el precursor de otro órgano destinado a entrar en acción sólo después de la fase de la infancia, tiene para el lactante todavía otros importantes significados. Evidentemente, lo trata como a una parte de su propio cuerpo; representa el primer «regalo» por medio del cual el pequeño ser puede expresar su obediencia hacia el medio circundante exteriorizándolo, y su desafío, rehusándolo. A partir de este significado de «regalo», más tarde cobra el de «hijo», el cual, según una de las teorías sexuales infantiles [véase pág. 178], se adquiere por la comida y es dado a luz por el intestino.

La retención de las heces, que al comienzo se practica deliberadamente para aprovechar su estimulación masturbadora, por así decir, de la zona anal o para emplearla en la relación con las personas que cuidan al niño, es por otra parte una de las raíces del estreñimiento tan frecuente en los neurópatas. La significación íntegra de la zona anal se refleja, además, en el hecho de que se encuentran muy pocos neuróticos que no tengan sus usos escatológicos particulares,

²⁴ [El párrafo siguiente se agregó en 1915. Su contenido fue ampliado en uno de los trabajos que se mencionan en la nota anterior (1917c).]

sus ceremonias y acciones similares, que mantienen en escrupuloso secreto.²⁵

En niños mayores no es nada rara una genuina estimulación masturbatoria de la zona anal con ayuda del dedo y provocada por una picazón de condicionamiento central o sostenida periféricamente.

ACTIVACIÓN DE LAS ZONAS GENITALES. Entre las zonas erógenas del cuerpo infantil se encuentra una que no desempeña, por cierto, el papel principal ni puede ser la portadora de las mociones sexuales más antiguas, pero que está destinada a grandes cosas en el futuro. Tanto en los varones como en las niñas se relaciona con la micción (glande, clítoris), y en los primeros está dentro de un saco de mucosa, de manera que no puede faltarle estimulación por secreciones, que desde temprano son capaces de encender la excitación sexual. Las activaciones sexuales de esta zona erógena, que corresponde a las partes sexuales reales, son sin duda el comienzo de la posterior vida sexual «normal».

Por su situación anatómica, por el sobreaflujo de secreciones, por los lavados y frotaciones del cuidado corporal y por ciertas excitaciones accidentales (como las migraciones de lombrices intestinales en las niñas), es inevitable que la sensación placentera que estas partes del cuerpo son capaces de proporcionar se haga notar al niño ya en su período de lactancia, despertándole una necesidad de repetirla. Si se considera la suma de estas circunstancias y se repara en que las medidas adoptadas para mantener la limpieza difícilmente tendrán efectos diversos de los producidos por su ensuciamiento, se vuelve poco menos que forzoso concluir que mediante el onanismo del lactante, al que casi ningún individuo escapa, se establece el futuro primado de esta zona erógena

²⁵ [Nota agregada en 1920:] En un trabajo que ahonda extraordinariamente nuestra comprensión de la importancia del erotismo anal, Lou Andreas-Salomé (1916) consigna que la historia de la primera prohibición que recibe el niño, la prohibición de ganar placer con la actividad anal y sus productos, es decisiva para todo su desarrollo. A raíz de ella, el pequeño vislumbraría por primera vez la existencia de un medio hostil a sus mociones pulsionales, aprendería a separar su propio ser de ese otro, extraño, y consumaría después la primera «represión» de sus posibilidades de placer. Lo «anal» permanecería desde entonces como el símbolo de todo lo que hay que desechar (*verwerfen*), segregar de la vida. El tajante divorcio que más tarde se le exige entre procesos anales y genitales es contradicho por las estrechas analogías y vínculos anatómicos y funcionales entre ambas clases de procesos. El aparato genital sigue vecino a la cloaca y [para citar a Lou Andreas-Salomé] «más aún: en el caso de la mujer no hace sino tomarle terreno en arriendo».

para la actividad sexual.²⁶ La acción que elimina el estímulo y desencadena la satisfacción consiste en un contacto de fricción con la mano o en una presión, sin duda prefigurada como un reflejo, ejercida por la mano o apretando los muslos. Esta última operación es con mucho la más frecuente en la niña. En el caso del varón, la preferencia por la mano señala ya la importante contribución que la pulsión de apoderamiento está destinada a prestar a la actividad sexual masculina.²⁷

Redundará en beneficio de la claridad²⁸ indicar que es preciso distinguir tres fases en la masturbación infantil. La primera corresponde al período de lactancia, la segunda al breve florecimiento de la práctica sexual hacia el cuarto año de vida, y sólo la tercera responde al onanismo de la pubertad, el único que suele tenerse en cuenta.

LA SEGUNDA FASE DE LA MASTURBACIÓN INFANTIL. El onanismo del lactante parece desaparecer tras breve lapso; no obstante, su prosecución ininterrumpida hasta la pubertad puede constituir ya la primera gran desviación respecto del desarrollo a que se aspira para el ser humano en la cul-

²⁶ [En las ediciones de 1905 y 1910, la última parte de esta oración decía: «difícilmente puede desconocerse, entonces, que el propósito de la naturaleza ha sido establecer, mediante el onanismo del lactante (al que casi ningún individuo escapa), el futuro primado de estas zonas erógenas para la actividad sexual». Debido a su índole teleológica, esta argumentación en favor de la universalidad del onanismo infantil fue agudamente criticada por Rudolf Reitler al discutirse el tema, en 1912, en la Sociedad Psicoanalítica de Viena (*Diskussionen*, 1912, págs. 92-3). En su propia intervención en el debate (*ibid.*, pág. 134; Freud, 1912f), Freud reconoció que su manera de exponerla no había sido feliz, y se comprometió a modificarla en reimpressiones posteriores. Así fue como en la edición de 1915 sustituyó el pasaje anterior por el actual. Cf. *supra*, pág. 142 y n. 23, y pág. 167 y n. 20.]

²⁷ [Nota agregada en 1915:] Las técnicas inusuales para practicar el onanismo en años posteriores parecen remontarse a la influencia de una prohibición de onanismo superada.

²⁸ [Este párrafo se agregó en 1915. En la edición de ese año se añadieron, asimismo, el subtítulo del apartado siguiente y, en la segunda oración de este, el inciso «por lo común antes del cuarto año». Además, en la primera oración del apartado, «tras breve lapso» vino a remplazar a «al comienzo del período de latencia», como figuraba en 1905 y 1910. En estas dos ediciones el párrafo siguiente comenzaba así: «Durante los años de la niñez (aún no ha sido posible establecer generalizaciones en cuanto a la cronología), vuelve la excitación sexual de la primera infancia...». Todos estos cambios introducidos en 1915 estaban motivados, sin duda, por la necesidad de distinguir mejor la segunda de la primera fase de actividad sexual infantil, y de asignarle a aquella una fecha más precisa («hacia el cuarto año de vida».)]

tura. Después del período de lactancia, en algún momento de la niñez, por lo común antes del cuarto año, la pulsión sexual suele despertar de nuevo en esta zona genital y durar un lapso, hasta que una nueva sofocación la detiene, o proseguir sin interrupción. Las relaciones posibles son muy diversas y sólo pueden elucidarse mediante el examen más pormenorizado de casos individuales. Pero todos los detalles de esta *segunda* activación sexual infantil dejan tras sí las más profundas (inconcientes) huellas en la memoria de la persona, determinan el desarrollo de su carácter si permanece sana, y la sintomatología de su neurosis si enferma después de la pubertad.²⁹ En este último caso, hallamos que este período sexual se ha olvidado, y se han desplazado los recuerdos concientes que lo atestiguan; ya dije que yo vincularía también la amnesia infantil normal con esta activación sexual infantil. Por medio de la exploración psicoanalítica se logra hacer conciente lo olvidado y, de esta manera, eliminar una compulsión que parte del material psíquico inconciente.

RETORNO DE LA MASTURBACIÓN DE LA LACTANCIA. La excitación sexual del período de lactancia retorna en los años de la niñez indicados; puede hacerlo como un estímulo de picazón, condicionado centralmente, que reclama una satisfacción onanista, o como un proceso del tipo de una polución, que, de manera análoga a la polución de la época de madurez, alcanza la satisfacción sin ayuda de ninguna acción. Este último caso es el más frecuente en las niñas y en la segunda mitad de la niñez; no se lo conoce bien en su condicionamiento, y a menudo —aunque no regularmente— parece tener por premisa un período de onanismo activo anterior. La sintomatología de estas exteriorizaciones sexuales es pobre; del aparato sexual todavía no desarrollado da testimonio casi siempre el aparato urinario, que se presenta, por así decir, como su portavoz. La mayoría de las llamadas afecciones vesicales de esta época son perturbaciones sexuales; la *enuresis nocturna*, cuando no responde a un ataque epiléptico, corresponde a una polución.

²⁹ [Nota agregada en 1915:] Aguarda todavía un esclarecimiento analítico exhaustivo el hecho, reconocido hace poco por Bleuler [1913a], de que la conciencia de culpa de los neuróticos se ligue regularmente al recuerdo de la práctica onanista, casi siempre del período de la pubertad. [Agregado en 1920:] Tal vez, el factor más general e importante en este condicionamiento es el hecho de que el onanismo constituye el poder ejecutivo de toda la sexualidad infantil, y por eso está habilitado para tomar sobre sí el sentimiento de culpa adherido a esta.

Causas internas y ocasiones externas son decisivas para la reaparición de la actividad sexual; en casos de neurosis, ambas pueden colegirse a partir de la conformación de los síntomas y descubrirse con certeza mediante la exploración psicoanalítica. De las causas internas hablaremos más adelante; las ocasiones externas contingentes cobran en esa época una importancia grande y duradera. En primer término se sitúa la influencia de la seducción, que trata prematuramente al niño como objeto sexual y, en circunstancias que no pueden menos que provocarle fuerte impresión, le enseña a conocer la satisfacción de las zonas genitales; secuela de ello es casi siempre la compulsión a renovarla por vía onanista. Semejante influencia puede provenir de adultos o de otros niños; no puedo conceder que en mi ensayo sobre «La etiología de la histeria» (1896c) yo haya sobrestimado su frecuencia o su importancia, si bien es cierto que a la sazón todavía no sabía que individuos que siguieron siendo normales podían haber tenido en su niñez esas mismas vivencias, por lo cual otorgué mayor valor a la seducción que a los factores dados en la constitución y el desarrollo sexuales.³⁰ Resulta evidente que no se requiere de la seducción para despertar la vida sexual del niño, y que ese despertar puede producirse también en forma espontánea a partir de causas internas.

DISPOSICIÓN PERVERSA POLIMORFA. Es instructivo que bajo la influencia de la seducción el niño pueda convertirse en un perverso polimorfo, siendo descaminado a practicar todas las trasgresiones posibles. Esto demuestra que en su disposición trae consigo la aptitud para ello; tales trasgresiones tropiezan con escasas resistencias porque, según sea la edad del niño, no se han erigido todavía o están en formación los diques anímicos contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco y la moral. En esto el niño no se com-

³⁰ [Véase el detallado examen que hace Freud de esto en su segundo trabajo sobre el papel de la sexualidad en las neurosis (1906a), *infra*, págs. 265-6.] Havelock Ellis (1903) [Apéndice B] ha publicado cierto número de informes autobiográficos, de personas que en su mayoría permanecieron normales en su vida posterior, acerca de sus primeras mociones sexuales en la infancia, y las ocasiones de estas. Tales informes adolecen, desde luego, del defecto de no contener la prehistoria de la vida sexual, encubierta por la amnesia infantil. Ella sólo puede ser completada mediante psicoanálisis en un individuo que se ha vuelto neurótico. Empero, son valiosos en más de un aspecto, e informaciones de la misma índole son las que me movieron a modificar mis supuestos etiológicos, como lo consigno en el texto. [Freud volvió a referirse a estos informes autobiográficos en «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908c), *AE*, 9, pág. 188.]

porta diversamente de la mujer ordinaria, no cultivada, en quien se conserva idéntica disposición perversa polimorfa. En condiciones corrientes, ella puede permanecer normal en el aspecto sexual; guiada por un hábil seductor, encontrará gusto en todas las perversiones y las retendrá en su práctica sexual. Esa misma disposición polimorfa, y por tanto infantil, es la que explota la prostituta en su oficio; y en el inmenso número de las mujeres prostitutas y de aquellas a quienes es preciso atribuir la aptitud para la prostitución, aunque escaparon de ejercerla, es imposible no reconocer algo común a todos los seres humanos, algo que tiene sus orígenes en la uniforme disposición a todas las perversiones.

PULSIONES PARCIALES. En lo demás, la influencia de la seducción no ayuda a descubrir la condición inicial de la pulsión sexual, sino que confunde nuestra intelección de ella, en la medida en que aporta prematuramente al niño el objeto sexual, del cual la pulsión sexual infantil no muestra al comienzo necesidad alguna. De cualquier manera, tenemos que admitir que también la vida sexual infantil, a pesar del imperio que ejercen las zonas erógenas, muestra componentes que desde el comienzo envuelven a otras personas en calidad de objetos sexuales. De esa índole son las pulsiones del placer de ver y de exhibir, y de la crueldad. Aparecen con cierta independencia respecto de las zonas erógenas, y sólo más tarde entran en estrechas relaciones con la vida genital;³¹ pero ya se hacen notables en la niñez como unas aspiraciones autónomas, separadas al principio de la actividad sexual erógena. Sobre todo, el niño pequeño carece de vergüenza, y en ciertos años tempranos muestra una inequívoca complacencia en desnudar su cuerpo poniendo particular énfasis en sus genitales. El correspondiente de esta inclinación considerada perversa, la curiosidad por ver los genitales de otras personas, probablemente se hace manifiesto sólo algo más avanzada la niñez, cuando el escollo del sentimiento de vergüenza ya se ha desarrollado en alguna medida.³² Bajo la influencia de la seducción, la perversión de ver puede alcanzar gran importancia para la vida sexual del niño. No obstante, mis exploraciones de la niñez de per-

³¹ [«Sexual» en 1905 y 1910.]

³² [En la primera edición (1905), esta oración rezaba: «El correspondiente [...] se agrega sólo más avanzada la niñez, cuando...». En 1910 se añadió la palabra «probablemente»; en 1915, «se agrega» fue remplazado por «se hace manifiesto»; y en 1920 se insertó «algo» delante de «más avanzada». — El tema del exhibicionismo en los niños pequeños había sido examinado por Freud con cierta extensión en *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 4, págs. 254-6.]

sonas sanas y de neuróticos me han llevado a concluir que la pulsión de ver puede emerger en el niño como una exteriorización sexual espontánea. Niños pequeños cuya atención se dirigió alguna vez a sus propios genitales —casi siempre por vía masturbatoria— suelen dar sin contribución ajena el paso ulterior, y desarrollar un vivo interés por los genitales de sus compañeritos de juegos. Puesto que la ocasión para satisfacer esa curiosidad se presenta casi siempre solamente al satisfacer las dos necesidades excrementicias, esos niños se convierten en *voyeurs*, fervientes mirones de la micción y la defecación de otros. Sobrevenida la represión de estas inclinaciones, la curiosidad de ver genitales de otras personas (de su propio sexo o del otro) permanece como una presión martirizante, que en muchos casos de neurosis presta después la más potente fuerza impulsora a la formación de síntoma.

Con independencia aún mayor respecto de las otras prácticas sexuales ligadas a las zonas erógenas, se desarrollan en el niño los componentes crueles de la pulsión sexual. La crueldad es cosa enteramente natural en el carácter infantil; en efecto, la inhibición en virtud de la cual la pulsión de apoderamiento se detiene ante el dolor del otro, la capacidad de compadecerse, se desarrollan relativamente tarde. Es notorio que no se ha logrado todavía el análisis psicológico exhaustivo de esta pulsión. Nos es lícito suponer que la moción cruel proviene de la pulsión de apoderamiento y emerge en la vida sexual en una época en que los genitales no han asumido aún el papel que desempeñarán después. Por tanto, gobierna una fase de la vida sexual que más adelante describiremos como organización pregenital.³³ Niños que se distinguen por una particular crueldad hacia los animales y los compañeros de juego despiertan la sospecha, por lo común confirmada, de una práctica sexual prematura e intensa proveniente de las zonas erógenas; y en casos de madurez anticipada y simultánea de todas las pulsiones sexuales, la práctica sexual erógena parece ser la primaria. La ausencia de la barrera de la compasión trae consigo el peligro de que este enlace establecido en la niñez entre las pulsiones crueles y las erógenas resulte inescindible más tarde en la vida.

³³ [Las dos últimas oraciones recibieron su forma actual en 1915. En 1905 y 1910 se leían como sigue: «Tenemos derecho a suponer que las mociones crueles fluyen de fuentes en realidad independientes de la sexualidad, pero que ambas pueden entrar en conexión tempranamente, por una anastomosis [conexión trasversal] próxima a sus orígenes. No obstante, la observación enseña que entre el desarrollo sexual y el de la pulsión de ver y de crueldad persisten influencias recíprocas, que vuelven a restringir la aseverada independencia entre ambas clases de pulsiones.»]

Desde las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau, la estimulación dolorosa de la piel de las nalgas ha sido reconocida por todos los pedagogos como una raíz erógena de la pulsión pasiva a la crueldad (del masoquismo). Con acierto han deducido de ahí la exigencia de que el castigo corporal, que casi siempre afecta a esta parte del cuerpo, debe evitarse en el caso de todos aquellos niños cuya libido, por los posteriores reclamos de la educación cultural, pueda ser empujada hacia las vías colaterales.³⁴

[5.] La investigación sexual infantil ³⁵

LA PULSIÓN DE SABER. A la par que la vida sexual del niño alcanza su primer florecimiento, entre los tres y los cinco años, se inicia en él también aquella actividad que se adscribe a la pulsión de saber o de investigar. La pulsión de saber no puede computarse entre los componentes pulsionales elementales ni subordinarse de manera exclusiva a la

³⁴ [Nota agregada en 1910:] En 1905, eran esencialmente los resultados de la exploración psicoanalítica de adultos los que me autorizaban a formular las tesis expuestas en el texto acerca de la sexualidad infantil. En esa época no podía aún sacarse pleno partido de la observación directa del niño, que sólo había proporcionado indicios aislados y valiosas confirmaciones. Desde entonces se ha conseguido una intelección directa de la psicosexualidad infantil mediante el análisis de diversos casos de contracción de neurosis en la primera infancia. Puedo apuntar, con satisfacción, que la observación directa certificó plenamente las inferencias del psicoanálisis y, así, ha brindado un buen testimonio de la confiabilidad de este método de investigación. Por otra parte, el «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909b) nos ha enseñado muchas cosas nuevas para las cuales el psicoanálisis no nos había preparado; por ejemplo, el hecho de que cierto simbolismo sexual, cierta figuración de lo sexual por objetos y relaciones no sexuales, llega hasta esos primeros años, en que recién se empieza a dominar el lenguaje. Además, me saltó a la vista una falla expositiva del texto, donde, en beneficio de la claridad, se describía la separación conceptual entre las dos fases, el *autoerotismo* y el *amor de objeto*, como si fuese también una división temporal. Pero por los análisis citados, así como por las comunicaciones de Bell (cf. *supra*, pág. 157, n. 2), nos enteramos de que niños de tres a cinco años de edad son capaces de una muy clara *elección de objeto*, acompañada por fuertes afectos. [En la edición de 1910 esta nota continuaba así: «Otros aportes a nuestro conocimiento de la vida sexual infantil que aún no han sido mencionados en el texto se refieren a las investigaciones sexuales de los niños, las teorías a que ellas los llevan (cf. mi trabajo sobre este tema, 1908c), la gravitación de estas teorías en las neurosis ulteriores, el resultado de tales investigaciones infantiles y su relación con el desarrollo de las facultades intelectuales de los niños.»]

³⁵ [Esta sección se incluyó por primera vez en 1915.]

sexualidad. Su acción corresponde, por una parte, a una manera sublimada del apoderamiento, y, por la otra, trabaja con la energía de la pulsión de ver. Empero, sus vínculos con la vida sexual tienen particular importancia, pues por los psicoanálisis hemos averiguado que la pulsión de saber de los niños recae, en forma insospechadamente precoz y con inesperada intensidad, sobre los problemas sexuales, y aun quizás es despertada por estos.

EL ENIGMA DE LA ESFINGE. No son intereses teóricos sino prácticos los que ponen en marcha la actividad investigadora en el niño. La amenaza que para sus condiciones de existencia significa la llegada, conocida o barruntada, de un nuevo niño, y el miedo de que ese acontecimiento lo prive de cuidados y amor, lo vuelven reflexivo y penetrante. El primer problema que lo ocupa es, en consonancia con esta génesis del despertar de la pulsión de saber, no la cuestión de la diferencia entre los sexos, sino el enigma: «¿De dónde vienen los niños?». ³⁶ En una desfiguración que es fácil deshacer, es este el mismo enigma que proponía la Esfinge de Tebas. En cuanto al hecho de los dos sexos, al comienzo el niño no se revuelve contra él ni le opone reparo alguno. Para el varoncito es cosa natural suponer que todas las personas poseen un genital como el suyo, y le resulta imposible unir su falta a la representación que tiene de ellas.

COMPLEJO DE CASTRACIÓN Y ENVIDIA DEL PENE. El varoncito se aferra con energía a esta convicción, la defiende obstinadamente frente a la contradicción que muy pronto la realidad le opone, y la abandona sólo tras serias luchas interiores (complejo de castración). Las formaciones sustitutivas de este pene perdido de la mujer cumplen un importante papel en la conformación de múltiples perversiones. ³⁷

El supuesto de que todos los seres humanos poseen idéntico genital (masculino) es la primera de las asombrosas teorías sexuales infantiles, grávidas de consecuencias. De poco le sirve al niño que la ciencia biológica dé razón a su

³⁶ [En un trabajo posterior (1925j), Freud corrigió este aserto, declarando que no es válido para las niñas y no siempre lo es para los varones.]

³⁷ [Nota agregada en 1920:] Tenemos derecho a hablar de un complejo de castración también en las mujeres. Tanto los varoncitos como las niñas forman la teoría de que también la mujer tuvo originariamente un pene que perdió por castración. En el individuo de sexo masculino, la convicción finalmente adquirida de que la mujer no posee ningún pene deja a menudo como secuela un permanente menosprecio por el otro sexo.

prejuicio y deba reconocer al clítoris femenino como un auténtico sustituto del pene. En cuanto a la niña, no incurre en tales rechazos cuando ve los genitales del varón con su conformación diversa. Al punto está dispuesta a reconocerla, y es presa de la envidia del pene, que culmina en el deseo de ser un varón, deseo tan importante luego.

TEORÍAS DEL NACIMIENTO. Muchas personas recuerdan con claridad cuán intensamente se interesaron en el período prepuberal por esta cuestión: ¿De dónde vienen los niños? Las soluciones anatómicas fueron en esa época de los más diversos tipos: vienen del pecho, son extraídos del vientre, o el ombligo se abre para dejarlos pasar.³⁸ En cuanto a la investigación correspondiente a los primeros años de la infancia, es muy raro que se la recuerde fuera del análisis; ha caído bajo la represión mucho tiempo atrás, pero sus resultados fueron uniformes: los hijos se conciben por haber comido algo determinado (como en los cuentos tradicionales) y se los da a luz por el intestino, como a la materia fecal. Estas teorías infantiles traen a la memoria modalidades del reino animal, en especial la cloaca de los tipos zoológicos inferiores a los mamíferos.

CONCEPCIÓN SÁDICA DEL COMERCIO SEXUAL. Si a esa tierna edad los niños son espectadores del comercio sexual entre adultos, lo cual es favorecido por el convencimiento de los mayores de que el pequeño no comprende nada de lo sexual, no puede menos que concebir el acto sexual como una especie de maltrato o sojuzgamiento, vale decir, en sentido sádico. Por el psicoanálisis nos enteramos de que una impresión de esa clase recibida en la primera infancia contribuye en mucho a la disposición para un ulterior desplazamiento {descentramiento} sádico de la meta sexual. En lo sucesivo los niños se ocupan mucho de este problema: ¿En qué puede consistir el comercio sexual o —como dicen ellos— el estar casado? Casi siempre buscan la solución del secreto en alguna relación de comunidad {*Gemeinsamkeit*} proporcionada por las funciones de la micción o la defecación.

EL TÍPICO FRACASO DE LA INVESTIGACIÓN SEXUAL INFANTIL. Acerca de las teorías sexuales infantiles puede hacerse esta formulación general: son reflejos de la propia constitución sexual del niño y, pese a sus grotescos errores, dan

³⁸ [Nota agregada en 1924:] En estos últimos años de la infancia abundan mucho las teorías sexuales. En el texto se mencionan sólo unos pocos ejemplos.

pruebas de una gran comprensión sobre los procesos sexuales, mayor de la que se sospecharía en sus creadores. Los niños perciben también las alteraciones que el embarazo provoca en la madre y saben interpretarlas rectamente; a menudo escuchan con una desconfianza profunda, aunque casi siempre silenciosa, cuando les es contada la fábula de la cigüeña. Pero como la investigación sexual infantil ignora dos elementos, el papel del semen fecundante y la existencia de la abertura sexual femenina —los mismos puntos, por lo demás, en que la organización infantil se encuentra todavía retrasada—, los esfuerzos del pequeño investigador resultan por lo general infructuosos y terminan en una renuncia que no rara vez deja como secuela un deterioro permanente de la pulsión de saber. La investigación sexual de la primera infancia es siempre solitaria; implica un primer paso hacia la orientación autónoma en el mundo y establece un fuerte extrañamiento del niño respecto de las personas de su entorno, que antes habían gozado de su plena confianza.

[6.] Fases de desarrollo de la organización sexual ³⁹

Hasta ahora hemos destacado los siguientes caracteres de la vida sexual infantil: es esencialmente autoerótica (su objeto se encuentra en el cuerpo propio) y sus pulsiones parciales singulares aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta, enteramente desconectadas entre sí. El punto de llegada del desarrollo lo constituye la vida sexual del adulto llamada normal; en ella, la consecución de placer se ha puesto al servicio de la función de reproducción, y las pulsiones parciales, bajo el primado de una única zona erógena, han formado una organización sólida para el logro de la meta sexual en un objeto ajeno.

ORGANIZACIONES PREGENITALES. Ahora bien, con el auxilio del psicoanálisis podemos estudiar las inhibiciones y perturbaciones de este curso de desarrollo. Ello nos permite individualizar esbozos y etapas previas de una organización de las pulsiones parciales como la aludida, que al mismo tiem-

³⁹ [También esta sección se incluyó por primera vez en 1915. El concepto de «organización pregenital» de la vida sexual parece haber sido introducido por Freud en «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913i), donde se ocupa solamente, sin embargo, de la organización sádico-anal. En apariencia, la organización oral fue reconocida como tal por primera vez en el presente pasaje.]

no dan por resultado una suerte de régimen sexual. Normalmente, estas fases de la organización sexual se recorren sin tropiezos, adelantadas apenas por algunos indicios. Sólo en casos patológicos son activadas y se vuelven notables para la observación gruesa.

Llamaremos *pregenitales* a las organizaciones de la vida sexual en que las zonas genitales todavía no han alcanzado su papel hegemónico. Hasta aquí hemos tomado conocimiento de dos de ellas, que hacen la impresión de unas recaídas en estadios anteriores de la evolución zoológica.

Una primera organización sexual pregenital es la *oral* o, si se prefiere, *canibática*. La actividad sexual no se ha separado todavía de la nutrición, ni se han diferenciado opuestos dentro de ella. El objeto de una actividad es también el de la otra; la meta sexual consiste en la *incorporación* del objeto, el paradigma de lo que más tarde, en calidad de *identificación*, desempeñará un papel psíquico tan importante. El chupeteo puede verse como un resto de esta fase hipotética *{fiktiv}* que la patología nos forzó a suponer; en ella la actividad sexual, desasida de la actividad de la alimentación, ha resignado el objeto ajeno a cambio de uno situado en el cuerpo propio.⁴⁰

Una segunda fase pregenital es la de la organización *sádico-anal*. Aquí ya se ha desplegado la división en opuestos, que atraviesa la vida sexual; empero, no se los puede llamar todavía *masculino* y *femenino*, sino que es preciso decir *activo* y *pasivo*. La actividad es producida por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo, y como órgano de meta sexual pasiva se constituye ante todo la mucosa erógena del intestino; empero, los objetos de estas dos aspiraciones no coinciden. Junto a ello, se practican otras pulsiones parciales de manera autoerótica. En esta fase, por tanto, ya son pesquisables la polaridad sexual y el objeto ajeno. Faltan todavía la organización y la subordinación a la función de la reproducción.⁴¹

» **AMBIVALENCIA.** Esta forma de la organización sexual puede conservarse a lo largo de toda la vida y atraer per-

⁴⁰ [Nota agregada en 1920:] Sobre los restos de esta fase en neuróticos adultos, cf. Abraham (1916). [Agregado en 1924:] En otro de sus trabajos (1924), este mismo autor descompuso tanto esta fase oral como la posterior fase sádico-anal en dos subdivisiones, caracterizadas por una diferente conducta hacia el objeto.

⁴¹ [Nota agregada en 1924:] En el ensayo mencionado en último término (1924), Abraham llama la atención sobre el hecho de que el ano proviene de la *boca primordial* {blastoporo} del embrión, lo cual parece un modelo biológico del desarrollo psicosexual.

manentemente hacia sí una buena parte de la práctica sexual. El predominio del sadismo, y de la zona anal en el papel de cloaca, le imprimen un sesgo notablemente arcaico. Además, posee este otro carácter: los pares de opuestos pulsionales están plasmados en un grado aproximadamente igual, estado de cosas que se designa con el feliz término introducido por Bleuler: *ambivalencia*.

La hipótesis de las organizaciones pregenitales de la vida sexual descansa en el análisis de las neurosis; difícilmente se la pueda apreciar si no es con relación al conocimiento de estas. Tenemos derecho a esperar que el continuado empeño analítico nos depare datos mucho más amplios sobre el edificio y el desarrollo de la función sexual normal.

Para completar el cuadro de la vida sexual infantil, es preciso agregar que a menudo, o regularmente, ya en la niñez se consuma una elección de objeto como la que hemos supuesto característica de la fase de desarrollo de la pubertad. El conjunto de los afanes sexuales se dirigen a una persona única, y en ella quieren alcanzar su meta. Hé ahí, pues, el máximo acercamiento posible en la infancia a la conformación definitiva que la vida sexual presentará después de la pubertad. La diferencia respecto de esta última reside sólo en el hecho de que la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales no son establecidas en la infancia, o lo son de manera muy incompleta. Por tanto, la instauración de ese primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual.⁴²

LOS DOS TIEMPOS DE LA ELECCIÓN DE OBJETO. El siguiente proceso puede reclamar el nombre de típico: la elección de objeto se realiza en dos tiempos, en dos oleadas. La primera se inicia entre los dos⁴³ y los cinco años, y el período de latencia la detiene o la hace retroceder; se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales. La

⁴² [Nota agregada en 1924:] Con posterioridad (1923) he modificado esta exposición intercalando, tras las dos organizaciones pregenitales en el desarrollo del niño, una tercera fase; esta merece ya el nombre de fase genital, muestra un objeto sexual y cierto grado de convergencia de las aspiraciones sexuales sobre este objeto, pero se diferencia en un punto esencial de la organización definitiva de la madurez genésica. En efecto, no conoce más que una clase de genitales, los masculinos. Por eso la he llamado el estadio de organización *fálico* (Freud, 1923e [donde se cita casi íntegramente este párrafo del texto]). Según Abraham [1924], su modelo biológico es la disposición genital indiferenciada del embrión, de la misma clase para ambos sexos.

⁴³ [En 1915 aquí decía «tres»: la modificación es de 1920. Véase también *infra*, pág. 203, el final de la n. 22.]

segunda sobreviene con la pubertad y determina la conformación definitiva de la vida sexual.

Ahora bien, los hechos relativos al doble tiempo de la elección de objeto, que en lo esencial se reducen al efecto del período de latencia, cobran suma importancia en cuanto a la perturbación de ese estado final. Los resultados de la elección infantil de objeto se prolongan hasta una época tardía; o bien se los conserva tal cual, o bien experimentan una renovación en la época de la pubertad. Pero demuestran ser inaplicables, y ello a consecuencia del desarrollo de la represión, que se sitúa entre ambas fases. Sus metas sexuales han experimentado un atemperamiento, y figuran únicamente lo que podemos llamar la corriente *tierna* de la vida sexual. Sólo la indagación psicoanalítica es capaz de pesquisar, ocultas tras esa ternura, esa veneración y ese respeto, las viejas aspiraciones sexuales, ahora inutilizables, de las pulsiones parciales infantiles. La elección de objeto de la época de la pubertad tiene que renunciar a los objetos infantiles y empezar de nuevo como corriente *sensual*. La no confluencia de las dos corrientes tiene como efecto tantas veces que no pueda alcanzarse uno de los ideales de la vida sexual, la unificación de todos los anhelos en un objeto.⁴⁴

[7.] Fuentes de la sexualidad infantil

En el empeño de rastrear los orígenes de la pulsión sexual hemos hallado hasta aquí que la excitación sexual nace: *a*) como calco de una satisfacción vivenciada a raíz de otros procesos orgánicos; *b*) por una apropiada estimulación periférica de zonas erógenas, y *c*) como expresión de algunas «pulsiones» cuyo origen todavía no comprendemos bien (p. ej., la pulsión de ver y la pulsión a la crueldad). Ahora bien, la investigación psicoanalítica que desde un período posterior se remonta hasta la infancia, y la observación contemporánea del niño mismo, se conjugan para mostrarnos otras fuentes de fluencia regular para la excitación sexual. La observación de niños tiene la desventaja de elaborar objetos que fácilmente originan malentendidos, y el psicoanálisis es dificultado por el hecho de que sólo mediante grandes rodeos puede alcanzar sus objetos y sus conclusiones; no obstante, los dos métodos conjugados alcanzan un grado suficiente de certeza cognoscitiva.

⁴⁴ [Estas dos corrientes fueron detenidamente examinadas en «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa» (1912d), *AE*, 11, págs. 174-80.]

A raíz de la indagación de las zonas erógenas hemos descubierto que estos sectores de la piel muestran meramente una particular intensificación de un tipo de excitabilidad que, en cierto grado, es propio de toda la superficie de aquella. Por eso no nos asombrará enterarnos de que a ciertos tipos de estimulación general de la piel pueden adscribirse efectos erógenos muy nítidos. Entre estos, destacamos sobre todo los estímulos térmicos; quizás ello nos facilite la comprensión del efecto terapéutico de los baños calientes.

EXCITACIONES MECÁNICAS. Además, tenemos que incluir en esta serie la producción de una excitación sexual mediante sacudimientos mecánicos del cuerpo, de carácter rítmico. Debemos distinguir en ellos tres clases de influencias de estímulo: las que actúan sobre el aparato sensorial de los nervios vestibulares, las que actúan sobre la piel y las que lo hacen sobre las partes profundas (músculos, aparato articular). La existencia de las sensaciones placenteras así generadas —merece destacarse que estamos autorizados a usar indistintamente, para todo un tramo, «excitación sexual» y «satisfacción», si bien nos obligamos así a brindar más adelante una explicación [véase pág. 194]—, la existencia de esas sensaciones placenteras, entonces, producidas por ciertos sacudimientos mecánicos del cuerpo, es documentada por el gran gusto que sienten los niños en los juegos de movimiento pasivo, como ser hamacados y arrojados por el aire, cuya repetición piden incesantemente.⁴⁵

Como es sabido, regularmente se mece a los niños inquietos para hacerlos dormir. Los sacudimientos de los carruajes y, más tarde, del ferrocarril ejercen un efecto tan fascinante sobre los niños mayores que al menos todos los varoncitos han querido alguna vez ser cocheros o conductores de tren cuando grandes. Suelen dotar de un enigmático interés, de extraordinaria intensidad, a todo lo relacionado con el ferrocarril; y en la edad en que se activa la fantasía (poco antes de la pubertad) suelen convertirlo en el núcleo de un simbolismo refinadamente sexual. Es evidente que la compulsión a establecer ese enlace entre el viaje por ferrocarril y la sexualidad proviene del carácter placentero de las sensaciones de movimiento. Y si después se suma la represión, que hace que tantas de las predilecciones infantiles den un

⁴⁵ Muchas personas recuerdan haber sentido la presión del aire sobre sus genitales al hamacarse como un directo placer sexual. [Un ejemplo específico de esto se cita en una nota de *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE*, 4, pág. 280, donde se examina todo este asunto.]

vuelco hacia su contrario, esas mismas personas reaccionarán en su adolescencia o madurez con náuseas si son mecidas o hamacadas, o bien un viaje por ferrocarril las agotará terriblemente, o tenderán a sufrir ataques de angustia en caso de viajar y se protegerán de la repetición de esa experiencia penosa mediante la *angustia al ferrocarril*.

A esta serie pertenece el hecho —todavía incomprendido— de que la neurosis traumática histeriforme grave se produce por sumación de terror y sacudimiento mecánico. Al menos puede suponerse que estas influencias, que en intensidades mínimas pasan a ser fuente de excitación sexual, en medida excesiva provocan una profunda conmoción del mecanismo o quimismo sexuales.⁴⁶

ACTIVIDAD MUSCULAR. Es sabido que una intensa actividad muscular constituye para el niño una necesidad de cuya satisfacción extrae un placer extraordinario. Está sujeto a elucidaciones críticas el determinar si este placer tiene algo que ver con la sexualidad, si él mismo incluye una satisfacción sexual o puede convertirse en ocasión de una excitación sexual. Esas elucidaciones pueden apuntar también a la tesis ya expuesta, a saber, que el placer provocado por las sensaciones de movimiento pasivo es de naturaleza sexual o genera excitación sexual. Es un hecho, no obstante, que muchas personas informan haber vivenciado los primeros signos de la excitación en sus genitales en el curso de juegos violentos o de riñas con sus compañeros de juego, situación en la cual, además de todo el esfuerzo muscular, operaba un estrecho contacto con la piel del oponente. La inclinación a trabarse en lucha con determinada persona mediante la musculatura, como en años posteriores la de trabarse en disputas mediante la palabra («Odios son amores»), se cuenta entre los buenos signos anurciadores de que se ha elegido como objeto a esa persona. En la promoción de la excitación sexual por medio de la actividad muscular habría que reconocer una de las raíces de la pulsión sádica. Para muchos individuos, el enlace infantil entre juegos violentos y excitación sexual es codeterminante de la orientación preferencial que imprimirán más tarde a su pulsión sexual.⁴⁷

⁴⁶ [Hasta 1924 decía «el mecanismo sexual».]

⁴⁷ [Nota agregada en 1910:] El análisis de casos de perturbación neurótica de la marcha y de agorafobia no deja dudas sobre la naturaleza sexual del placer del movimiento. Como es sabido, la educación moderna se sirve en gran medida del deporte para apartar a los jóvenes de la actividad sexual; más correcto sería decir que sustituye en ellos el goce sexual por el placer del movimiento y circunscribe la práctica sexual a uno de sus componentes autoeróticos.

PROCESOS AFECTIVOS. Las otras fuentes de excitación sexual en el niño suscitan menos dudas. Es fácil comprobar mediante observación simultánea o exploración retrospectiva que los procesos afectivos más intensos, aun las excitaciones terroríficas, desbordan sobre la sexualidad; esto, por lo demás, puede contribuir a la comprensión del efecto patógeno de esos movimientos del ánimo. En el escolar, la angustia frente a un examen, la tensión provocada por una tarea de difícil solución, pueden cobrar importancia, no sólo en lo tocante a su relación con la escuela sino para el estallido de manifestaciones sexuales. En tales circunstancias, en efecto, es harto frecuente que sobrevenga un sentimiento estimulador que urge el contacto con los genitales, o un proceso del tipo de una polución, con todas sus embarazosas consecuencias. La conducta de los niños en la escuela, que plantea a los maestros bastantes enigmas, merece en general ser vinculada con la incipiente sexualidad de aquellos. El efecto de excitación sexual de muchos afectos en sí displacenteros, como el angustiarse, el estremecerse de miedo o el espantarse, se conserva en gran número de seres humanos durante su vida adulta, y explica sin duda que muchas personas acechen la oportunidad de recibir tales sensaciones, sujetas sólo a ciertas circunstancias concomitantes (su pertenencia a un mundo de ficción, la lectura, el teatro) que amengüen la seriedad de la sensación de displacer.

Si es lícito suponer que también sensaciones de dolor intenso provocan idéntico efecto erótico, sobre todo cuando el dolor es aminorado o alejado por una condición concomitante, esta relación constituiría una de las raíces principales de la pulsión sadomasoquista, en cuya múltiple composición vamos penetrando así poco a poco.⁴⁸

TRABAJO INTELECTUAL. Por último, es innegable que la concentración de la atención en una tarea intelectual, y, en general, el esfuerzo mental, tiene por consecuencia en muchas personas, tanto jóvenes como más maduras, una excitación sexual concomitante. Hemos de considerarla la única base legítima de la tesis, por otra parte tan dudosa, que hace derivar las perturbaciones nerviosas de un «exceso de trabajo» mental.⁴⁹

⁴⁸ [Nota agregada en 1924:] Aquí me refiero a lo que se conoce como masoquismo «erótico». [Cf. pág. 144, n. 28.]

⁴⁹ [Se hallarán algunas puntualizaciones previas de Freud sobre este tema en «La sexualidad en la etiología de las neurosis» (1898a), *AE*, 3, pág. 265, y algunas más tardías en «Análisis terminable e interminable» (1937c), *AE*, 23, pág. 228.]

Si ahora, tras estos ejemplos e indicaciones que no hemos comunicado de manera completa ni exhaustiva en cuanto a su número, abarcamos panorámicamente las fuentes de la excitación sexual infantil, vislumbramos o reconocemos los siguientes rasgos generales: múltiples reaseguros parecen velar por la puesta en marcha del proceso de la excitación sexual —cuya naturaleza, es cierto, acaba de volvérsenos enigmática—. Sobre todo cuidan por ella, más o menos directamente, las excitaciones de las superficies sensibles —la piel y los órganos de los sentidos—, y del modo más inmediato, las estimulaciones de ciertos sectores que han de definirse como zonas erógenas. Respecto de estas fuentes de la excitación sexual, la cualidad del estímulo es sin duda lo decisivo, aunque el factor de la intensidad (en el caso del dolor) no es del todo indiferente. Pero, además, preexisten en el organismo dispositivos a consecuencia de los cuales la excitación sexual se genera como efecto colateral, a raíz de una gran serie de procesos internos, para lo cual basta que la intensidad de estos rebase ciertos límites cuantitativos. Lo que hemos llamado pulsiones parciales de la sexualidad, o bien deriva directamente de estas fuentes internas de la excitación sexual, o se compone de aportes de esas fuentes y de las zonas erógenas. Es posible que en el organismo no ocurra nada de cierta importancia que no ceda sus componentes a la excitación de la pulsión sexual.⁵⁰

No me parece posible por ahora aportar más claridad y certeza a estas tesis generales; hago responsables de ello a dos factores: en primer lugar, la novedad de todo el abordaje y, en segundo lugar, la circunstancia de que la naturaleza de la excitación sexual nos es enteramente desconocida. No querría, empero, renunciar a dos observaciones que prometen abrirnos vastas perspectivas:

DIVERSAS CONSTITUCIONES SEXUALES. a) Así como antes vimos la posibilidad de basar las diversas constituciones sexuales innatas en la diferente plasmación de las zonas erógenas, ahora podemos ensayar eso mismo englobando las fuentes indirectas de la excitación sexual. Nos es lícito suponer que estas fuentes brindan su aporte en todos los individuos, pero que no tienen la misma intensidad en todos ellos; cabe admitir, entonces, que la plasmación privilegiada de cada una de las fuentes de la excitación sexual

⁵⁰ [Freud citó este pasaje en «El problema económico del masoquismo» (1924c), *AE*, 19, pág. 169.]

contribuye también a diferenciar las diversas constituciones sexuales.⁵¹

LAS VÍAS DE LA INFLUENCIA RECÍPROCA. *b)* Si abandonamos las expresiones figuradas que usamos durante tanto tiempo, y dejamos de hablar de «fuentes» de la excitación sexual, podemos arribar a esta conjetura: todas las vías de conexión que llegan hasta la sexualidad desde otras funciones tienen que poderse transitar también en la dirección inversa. Vaya un ejemplo: si el hecho de ser la zona de los labios patrimonio común de las dos funciones es el fundamento por el cual la nutrición genera una satisfacción sexual, ese mismo factor nos permite comprender que la nutrición sufra perturbaciones cuando son perturbadas las funciones erógenas de la zona común. Y una vez que sabemos que la concentración de la atención es capaz de producir excitación sexual, ello nos induce a suponer que actuando por la misma vía, sólo que en dirección inversa, el estado de excitación sexual influye sobre la disponibilidad de atención orientable. Una buena parte de la sintomatología de las neurosis, que yo derivó de perturbaciones de los procesos sexuales, se exterioriza en perturbaciones de las otras funciones, no sexuales, del cuerpo. Y esta influencia, hasta ahora incomprendible, se hará menos enigmática admitiendo que representa la contraparte de las influencias que presiden la producción de la excitación sexual.⁵²

Ahora bien, esos mismos caminos por los cuales las perturbaciones sexuales desbordan sobre las restantes funciones del cuerpo servirían en el estado de salud a otro importante logro. Por ellos se consumaría la atracción de las fuerzas pulsionales sexuales hacia otras metas, no sexuales; vale decir, la sublimación de la sexualidad. No podemos menos que concluir confesando que es muy poco todavía lo que sabemos con certeza acerca de estas vías, sin duda existentes y probablemente transitables en las dos direcciones.⁵³

⁵¹ [Nota agregada en 1920:] He aquí una consecuencia inevitable de las puntualizaciones hechas en el texto: es preciso atribuir a todo individuo un erotismo oral, anal y uretral, y la comprobación de los complejos anímicos que les corresponden no implica juicio alguno sobre anormalidad o neurosis. Las diferencias que separan lo normal de lo anormal sólo pueden residir en las intensidades relativas de los componentes singulares de la pulsión sexual y en el uso que reciben en el curso del desarrollo.

⁵² [Freud retomó la cuestión, con especial referencia a la perturbación psicógena de la visión, en su trabajo sobre este tema (1910i), *AE*, **11**, págs. 213-5.]

⁵³ [En una carta que Abraham escribió a Freud el 14 de mayo de 1911 le solicitaba una breve aclaración sobre este párrafo. Freud

le respondió el 18 de mayo lo siguiente: «El pasaje de *Teoría sexual* forzosamente debía resultar ambiguo porque tras él no había ninguna idea clara, sólo una construcción. Hay caminos, de naturaleza desconocida, a través de los cuales los procesos sexuales ejercen un efecto sobre la digestión, la hematopoyesis, etc. Las influencias perturbadoras provenientes de la sexualidad recorren estos caminos, y entonces, normalmente, es probable que también lo hagan los aflujos benéficos o útiles de algún otro tipo» (Freud, 1965a.)

III. Las metamorfosis de la pubertad

Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva. La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual. Hasta ese momento actuaba partiendo de pulsiones y zonas erógenas singulares que, independientemente unas de otras, buscaban un cierto placer en calidad de única meta sexual. Ahora es dada una nueva meta sexual; para alcanzarla, todas las pulsiones parciales cooperan, al par que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital.¹ Puesto que la nueva meta sexual asigna a los dos sexos funciones muy diferentes, su desarrollo sexual se separa mucho en lo sucesivo. El del hombre es el más consecuente, y también el más accesible a nuestra comprensión, mientras que en la mujer se presenta hasta una suerte de involución. La normalidad de la vida sexual es garantizada únicamente por la exacta coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual.² La primera de ellas reúne en sí lo que resta del temprano florecimiento infantil de la sexualidad.³ Es como la perforación de un túnel desde sus dos extremos.

La nueva meta sexual consiste para el varón en la descarga de los productos genésicos. En modo alguno es ajena a la anterior, al logro de placer; más bien, a este acto final del proceso sexual va unido el monto máximo de placer. La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción; se vuelve, por así decir, altruista. Para que esta transmutación se logre con éxito, es preciso contar con las disposiciones originarias y todas las peculiaridades de las pulsiones.

Como en todos los otros casos en que deben producirse en el organismo nuevos enlaces y nuevas composiciones en me-

¹ [Nota agregada en 1915:] La exposición esquemática hecha en el texto se propone destacar las diferencias. Antes, en la pág. 181, se consignó en qué medida la sexualidad infantil se aproxima a la organización sexual definitiva por su elección de objeto [agregado en 1924:] y el despliegue de la fase fálica. [Cf. también *infra*, pág. 202.]

² [La frase «la tierna y la sensual» fue agregada en 1915.]

³ [Esta oración fue agregada en 1920.]

canismos complejos, también aquí pueden sobrevenir perturbaciones patológicas por interrupción de esos reordenamientos. Todas las perturbaciones patológicas de la vida sexual han de considerarse, con buen derecho, como inhibiciones del desarrollo.

[1.] El primado de las zonas genitales y el placer previo

Vemos con toda claridad el punto de partida y la meta final del curso de desarrollo que acabamos de describir. Las transiciones mediadoras nos resultan todavía oscuras en muchos aspectos; tendremos que dejar subsistir en ellas más de un enigma.

Se ha escogido como lo esencial de los procesos de la pubertad lo más llamativo que ellos presentan: el crecimiento manifiesto de los genitales externos, que durante el período de latencia de la niñez había mostrado una relativa inhibición. Al mismo tiempo, el desarrollo de los genitales internos ha avanzado hasta el punto de poder ofrecer productos genésicos, o bien recibirlos, para la gestación de un nuevo ser. Así ha quedado listo un aparato en extremo complicado, que aguarda el momento en que habrá de utilizárselo.

Este aparato debe ser puesto en marcha mediante estímulos; en relación con ello, la observación nos enseña que los estímulos pueden alcanzarlo por tres caminos: desde el mundo exterior, por excitación de las zonas erógenas que ya sabemos; desde el interior del organismo, siguiendo vías que aún hay que investigar, y desde la vida anímica, que a su vez constituye un repositorio de impresiones externas y un receptor de excitaciones internas. Por los tres caminos se provoca lo mismo: un estado que se define como de «excitación sexual» y se da a conocer por dos clases de signos, anímicos y somáticos. El signo anímico consiste en un peculiar sentimiento de tensión, de carácter en extremo esforzante; entre los múltiples signos corporales se sitúa en primer término una serie de alteraciones en los genitales, que tienen un sentido indubitable: la preparación, el apronte para el acto sexual. (La erección del miembro masculino, la humectación de la vagina.)

LA TENSION SEXUAL. El estado de excitación sexual presenta, pues, el carácter de una tensión; con esto se enhebra un problema cuya solución es tan difícil cuanto sería im-

portante para comprender los problemas sexuales. A pesar de la diferencia de opiniones que reina sobre este punto en la psicología, debo sostener que un sentimiento de tensión tiene que conllevar el carácter del *displacer*. Para mí lo decisivo es que un sentimiento de esa clase entrafia el esfuerzo a alterar la situación psíquica: opera pulsionalmente, lo cual es por completo extraño a la naturaleza del placer sentido. Pero si la tensión del estado de excitación sexual se computa entre los sentimientos de *displacer*, se tropieza con el hecho de que es experimentada inequívocamente como placentera. Siempre la tensión producida por los procesos sexuales va acompañada de placer; aun en las alteraciones preparatorias de los genitales puede reconocerse una suerte de sentimiento de satisfacción. Ahora bien, ¿cómo conciben entre sí esta tensión *displacentera* y este sentimiento de placer?

Todo lo concerniente al problema del placer y el *displacer* toca uno de los puntos más espinosos de la psicología actual. Procuraremos aprender lo posible a partir de las condiciones del caso que nos ocupa, y evitar el abordaje más ceñido del problema en su totalidad.⁴

Echemos primero un vistazo al modo en que las zonas erógenas se insertan en el nuevo orden. Sobre ellas recae un importante papel en la introducción de la excitación sexual. El ojo, que es quizá lo más alejado del objeto sexual, puede ser estimulado (*reizen*) casi siempre, en la situación de cortejo del objeto, por aquella particular cualidad de la excitación cuyo suscitador en el objeto sexual llamamos «belleza». De ahí que se llame «encantos» (*Reize*) a las excelencias del objeto sexual.⁵ Con esta excitación se conecta ya, por una parte, un placer; por la otra, tiene como consecuencia aumentar el estado de excitación sexual, o provocarlo cuando todavía falta. Si viene a sumarse la excitación de otra zona erógena, por ejemplo la de la mano que toca, el efecto es el mismo: una sensación de placer que pronto se refuerza con el que proviene de las alteraciones preparatorias [de los genitales], por un lado y, por el otro, un aumento de la tensión sexual que pronto se convierte en el más nítido *displacer* si no se le permite procurarse un placer ulterior. Quizá más trasparente aún es este otro caso: el de una persona no excitada sexualmente a quien se le estimula una zona erógena por contacto, como la piel del pecho en una mujer. Este contacto provoca ya un sentimiento de placer, pero al mismo tiempo es apto, como ninguna otra cosa, para despertar

⁴ [Nota agregada en 1924:] Cf. un intento de solucionar este problema en las observaciones introductorias de mi ensayo «El problema económico del masoquismo» (1924c).

⁵ [Cf. pág. 142, n. 24.]

la excitación sexual que reclama más placer. ¿De qué modo el placer sentido despierta la necesidad de un placer mayor? He ahí, justamente, el problema.

MECANISMO DEL PLACER PREVIO. Ahora bien, el papel que en ese proceso cumplen las zonas erógenas es claro. Lo que vale para una vale para todas. En su conjunto se aplican para brindar, mediante su adecuada estimulación, un cierto monto de placer; de este arranca el incremento de la tensión, la cual, a su vez, tiene que ofrecer la energía motriz necesaria para llevar a su término el acto sexual. La penúltima pieza de este acto es, de nuevo, la estimulación apropiada de una zona erógena (la zona genital misma en el *glans penis*) por el objeto más apto para ello, la mucosa de la vagina; y bajo el placer que esta excitación procura, se gana, esta vez por vía de reflejo, la energía motriz requerida para la expulsión de las sustancias genésicas. Este placer último es el máximo por su intensidad, y diferente de los anteriores por su mecanismo. Es provocado enteramente por la descarga, es en su totalidad un placer de satisfacción, y con él se elimina temporariamente la tensión de la libido.

No me parece injustificado fijar mediante un nombre esta diferencia de naturaleza entre el placer provocado por la excitación de zonas erógenas y el producido por el vaciamiento de las sustancias sexuales. El primero puede designarse convenientemente como *placer previo*, por oposición al *placer final* o placer de satisfacción de la actividad sexual. El placer previo es, entonces, lo mismo que ya podía ofrecer, aunque en escala reducida, la pulsión sexual infantil; el placer final es nuevo, y por tanto probablemente depende de condiciones que sólo se instalan con la pubertad. La fórmula para la nueva función de las zonas erógenas sería: Son empleadas para posibilitar, por medio del placer previo que ellas ganan como en la vida infantil, la producción del placer de satisfacción mayor.

Hace poco pude elucidar otro ejemplo, tomado de un ámbito del acaecer anímico enteramente distinto, en que de igual modo se alcanza un efecto de placer mayor en virtud de una sensación placentera menor, que opera así como una prima de incentivación. También se presentó ahí la oportunidad de abordar más de cerca la naturaleza del placer.⁶

⁶ Véase mi estudio *El chiste y su relación con lo inconciente*, aparecido en 1905 [*AE*, 8, págs. 131-2]. El «placer previo» obtenido por la técnica del chiste se emplea para liberar un placer mayor por la cancelación de inhibiciones interiores. [En un ensayo posterior dedicado a la creación literaria (1908e), Freud atribuyó un mecanismo similar al placer estético.]

PELIGROS DEL PLACER PREVIO. Ahora bien, el nexo del placer previo con la vida sexual infantil se acredita por el papel patógeno que puede corresponderle. Del mecanismo en que es incluido el placer previo deriva, evidentemente, un peligro para el logro de la meta sexual normal: ese peligro se presenta cuando, en cualquier punto de los procesos sexuales preparatorios, el placer previo demuestra ser demasiado grande, y demasiado escasa su contribución a la tensión. Falta entonces la fuerza pulsional para que el proceso sexual siga adelante; todo el camino se abrevia, y la acción preparatoria correspondiente reemplaza a la meta sexual normal. La experiencia nos dice que este perjuicio tiene por condición que la zona erógena respectiva, o la pulsión parcial correspondiente, haya contribuido a la ganancia de placer en medida inusual ya en la vida infantil. Y si todavía se suman factores que coadyuvan a la fijación, fácilmente se engendra una compulsión refractaria a que este determinado placer previo se integre en una nueva trama en la vida posterior. De esta clase es, en efecto, el mecanismo de muchas perversiones, que consisten en una demora en actos preparatorios del proceso sexual.

El malogro de la función del mecanismo sexual por culpa del placer previo se evita, sobre todo, cuando ya en la vida infantil se prefigura de algún modo el primado de las zonas genitales. Los dispositivos para ello parecen estar realmente presentes en la segunda mitad de la niñez (desde los ocho años hasta la pubertad). En esos años, las zonas genitales se comportan ya de manera similar a la época de la madurez; pasan a ser la sede de sensaciones de excitación y alteraciones preparatorias cuando se siente alguna clase de placer por la satisfacción de otras zonas erógenas; este efecto, no obstante, sigue careciendo de fin, vale decir, en nada contribuye a la prosecución del proceso sexual. Por eso ya en la niñez se engendra, junto al placer de satisfacción, cierto monto de tensión sexual, si bien menos constante y no tan vasto. Y ahora comprendemos la razón por la cual, cuando elucidábamos las fuentes de la sexualidad, pudimos decir con igual derecho que el proceso respectivo provocaba una satisfacción sexual o bien una excitación sexual. [Cf. pág. 183.] Ahora notamos que, en nuestro camino cognoscitivo, al comienzo concebimos exageradamente grandes las diferencias entre la vida sexual infantil y la madura; enmendemos, pues, lo anterior. Las exteriorizaciones infantiles de la sexualidad no marcan solamente el destino de las desviaciones respecto de la vida sexual normal, sino el de su conformación normal.

[2.] El problema de la excitación sexual,

Nos han quedado enteramente sin esclarecer tanto el origen como la naturaleza de la tensión sexual que, a raíz de la satisfacción de zonas erógenas, se engendra al mismo tiempo que el placer.⁷ La conjetura más obvia, a saber, que esta tensión resulta de algún modo del placer mismo, no sólo es en sí muy improbable; queda invalidada por el hecho de que el placer máximo, el unido a la expulsión de los productos genésicos, no produce tensión alguna; al contrario, suprime toda tensión. Por tanto, placer y tensión sexual sólo pueden estar relacionados de manera indirecta.

PAPEL DE LAS SUSTANCIAS SEXUALES. Además del hecho de que normalmente sólo la descarga de las sustancias sexuales pone fin a la excitación sexual, tenemos todavía otros asideros para vincular la tensión sexual con los productos sexuales. Cuando se lleva una vida continente, el aparato genésico suele descargarse de sus materiales por las noches en períodos variables, pero no carentes de toda regla. Ello ocurre con una sensación de placer y en el curso de la alucinación onírica de un acto sexual. En vista de este proceso —la polución nocturna— parece difícil dejar de entender la tensión sexual, que sabe hallar el atajo alucinatorio en sustitución del acto, como una función de la acumulación de semen en el reservorio para los productos genésicos. En el mismo sentido hablan las experiencias que se hacen sobre el agotamiento del mecanismo sexual. Cuando la reserva de semen está vacía, no sólo es imposible la ejecución del acto sexual; fracasa también la estimulabilidad de las zonas erógenas, cuya excitación, por más que sea la apropiada, ya no es capaz de provocar placer alguno. Al pasar, nos enteramos de que cierta medida de tensión sexual es indispensable hasta para la excitabilidad de tales zonas.

Así nos vemos llevados a una hipótesis que, si no ando equivocado, está bastante difundida: la acumulación de los materiales sexuales crea y sostiene a la tensión sexual; ello se debe tal vez a que la presión de estos productos sobre la pared de sus receptáculos tiene por efecto estimular un centro

⁷ Es por demás instructivo que la lengua alemana tome en cuenta, en la acepción de la palabra «Lust», el papel de las excitaciones sexuales preliminares, mencionado en el texto, que simultáneamente ofrecen una cuota de satisfacción y contribuyen a la tensión sexual. «Lust» tiene doble significado, y designa tanto la sensación de la tensión sexual («Ich habe Lust» = «Me gustaría», «Siento ganas de») como la de la satisfacción. [Cf. pág. 123, n. 2.]

espinal; el estado de este es percibido por un centro superior, engendrándose así para la conciencia la conocida sensación de tensión. Si la excitación de zonas erógenas aumenta la tensión sexual, ello sólo puede deberse a que tienen una prefigurada conexión anatómica con esos centros, elevan el tono mismo de la excitación y, cuando la tensión es suficiente, ponen en marcha el acto sexual, pero cuando no lo es incitan la producción de las sustancias genésicas.⁸

Los puntos débiles de esta doctrina, que encontramos, por ejemplo, en la exposición que hace Krafft-Ebing de los procesos sexuales, residen en lo siguiente: creada para explicar la actividad genésica del hombre maduro, toma poco en cuenta tres situaciones cuyo esclarecimiento debería brindar al mismo tiempo. Son las situaciones de los niños, de las mujeres y de los varones castrados. En ninguno de esos tres casos puede hablarse de una acumulación de productos genésicos en el mismo sentido que en el hombre, lo cual estorba la aplicación sin tropiezos del esquema; empero, debe admitirse sin más que sería posible hallar ciertos expedientes a fin de subordinarle también estos casos. De cualquier modo, queda en pie la advertencia de que no debemos atribuir a la acumulación de productos genésicos operaciones de las que no parece capaz.

APRECIACIÓN DE LAS PARTES SEXUALES INTERNAS. Las observaciones de varones castrados parecen corroborar que la excitación sexual es, en grado notable, independiente de la producción de sustancias genésicas. Si bien la regla es que la operación menoscabe su libido, y ese es el motivo por el cual se la practicó, en ocasiones ello no sucede. Por otro lado, hace mucho se sabe que enfermedades que aniquilaron la producción de las células genésicas masculinas dejaron intactas la libido y la potencia del individuo ahora estéril.⁹ Por eso en modo alguno es tan asombroso como lo supone C. Rieger [1900] que la pérdida de las glándulas genésicas masculinas en la madurez pueda no tener mayor influencia sobre la conducta anímica del individuo.¹⁰ Es cierto que la castración

⁸ [Hipótesis ya examinada por Freud en su primer trabajo sobre la neurosis de angustia (1895b), *AE*, 3, pág. 108.]

⁹ [Esta oración fue agregada en 1920.]

¹⁰ [En las ediciones anteriores a 1920 figuraba en este punto la siguiente oración, más tarde suprimida: «Porque las glándulas genésicas no constituyen la sexualidad, y las observaciones efectuadas en hombres castrados no hacen sino confirmar lo que mucho antes había demostrado la extirpación de los ovarios: que es imposible anular los caracteres sexuales eliminando dichas glándulas». Asimismo, antes de 1920, en la oración siguiente se leía: «...caracteres sexuales; pero

practicada a una tierna edad, antes de la pubertad, se aproxima por su efecto a la meta de suprimir los caracteres sexuales; pero en tal caso, además de la pérdida de las glándulas genésicas mismas, también podría ser que entrara en cuenta la inhibición del desarrollo de otros factores, vinculada con esa pérdida.

TEORÍA QUÍMICA. Experiencias hechas con la extirpación de las glándulas genésicas (testículos y ovarios) en animales, y la implantación alternativa de tales órganos en vertebrados,¹¹ han arrojado por fin una luz parcial sobre el origen de la excitación sexual y empujado a un plano todavía más secundario la supuesta importancia de una acumulación de los productos celulares genésicos. Se ha hecho posible el experimento (E. Steinach) de mudar un macho en una hembra y, a la inversa, una hembra en un macho, en cuyo proceso la conducta psicosexual del animal varía de acuerdo con los caracteres genésicos somáticos y juntamente con ellos. Ahora bien, esta influencia determinante en lo sexual no debe atribuirse a la contribución de las glándulas genésicas que producen las células específicas (espermatozoides y óvulo), sino a sus tejidos intersticiales, que los autores han destacado por eso con el nombre de «glándulas de la pubertad». Es muy posible que ulteriores indagaciones revelen que las glándulas de la pubertad tienen normalmente una disposición andrógina, lo cual daría un fundamento anatómico a la doctrina de la bisexualidad de los animales superiores. Y desde luego es probable que no sean el único órgano que participa en la excitación y en los caracteres sexuales. Comoquiera que fuese, este nuevo descubrimiento biológico viene a sumarse a lo que ya hemos averiguado acerca del papel de la tiroides en la sexualidad. Estamos autorizados a pensar que en el sector intersticial de las glándulas genésicas se producen ciertas sustancias químicas que, recogidas por el flujo sanguíneo, cargan de tensión sexual a determinados sectores del sistema nervioso central. En el caso de sustancias venenosas introducidas en el cuerpo desde fuera, ya conocemos una trasposición de esa clase, de un estímulo tóxico en un particular estímulo de órgano. En cuanto al modo en que la excitación sexual se genera por estimulación de zonas erógenas, previa carga del aparato central, y a las combinaciones entre efectos de estí-

parecería que lo que entra en cuenta aquí no es la pérdida de las glándulas genésicas sino una inhibición...».]

¹¹ Cf. la obra de Lipschütz (1919) a la que se hizo referencia en la n. 13 [pág. 134].

mulos puramente tóxicos y fisiológicos, que se producen a raíz de estos procesos sexuales, tales problemas sólo pueden tratarse por vía de hipótesis y no es este el lugar para ocuparnos de ellos. Bástenos establecer, como lo esencial de esta concepción de los procesos sexuales, la hipótesis de que existen sustancias particulares que provienen del metabolismo sexual.¹² En efecto, esta tesis, en apariencia arbitraria, viene sustentada por una intelección poco tenida en cuenta, pero digna de la mayor atención. Las neurosis que admiten ser reconducidas a perturbaciones de la vida sexual muestran la máxima semejanza clínica con los fenómenos de la intoxicación y la abstinencia a raíz del consumo habitual de sustancias tóxicas productoras de placer (alcaloides).

¹² [En su forma actual, todo el párrafo hasta este punto data de 1920. En la primera edición (1905) y en las dos subsiguientes aparecía en su lugar el siguiente: «La verdad es que no podemos informar nada acerca de la naturaleza de la excitación sexual, sobre todo porque no sabemos a qué órgano u órganos está ligada la sexualidad, puesto que advertimos que hemos sobrestimado la importancia de las glándulas sexuales. Después que sorprendentes descubrimientos nos han enseñado el importante papel de la tiroidea en la sexualidad, nos es lícito suponer que el conocimiento de los factores esenciales de esta última es todavía cosa del futuro. Quien experimente la necesidad de llenar esta gran laguna de nuestro conocimiento mediante alguna hipótesis provisional, puede formarse el siguiente cuadro, apoyándose en las sustancias eficaces que se han descubierto en la tiroidea: Por la estimulación apropiada de zonas erógenas, así como en las otras situaciones en que nace una coexcitación sexual, una sustancia diseminada por todo el organismo se descompone, y los productos de su descomposición aportan un estímulo específico a los órganos de la reproducción o al centro espinal enlazado con ellos (ya conocemos, en el caso de otras sustancias venenosas introducidas en el cuerpo como algo extraño, una trasposición así de un estímulo tóxico en un particular estímulo de órgano). Todavía no es tiempo de tratar por vía de hipótesis las combinaciones entre efectos de estímulos puramente tóxicos y fisiológicos, que se producen a raíz de los procesos sexuales. Por lo demás, no asigno ningún valor a la hipótesis propuesta, y estaría dispuesto a abandonarla en el acto en favor de alguna otra, siempre que esta conservara su carácter fundamental: la insistencia en el quimismo sexual». — Merece destacarse qué pocas modificaciones debieron introducirse en la hipótesis de Freud por el descubrimiento de las hormonas sexuales, que en realidad él había anticipado no ya en 1905 sino por lo menos en 1896, como puede comprobarse en sus cartas a Fliess del 1º de marzo y el 2 de abril de dicho año (Freud, 1950a, Cartas 42 y 44). Volvió a insistir en la importancia del quimismo en su segundo trabajo sobre el papel de la sexualidad en las neurosis (1906a), publicado más o menos simultáneamente con la primera edición de los *Tres ensayos* (cf. *infra*, pág. 270). Véanse también sus puntualizaciones al respecto en «Sobre la sexualidad femenina» (1931b), *AE*, 21, pág. 241.]

[3.] La teoría de la libido ¹³

Las representaciones auxiliares que nos hemos formado con miras a dominar las exteriorizaciones psíquicas de la vida sexual se corresponden muy bien con las anteriores conjeturas acerca de la base química de la excitación sexual. Hemos establecido el concepto de la *libido* como una fuerza susceptible de variaciones cuantitativas, que podría medir procesos y trasposiciones en el ámbito de la excitación sexual. Con relación a su particular origen, la diferenciamos de la energía que ha de suponerse en la base de los procesos anímicos en general, y le conferimos así un carácter también cualitativo. Al separar la energía libidinosa de otras clases de energía psíquica, damos expresión a la premisa de que los procesos sexuales del organismo se diferencian de los procesos de la nutrición por un quimismo particular. El análisis de las perversiones y psiconeurosis nos ha permitido inteligir que esta excitación sexual no es brindada sólo por las partes llamadas genésicas, sino por todos los órganos del cuerpo. Así llegamos a la representación de un *quantum* de libido a cuya subrogación psíquica llamamos *libido yoica*; la producción de esta, su aumento o su disminución, su distribución y su desplazamiento, están destinados a ofrecernos la posibilidad de explicar los fenómenos psicosexuales observados.

Ahora bien, esta libido yoica sólo se vuelve cómodamente accesible al estudio analítico cuando ha encontrado empleo psíquico en la investidura de objetos sexuales, vale decir, cuando se ha convertido en *libido de objeto*. La vemos concentrarse en objetos,¹⁴ fijarse a ellos o bien abandonarlos, pasar de unos a otros y, a partir de estas posiciones, guiar el quehacer sexual del individuo, el cual lleva a la satisfacción, o sea, a la extinción parcial y temporaria de la libido. El psicoanálisis de las denominadas neurosis de transferencia (histeria y neurosis obsesiva) nos proporciona una visión cierta de esto.

Además, podemos conocer, en cuanto a los destinos de la libido de objeto, que es quitada de los objetos, se mantiene fluctuante en particulares estados de tensión y, por último, es recogida en el interior del yo, con lo cual se convierte de nuevo en libido yoica. A esta última, por oposición a la libido

¹³ [Excepto el último párrafo, esta sección data en su totalidad de 1915, y se basa en gran medida en «Introducción del narcisismo» (1914c).]

¹⁴ [Huelga decir que aquí y en otros lugares, cuando Freud sostiene que la libido se concentra en los «objetos», es quitada de los «objetos», etc., se está refiriendo a las representaciones psíquicas de los objetos y no, desde luego, a los objetos del mundo externo.]

de objeto, la llamamos también libido narcisista. Desde el psicoanálisis atisbamos, como por encima de una barrera que no nos está permitido franquear, en el interior de la fábrica de la libido narcisista; así nos formamos una representación acerca de la relación entre ambas.¹⁵ La libido narcisista o libido yoica se nos aparece como el gran reservorio desde el cual son emitidas las investiduras de objeto y al cual vuelven a replegarse; y la investidura libidinal narcisista del yo, como el estado originario realizado en la primera infancia, que es sólo ocultado por los envíos posteriores de la libido, pero se conserva en el fondo tras ellos.

Una teoría de la libido en el campo de las perturbaciones neuróticas y psicóticas tendría como tarea expresar todos los fenómenos observados y los procesos descubiertos en los términos de la economía libidinal. Es fácil colegir que los destinos de la libido yoica poseen con relación a ello la mayor importancia, en particular cuando se trata de explicar las perturbaciones psicóticas más profundas. La dificultad reside, entonces, en el hecho de que el medio de nuestra indagación, el psicoanálisis, por ahora sólo nos ha proporcionado noticia cierta sobre las mudanzas de la libido de objeto,¹⁶ pero no pudo separar claramente la libido yoica de las otras energías que operan en el interior del yo.¹⁷ Por eso, una prosecución¹⁸ de la teoría de la libido sólo es posible, provisionalmente, por vía especulativa. No obstante, se renuncia a todo lo ganado hasta ahora gracias a la observación psicoanalítica cuando, siguiendo a C. G. Jung, se disuelve el concepto de la libido haciéndolo coincidir con el de una fuerza pulsional psíquica en general.

La separación entre las mociones pulsionales sexuales y las otras, y por consiguiente la restricción del concepto de libido a las primeras, encuentra un fuerte apoyo en la hipótesis, ya considerada aquí, de un quimismo particular de la función sexual.

¹⁵ [Nota agregada en 1924:] Esta restricción ha perdido su anterior validez desde que se han vuelto en buena medida accesibles al psicoanálisis otras neurosis además de las «neurosis de transferencia».

¹⁶ [Nota agregada en 1924:] Véase la nota anterior.

¹⁷ [Nota agregada en 1915:] Cf. mi ensayo sobre el narcisismo (1914c). [Agregado en 1920:] El término «narcisismo» no fue acuñado, como allí se dice erróneamente, por Näcke, sino por Havelock Ellis. [El propio Ellis examinó después (1927) este punto en detalle y juzgó que los honores debían compartirse entre ambos.]

¹⁸ [El párrafo que sigue se agregó en 1920.]

[4.] Diferenciación entre el hombre y la mujer

Como se sabe, sólo con la pubertad se establece la separación tajante entre el carácter masculino y el femenino, una oposición que después influye de manera más decisiva que cualquier otra sobre la trama vital de los seres humanos. Es cierto que ya en la niñez son reconocibles disposiciones masculinas y femeninas; el desarrollo de las inhibiciones de la sexualidad (vergüenza, asco, compasión) se cumple en la niña pequeña antes y con menores resistencias que en el varón; en general, parece mayor en ella la inclinación a la represión sexual; toda vez que se insinúan claramente pulsiones parciales de la sexualidad, adoptan de preferencia la forma pasiva. Pero la activación autoerótica de las zonas erógenas es la misma en ambos sexos, y esta similitud suprime en la niñez la posibilidad de una diferencia entre los sexos como la que se establece después de la pubertad. Con respecto a las manifestaciones sexuales autoeróticas y masturbatorias, podría formularse esta tesis: La sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino. Más aún: si supiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de «masculino» y «femenino», podría defenderse también el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer.¹⁹

¹⁹ [Antes de 1924, la frase que va desde «la libido» hasta el final de la oración aparecía destacada tipográficamente. — *Nota agregada en 1915:*] Es indispensable dejar en claro que los conceptos de «masculino» y «femenino», que tan unívocos parecen a la opinión corriente, en la ciencia se cuentan entre los más confusos y deben descomponerse al menos en tres direcciones. Se los emplea en el sentido de *actividad y pasividad*, o en el sentido *biológico*, o en el *sociológico*. El primero de estos tres significados es el esencial, y el que casi siempre se aplica en el psicoanálisis. A eso se debe que en el texto la libido se defina como activa, pues la pulsión lo es siempre, aun en los casos en que se ha puesto una meta pasiva. El segundo significado, el biológico, es el que admite la más clara definición. Aquí, masculino y femenino se caracterizan por la presencia del semen o del óvulo, respectivamente, y por las funciones que de estos derivan. La actividad y sus exteriorizaciones colaterales (mayor desarrollo muscular, agresión, mayor intensidad de la libido) suelen, en general, ir soldados con la virilidad biológica; pero no es un enlace necesario, pues existen especies animales en las que estas propiedades corresponden más bien a la hembra. El tercer significado, el sociológico, cobra contenido por la observación de los individuos masculinos y femeninos existentes en la realidad. Esta observación muestra que en el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una femineidad puras en sentido psicológico ni en sentido biológico. Más bien, todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasi-

Desde que me he familiarizado con el punto de vista de la bisexualidad,²⁰ considero que ella es el factor decisivo en este aspecto, y que sin tenerla en cuenta difícilmente se llegará a comprender las manifestaciones sexuales del hombre y la mujer como nos las ofrece la observación de los hechos.

ZONAS RECTORAS EN EL HOMBRE Y EN LA MUJER. Aparte de lo anterior, sólo puedo agregar esto: en la niña la zona erógena rectora se sitúa sin duda en el clítoris, y es por tanto homóloga a la zona genital masculina, el glande. Todo lo que he podido averiguar mediante la experiencia acerca de la masturbación en las niñas pequeñas se refería al clítoris y no a las partes de los genitales externos que después adquieren relevancia para las funciones genésicas. Y aun pongo en duda que la influencia de la seducción pueda provocar en la niña otra cosa que una masturbación en el clítoris; lo contrario sería totalmente excepcional. Las descargas espontáneas del estado de excitación sexual, tan comunes justamente en la niña pequeña, se exteriorizan en contracciones del clítoris; y las frecuentes erecciones de este posibilitan a la niña juzgar con acierto acerca de las manifestaciones sexuales del varón, aun sin ser instruida en ellas: sencillamente le trasfiere las sensaciones de sus propios procesos sexuales.

Si se quiere comprender el proceso por el cual la niña se hace mujer, es menester perseguir los ulteriores destinos de esta excitabilidad del clítoris. La pubertad, que en el varón trae aparejado aquel gran empuje de la libido, se caracteriza para la muchacha por una nueva oleada de represión, que afecta justamente a la sexualidad del clítoris. Es un sector de vida sexual masculina el que así cae bajo la represión. El refuerzo de las inhibiciones sexuales, creado por esta represión que sobreviene a la mujer en la pubertad, proporciona después un estímulo a la libido del hombre, que se ve forzada a intensificar sus operaciones; y junto con la altitud de su libido aumenta su sobrestimación sexual, que en su cabal medida sólo tiene valimiento para la mujer que se rehúsa, que desmiente su sexualidad. Y más tarde, cuando por fin el acto sexual es permitido, el clítoris mismo es excitado, y sobre él recae el papel de retransmitir esa excitación a las partes femeninas vecinas, tal como un haz de ramas resinosas puede emplearse para encender una leña de combustión más

vidad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos. [Un ulterior examen de este punto se hallará en *El malestar en la cultura* (1930a), AE, 21, págs. 103-4.]

²⁰ [En la edición de 1905 decía: «a través de Wilhelm Fliess». Cf. *supra*, pág. 130, el final de la n. 12.]

difícil. A menudo se requiere cierto tiempo para que se realice esa transferencia. Durante ese lapso la joven es anestésica. Esta anestesia puede ser duradera cuando la zona del clítoris se rehúsa a ceder su excitabilidad; una activación intensa en la niñez predispone a ello. Como es sabido, la anestesia de las mujeres no es a menudo sino aparente, local. Son anestésicas en la vagina, pero en modo alguno son inexcitables desde el clítoris o aun desde otras zonas. Y después, a estas ocasiones erógenas de la anestesia vienen a sumarse todavía las psíquicas, igualmente condicionadas por represión.

Toda vez que logra transferir la estimulabilidad erógena del clítoris a la vagina, la mujer ha mudado la zona rectora para su práctica sexual posterior. En cambio, el hombre la conserva desde la infancia. En este cambio de la zona erógena rectora, así como en la oleada represiva de la pubertad que, por así decir, elimina la virilidad infantil, residen las principales condiciones de la proclividad de la mujer a la neurosis, en particular a la histeria. Estas condiciones se entraman entonces, y de la manera más íntima, con la naturaleza de la feminidad.²¹

[5.] El hallazgo de objeto

Durante los procesos de la pubertad se afirma el primado de las zonas genitales, y en el varón, el ímpetu del miembro erecto remite imperiosamente a la nueva meta sexual: penetrar en una cavidad del cuerpo que excite la zona genital. Al mismo tiempo, desde el lado psíquico, se consume el hallazgo de objeto, preparado desde la más temprana infancia. Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Lo perdió sólo más tarde, quizá justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción. Después la pulsión sexual pasa a ser, regularmente, autoerótica, y sólo luego de superado el período de latencia se restablece la

²¹ [La evolución de la sexualidad en las mujeres fue examinada más detenidamente por Freud en cuatro trabajos posteriores: «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920a) «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos» (1925j), «Sobre la sexualidad femenina» (1931b) y la 33ª de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a). — La importancia del clítoris en la niñez fue mencionada por él en su carta a Fliess del 14 de noviembre de 1897 (Freud, 1950a, Carta 75), *AE*, 1, pág. 312.]

relación originaria. No sin buen fundamento el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro.²²

OBJETO SEXUAL DEL PERÍODO DE LACTANCIA. Pero de estos vínculos sexuales, los primeros y los más importantes de todos, resta, aun luego de que la actividad sexual se divorció de la nutrición, una parte considerable, que ayuda a preparar la elección de objeto y, así, a restaurar la dicha perdida. A lo largo de todo el período de latencia, el niño aprende a *amar* a otras personas que remedian su desvalimiento y satisfacen sus necesidades. Lo hace siguiendo en todo el modelo de sus vínculos de lactante con la nodriza, y prosiguiéndolos. Tal vez no se quiera identificar con el amor sexual los sentimientos de ternura y el aprecio que el niño alienta hacia las personas que lo cuidan; pero yo opino que una indagación psicológica más precisa establecerá esa identidad por encima de cualquier duda. El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esa persona —por regla general, la madre— dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho.²³ La madre se horrorizaría, probablemente, si se le esclareciese que con todas sus muestras de ternura despierta la pulsión sexual de su hijo y prepara su posterior intensidad. Juzga su proceder como un amor «puro», asexual, y aun evita con cuidado aportar a los genitales del niño más excitaciones que las indispensables para el cuidado del cuerpo. Pero ya sabemos que la pulsión sexual no es despertada sólo por excitación de la zona genital; lo que llamamos ternura infaliblemente ejercerá su efecto un día también sobre las zonas geni-

²² [Nota agregada en 1915:] El psicoanálisis enseña que existen dos caminos para el hallazgo de objeto; en primer lugar, el mencionado en el texto, que se realiza por *apuntalamiento* en los modelos de la temprana infancia, y en segundo lugar, el *narcisista*, que busca al yo propio y lo reencuentra en otros. Este último tiene particular importancia para los desenlaces patológicos, pero cae fuera del contexto que tratamos aquí. [El tema es desarrollado en detalle en el trabajo de Freud sobre el narcisismo (1914c), *AE*, 14, págs. 84-6. — El párrafo que figura en el texto, escrito en 1905, no parece armonizar con las observaciones que se hacen sobre este tema en las págs. 181 y 213, escritas en 1915 y en 1920, respectivamente.]

²³ Si alguien considera «sacrílega» esta concepción, que lea el tratamiento que da Havelock Ellis (*Das Geschlechtsgefühl*, 1903, pág. 16), casi en el mismo sentido, a las relaciones entre madre e hijo.

tales. Ahora bien: si la madre conociera mejor la gran importancia que tienen las pulsiones para toda la vida anímica, para todos los logros éticos y psíquicos, se ahorraría los autorreproches incluso después de ese esclarecimiento. Cuando enseña al niño a amar, no hace sino cumplir su cometido; es que debe convertirse en un hombre íntegro, dotado de una enérgica necesidad sexual, y consumir en su vida todo aquello hacia lo cual la pulsión empuja a los seres humanos. Sin duda, un exceso de ternura de parte de los padres resultará dañino, pues apresurará su maduración sexual; y también «malcriará» al niño, lo hará incapaz de renunciar temporalmente al amor en su vida posterior, o contentarse con un grado menor de este. Uno de los mejores preanuncios de la posterior neurosis es que el niño se muestre insaciable en su demanda de ternura a los padres; y, por otra parte, son casi siempre padres neuropáticos los que se inclinan a brindar una ternura desmedida, y contribuyen en grado notable con sus mimos a despertar la disposición del niño para contraer una neurosis. Por lo demás, este ejemplo nos hace ver que los padres neuróticos tienen caminos más directos que el de la herencia para transferir su perturbación a sus hijos.

ANGUSTIA INFANTIL. Los propios niños se comportan desde temprano como si su apego por las personas que los cuidan tuviera la naturaleza del amor sexual. La angustia de los niños no es originariamente nada más que la expresión de su añoranza de la persona amada; por eso responden a todo extraño con angustia; tienen miedo de la oscuridad porque en esta no se ve a la persona amada, y se dejan calmar si pueden tomarle la mano. Se sobrestima el efecto de todos los espantaniños y todos los horripilantes relatos de las niñeras cuando se los hace culpables de producir ese estado de angustia. Sólo los niños que tienden al estado de angustia recogen tales relatos, que en otros no harán mella; y al estado de angustia tienden únicamente niños de pulsión sexual hipertrófica, o prematuramente desarrollada, o suscitada por los mimos excesivos. En esto el niño se porta como el adulto: tan pronto como no puede satisfacer su libido, la muda en angustia; y a la inversa, el adulto, cuando se ha vuelto neurótico por una libido insatisfecha, se porta en su angustia como un niño: empezará a tener miedo apenas quede solo (vale decir, sin una persona de cuyo amor crea estar seguro) y a querer apaciguar su angustia con las medidas más pueriles.²⁴

²⁴ Debo el esclarecimiento acerca del origen de la angustia infantil a un varoncito de tres años a quien cierta vez oí rogar, desde la habi-

LA BARRERA DEL INCESTO.²⁵ Cuando la ternura que los padres vuelcan sobre el niño ha evitado despertarle la pulsión sexual prematuramente —vale decir, antes que estén dadas las condiciones corporales propias de la pubertad—, y despertársela con fuerza tal que la excitación anímica se abra paso de manera inequívoca hasta el sistema genital, aquella pulsión puede cumplir su cometido: conducir a este niño, llegado a la madurez, hasta la elección del objeto sexual. Por cierto, lo más inmediato para el niño sería escoger como objetos sexuales justamente a las personas a quienes desde su infancia ama, por así decir, con una libido amortiguada.²⁶ Pero, en virtud del diferimiento de la maduración sexual, se ha ganado tiempo para erigir, junto a otras inhibiciones sexuales, la barrera del incesto, y para implantar en él los preceptos morales que excluyen expresamente de la elección de objeto, por su calidad de parientes consanguíneos, a las personas amadas de la niñez. El respeto de esta barrera es sobre todo una exigencia cultural de la sociedad: tiene que impedir que la familia absorba unos intereses que le hacen falta para establecer unidades sociales superiores, y por eso en todos los individuos, pero especialmente en los muchachos adolescentes, echa mano a todos los recursos para aflojar los lazos que mantienen con su familia, los únicos decisivos en la infancia.²⁷

tación donde lo habían encerrado a oscuras: «Tía, háblame; tengo miedo porque está muy oscuro». Y la tía que le espeta: «¿Qué ganas con eso? De todos modos no puedes verme». A lo cual respondió el niño: «No importa, hay más luz cuando alguien habla». Por tanto, no tenía miedo a la oscuridad sino por el hecho de que echaba de menos a una persona querida, y pudo prometer que se apaciguaba tan pronto como recibiera una prueba de su presencia. [*Agregado* en 1920:] El hecho de que la angustia neurótica nace de la libido, es un producto de la trasmudación de esta y mantiene con ella la relación del vinagre con el vino es uno de los resultados más significativos de la investigación psicoanalítica. Para un ulterior examen de este problema, véanse mis *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), 25ª conferencia, aunque tampoco allí, es preciso confesarlo, se alcanzó el esclarecimiento definitivo. [Para las últimas concepciones de Freud sobre el tema de la angustia, véanse *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d) y la 32ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a).]

²⁵ [Este subtítulo fue omitido, probablemente por error, en las ediciones posteriores a 1924.]

²⁶ [*Nota agregada* en 1915:] Cf. lo dicho en págs. 181-2 sobre la elección de objeto en los niños y la «corriente tierna».

²⁷ [*Nota agregada* en 1915:] La barrera del incesto se cuenta probablemente entre las adquisiciones históricas de la humanidad, y, al igual que otros tabúes morales, quizás esté fijada en muchos individuos por herencia orgánica. (Cf. mi trabajo *Tótem y tabú*, 1912-13.) Empero, la indagación psicoanalítica muestra la intensidad con que los individuos deben luchar aún contra la tentación del incesto

Pero la elección de objeto se consuma primero en la [esfera de la] representación; y es difícil que la vida sexual del joven que madura pueda desplegarse en otro espacio de juego que el de las fantasías, o sea, representaciones no destinadas a ejecutarse.²⁸ A raíz de estas fantasías vuelven a

en las diversas etapas de su desarrollo, y la frecuencia con que lo trasgreden en sus fantasías y aun en la realidad. — [Si bien esta es la primera vez que el «horror al incesto» aparece en una publicación de Freud, él ya lo había examinado el 31 de mayo de 1897 (Freud, 1950a, Manuscrito N), *AE*, 1, pág. 299, o sea, algunos meses antes que tuviera su primera revelación del complejo de Edipo. También en ese manuscrito da razón de él aduciendo como fundamento el hecho de que el incesto es «antisocial».]

²⁸ [Nota agregada en 1920:] Las fantasías del período de la pubertad prosiguen la investigación sexual abandonada en la infancia, aunque también se extienden un poco hasta el período de latencia. Pueden mantenerse inconcientes en su totalidad o en gran parte, y por eso a menudo no se las puede datar con exactitud. Tienen gran importancia para la génesis de diversos síntomas, pues proporcionan directamente los estadios previos de estos, vale decir, establecen las formas en que los componentes libidinales reprimidos hallan su satisfacción. De igual modo, son los moldes de las fantasías nocturnas que devienen concientes en calidad de sueños. Estos últimos a menudo no son otra cosa que reanimaciones de tales fantasías bajo el influjo de un estímulo diurno que quedó pendiente de la vigilia, y por apuntalamiento en él («resto diurno»). [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE*, 5, págs. 489-90.] Entre las fantasías sexuales del período de la pubertad, sobresalen algunas que se singularizan por su universalidad y su considerable independencia de lo vivenciado por el individuo. Así, las fantasías de espiar con las orejas el comercio sexual de los padres, de la seducción temprana por parte de personas amadas, de la amenaza de castración [véase el examen de las «fantasías primordiales» en la 23ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17)], aquellas cuyo contenido es la permanencia en el vientre materno y aun las vivencias que allí se tendrían, y la llamada «novela familiar», en la cual el adolescente reacciona frente a la diferencia entre su actitud actual hacia los padres y la que tuvo en su infancia. Con relación a este último ejemplo, Otto Rank (1909) ha demostrado los estrechos vínculos de estas fantasías con los mitos. [Véase también el trabajo del propio Freud sobre «La novela familiar de los neuróticos» (1909c), y el historial clínico del «Hombre de las Ratas» (1909d), *AE*, 10, págs. 162-3.]

Se ha dicho con acierto que el complejo de Edipo es el complejo nuclear de las neurosis, la pieza esencial del contenido de estas. En él culmina la sexualidad infantil, que, por sus consecuencias, influye decisivamente sobre la sexualidad del adulto. A todo ser humano que nace se le plantea la tarea de dominar el complejo de Edipo; el que no puede resolverla, cae en la neurosis. El progreso del trabajo psicoanalítico ha destacado con trazos cada vez más nítidos esta importancia del complejo de Edipo; su reconocimiento ha pasado a ser el *shibboleth* que separa a los partidarios del análisis de sus oponentes. {Alude a Jueces, 12:5-6; los galaaditas distinguían a sus enemigos, los efraimitas, porque estos no podían pronunciar «shibboleth»; decían «sibboleth».)

[Agregado en 1924:] En otra obra (1924), Rank recondujo el vínculo con la madre a la prehistoria embrionaria, y así demostró el fundamento biológico del complejo de Edipo. Apartándose de lo

emerger en todos los hombres las inclinaciones infantiles, sólo que ahora con un refuerzo somático. Y entre estas, en primer lugar, y con la frecuencia de una ley, la moción sexual del niño hacia sus progenitores, casi siempre ya diferenciada por la atracción del sexo opuesto: la del varón hacia su madre y la de la niña hacia su padre.²⁹ Contemporáneo al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consuma uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua. Un número de individuos se queda retrasado en cada una de las estaciones de esta vía de desarrollo que todos deben recorrer. Así, hay personas que nunca superaron la autoridad de los padres y no les retiraron su ternura o lo hicieron sólo de modo muy parcial. Son casi siempre muchachas: de tal suerte, para contento de sus progenitores, conservan plenamente su amor infantil mucho más allá de la pubertad. Y resulta muy instructivo encontrarse con que a estas muchachas, en su posterior matrimonio, se les ha quebrantado la capacidad de ofrendar a sus esposos lo que es debido. Pasan a ser esposas frías y permanecen sexualmente anestésicas. Esto enseña que el amor a los padres, no sexual en apariencia, y el amor sexual se alimentan de las mismas fuentes; vale decir: el primero corresponde solamente a una fijación infantil de la libido.

A medida que nos aproximamos a las perturbaciones más profundas del desarrollo psicosexual, más inequívocamente resalta la importancia de la elección incestuosa de objeto. En los psiconeuróticos, una gran parte de la actividad psicosexual para el hallazgo de objeto, o toda ella, permanece en el inconciente. Para las muchachas que tienen una exagerada necesidad de ternura, y un horror igualmente exagerado a los requerimientos reales de la vida sexual, pasa a ser una tentación irresistible, por un lado, realizar en su vida el ideal del amor asexual y, por el otro, ocultar su libido tras una ternura que pueden exteriorizar sin autorreproches, conservando a lo largo de toda su vida la inclinación infantil, renovada en la pubertad, hacia los padres o hermanos. El psicoanálisis puede demostrarles sin trabajo a

que digo en este texto, deriva la barrera del incesto de la impresión traumática provocada por la angustia del nacimiento. [Véase *Inhibición, síntoma y angustia* (1926a), capítulo X.]

²⁹ Véanse mis puntualizaciones sobre el hado inevitable en la fábula de Edipo (*La interpretación de los sueños* (1900a) [AF. 4. págs. 270 y sigs.]).

estas personas que están *enamoradas*, en el sentido corriente del término, de esos parientes consanguíneos suyos; lo hace pesquizando, con ayuda de los síntomas y otras manifestaciones patológicas, sus pensamientos inconcientes, y traduciéndonlos a pensamientos concientes. También en aquellos casos en que una persona, antes sana, enferma después de sufrir una experiencia de amor desdichada, se puede descubrir con certeza, como mecanismo de su enfermedad, la reversión de su libido a las personas predilectas de la niñez.

EFFECTOS POSTERIORES DE LA ELECCIÓN INFANTIL DE OBJETO. Ni siquiera quien ha evitado felizmente la fijación incestuosa de su libido se sustrae por completo de su influencia. El hecho de que el primer enamoramiento serio del joven, como es tan frecuente, se dirija a una mujer madura, y el de la muchacha a un hombre mayor, dotado de autoridad, es un claro eco de esta fase del desarrollo: pueden revivirles, en efecto, la imagen de la madre y del padre.³⁰ Quizá la elección de objeto, en general, se produce mediante un apuntalamiento, más libre, en estos modelos. El varón persigue, ante todo, la imagen mnémica de la madre, tal como gobierna en él desde el principio de su infancia; y armoniza plenamente con ello que la madre, aún viva, se revuelva contra esta renovación suya y le demuestre hostilidad. Dada esta importancia de los vínculos infantiles con los padres para la posterior elección del objeto sexual, es fácil comprender que cualquier perturbación de ellos haga madurar las más serias consecuencias para la vida sexual adulta; ni siquiera los celos del amante carecen de esa raíz infantil o, al menos, de un refuerzo proveniente de lo infantil. Desavenencias entre los padres, su vida conyugal desdichada, condicionan la más grave predisposición a un desarrollo sexual perturbado o a la contracción de una neurosis por parte de los hijos.

La inclinación infantil hacia los padres es sin duda la más importante, pero no la única, de las sendas que, renovadas en la pubertad, marcan después el camino a la elección de objeto. Otras semillas del mismo origen permiten al hombre, apuntalándose siempre en su infancia, desarrollar más de una *serie sexual* y plasmar condiciones totalmente variadas para la elección de objeto.³¹

³⁰ [Nota agregada en 1920:] Véase mi ensayo «Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre» (1910b).

³¹ [Nota agregada en 1915:] Innumerables particularidades de la vida amorosa de los seres humanos, así como el carácter compulsivo del enamoramiento mismo, sólo pueden comprenderse por referencia a la infancia y como efectos residuales de ella.

PREVENCIÓN DE LA INVERSIÓN. Una de las tareas que plantea la elección de objeto consiste en no equivocarse el sexo opuesto. Como es sabido, no se soluciona sin algún tanteo. Con harta frecuencia, las primeras mociones que sobrevienen tras la pubertad andan descaminadas (aunque ello no provoca un daño permanente). Dessoir [1894] hizo notar con acierto la ley que se trasparenta en las apasionadas amistades de los adolescentes, varones y niñas, por los de su mismo sexo. El gran poder que previene una inversión permanente del objeto sexual es, sin duda, la atracción recíproca de los caracteres sexuales opuestos; en el presente contexto no podemos dar explicación alguna acerca de estos últimos.³² Pero ese factor no basta por sí solo para excluir la inversión; vienen a agregarse toda una serie de factores coadyuvantes. Sobre todo, la inhibición autoritativa de la sociedad: donde la inversión no es considerada un crimen, puede verse que responde cabalmente a las inclinaciones sexuales de no pocos individuos. Además, en el caso del varón, cabe suponer que su recuerdo infantil de la ternura de la madre y de otras personas del sexo femenino de quienes dependía cuando niño contribuye enérgicamente a dirigir su elección hacia la mujer;³³ y que, al mismo tiempo, el temprano amedrentamiento sexual que experimentó de parte de su padre, y su actitud de competencia hacia él, lo desvían de su propio sexo. Pero ambos factores valen también para la muchacha, cuya práctica sexual está bajo la particular tutela de la madre. El resultado es un vínculo hostil con su mismo sexo, que influye decisivamente para que la elección de objeto se haga en el sentido considerado normal. La educación de los varones por personas del sexo masculino (esclavos, en el mundo antiguo) parece favorecer la homosexualidad; la frecuencia de la inversión en la nobleza de nuestros días se vuelve tal vez algo más comprensible si se repara en el empleo de servidumbre masculina, así como en la escasa atención personal que la madre prodiga a sus hijos. En muchos histéricos, la ausencia temprana de uno de los miembros de la pareja parental (por muerte, di-

³² [Nota agregada en 1924:] En este lugar cumple mencionar un libro de Ferenczi (*Versuch einer Genitaltheorie*, 1924), obra sin duda de fantasía desbordante, pero agudísima, en que la vida sexual de los animales superiores es deducida de la historia de su evolución biológica.

³³ [El resto de esta oración, y las dos que siguen, datan de 1915. En las ediciones de 1905 y 1910 ocupaba su lugar el siguiente pasaje: «mientras que en la niña, que de todos modos ingresa en un período de represión con la pubertad, mociones de rivalidad contribuyen a apartarla del amor por las de su mismo sexo».]

vorcio o enajenación recíproca), a raíz de la cual el miembro restante atrajo sobre sí todo el amor del niño, resulta ser la condición que fija después el sexo de la persona escogida como objeto sexual y, de esta manera, posibilita una inversión permanente.

Resumen

Ha llegado el momento de ensayar una síntesis. Partimos de las aberraciones de la pulsión sexual con referencia a su objeto y a su meta; nos preguntamos si ellas surgían a consecuencia de una disposición innata o se adquirían por las influencias de la vida. Obtuvimos la respuesta a partir de la intelección de las circunstancias que rodean a la pulsión sexual en el caso de los psiconeuróticos —un grupo numeroso de seres humanos, no distante del de los sanos—. Fue la indagación psicoanalítica la que nos procuró esa intelección. Hallamos, pues, que en esas personas las inclinaciones a todas las perversiones eran pesquisables como unos poderes inconcientes que se traslucían como formadores de síntoma. Pudimos afirmar que la neurosis es, en cierto modo, un negativo de la perversión. Reconocimos entonces que las inclinaciones perversas están muy difundidas; y dado ese hecho, se nos impuso este punto de vista: la disposición a las perversiones es la disposición originaria y universal de la pulsión sexual de los seres humanos, y a partir de ella, a consecuencia de alteraciones orgánicas e inhibiciones psíquicas, se desarrolla en el curso de la maduración la conducta sexual normal. Alentamos entonces la esperanza de descubrir en la niñez esa disposición originaria; entre los poderes que circunscriben la orientación de la pulsión sexual, destacamos la vergüenza, el asco, la compasión y las construcciones sociales de la moral y la autoridad. Así, en todo cuanto constituye una aberración fijada respecto de la vida sexual normal, no pudimos menos que discernir una cuota de inhibición del desarrollo y de infantilismo. Debimos situar en primer plano la significatividad de las variaciones de la disposición originaria, pero suponer entre ellas y las influencias de la vida una relación de cooperación y no de rivalidad. Por otra parte, puesto que la disposición originaria no puede menos que ser compleja, nos pareció que la pulsión sexual misma era algo compuesto por muchos factores; y que en las perversiones, estos se disgregaban, por así decir, en sus componentes. De tal modo, las perversiones se evidenciaron por una parte como inhibiciones, y por la otra como disociaciones, del desarrollo

normal. Ambas concepciones se reunieron en una hipótesis: la pulsión sexual del adulto engendra una aspiración con una única meta sexual mediante la composición de múltiples mociones de la vida infantil en una unidad.

Y a esto sumamos todavía el esclarecimiento de la preponderancia de las inclinaciones perversas en el caso de los psiconeuróticos: la discernimos como el llenado colateral de unos canales secundarios a raíz de un corrimiento del cauce principal, provocado por la «represión»; hecho esto, pasamos a considerar la vida sexual en la infancia.¹ Nos pareció lamentable que se negara la existencia de la pulsión sexual en la infancia, y que no pocas veces exteriorizaciones de esa índole observadas en el niño se describieran como excepciones a la regla. Más bien consideramos que este trae consigo al mundo gérmenes de actividad sexual, y ya en el acto de ingerir alimento goza también una satisfacción sexual que después busca crearse, una y otra vez, en la bien conocida actividad del «chupeteo». Pero la práctica sexual del niño no se desarrolla al mismo paso que sus otras funciones, sino que, tras un breve período de florecimiento entre los dos y los cinco años,² ingresa en el período llamado de latencia. En este, la producción de excitación sexual en modo alguno se suspende, sino que perdura y ofrece un acopio de energía que en su mayor parte se emplea para otros fines, distintos de los sexuales, a saber: por un lado, para aportar los componentes sexuales de ciertos sentimientos sociales, y por el otro (mediante la represión y la formación reactiva), para edificar las ulteriores barreras sexuales. Así, a expensas de la mayoría de las mociones sexuales perversas, y con ayuda de la educación, se edificarían en la infancia los poderes destinados a mantener la pulsión sexual dentro de ciertas vías. Otra parte de las mociones sexuales infantiles escapa a estos empleos y puede exteriorizarse como práctica sexual. Según sostuvimos, puede averiguarse entonces que la excitación sexual del niño fluye de variadas fuentes. Sobre todo, produciría satisfacción la apropiada excitación sensible de las llamadas zonas erógenas; al parecer, pueden actuar en calidad de tales todo lugar de la piel y cual-

¹ [Nota agregada en 1915:] Esto no vale solamente para las inclinaciones perversas que aparecen «negativamente» en la neurosis, sino también para las perversiones positivas, propiamente dichas. Por tanto, estas no se reconducen sólo a la fijación de las inclinaciones infantiles, sino a la regresión hacia ellas a consecuencia del taponamiento de otros canales de la corriente sexual. Por eso también las perversiones positivas son asequibles a la terapia psicoanalítica.

² [Las últimas siete palabras fueron introducidas por primera vez en 1915, aunque en la edición de ese año decía «entre los tres y los cinco años»; en 1920 se substituyó «tres» por «dos».]

quier órgano de los sentidos (y probablemente cualquier órgano);³ no obstante, existen ciertas zonas erógenas privilegiadas cuya excitación estaría asegurada desde el comienzo por ciertos dispositivos orgánicos. Además, se genera una excitación sexual, por así decir como producto secundario, a raíz de una gran serie de procesos que tienen lugar en el organismo, tan pronto alcanzan cierta intensidad; y en particular, lo propio ocurre a raíz de todo movimiento intenso del ánimo, así sea de naturaleza penosa. Las excitaciones provenientes de todas estas fuentes no se conjugan todavía, sino que persiguen por separado su meta, que no es otra que la ganancia de un cierto placer. De ello inferimos, por consiguiente, que en la niñez la pulsión sexual *no está centrada* y al principio⁴ carece de objeto, vale decir, es *autoerótica*.

Ya en la infancia empieza a hacerse notable la zona erógena de los genitales, sea porque, como cualquier otra zona erógena, engendra satisfacción ante una adecuada estimulación sensible, o porque, de una manera que no comprendemos del todo, la satisfacción obtenida desde otras fuentes produce al mismo tiempo una excitación sexual que repercute particularmente en la zona genital. Tenemos que lamentar que todavía no pueda alcanzarse un esclarecimiento suficiente de los nexos entre satisfacción y excitación sexuales, así como entre la actividad de la zona genital y la de las restantes fuentes de la sexualidad.

El estudio de las perturbaciones neuróticas⁵ nos ha hecho notar que en la vida sexual infantil pueden discernirse, desde el comienzo mismo, esbozos de una organización de los componentes pulsionales sexuales. En una primera fase, muy temprana, el *erotismo oral* se sitúa en el primer plano; una segunda de estas organizaciones «*pregenitales*» se caracteriza por el predominio del *sadismo* y del *erotismo anal*; sólo en una tercera fase (que en el niño se desarrolla únicamente hasta el primado del falo)⁶ la vida sexual pasa a ser comandada por la participación de las zonas genitales propiamente dichas.

Una de las más sorprendentes averiguaciones fue la que nos llevó a comprobar que este temprano florecimiento de la vida sexual infantil (de los dos hasta los cinco años) hace madurar también una elección de objeto, con todas las ricas operaciones anímicas que ello conlleva;⁷ y de tal modo

³ [La frase entre paréntesis se agregó en 1915.]

⁴ [Las palabras «no está centrada y al principio» se agregaron en 1920.]

⁵ [Este párrafo y los dos siguientes fueron agregados en 1920.]

⁶ [La frase entre paréntesis se agregó en 1924.]

⁷ [Cf. *supra*, pág. 203, el final de la n. 22.]

que la fase que se le asocia y le corresponde, a pesar de la falta de una síntesis de los componentes pulsionales singulares y de la imprecisión de la meta sexual, ha de apreciarse como importante precursora de la organización sexual definitiva.

El hecho de la *acometida en dos tiempos* del desarrollo sexual en el ser humano, vale decir, su interrupción por el período de latencia, nos pareció digno de particular atención. En ese hecho parece estar contenida una de las condiciones de la aptitud del hombre para el desarrollo de una cultura superior, pero también de su proclividad a la neurosis. En el linaje animal del hombre no podemos rastrear nada análogo. La génesis de esta propiedad humana habría que buscarla en la historia primordial de la especie.

No pudimos precisar la medida a partir de la cual las prácticas sexuales de la infancia dejan de ser normales y se vuelven perjudiciales para el desarrollo ulterior. El carácter de las exteriorizaciones sexuales se reveló como predominantemente masturbatorio. Además, la experiencia nos permitió comprobar que influencias externas como la seducción pueden provocar intrusiones prematuras en el período de latencia hasta llegar a cancelarlo, y que en tales casos la pulsión sexual del niño se acredita de hecho como perversa polimorfa; averiguamos también que cualquier actividad sexual prematura de esa índole perjudica la posibilidad de educar al niño.

Pese a las lagunas que presentan nuestras intelecciones de la vida sexual infantil, nos vimos llevados después a ensayar el estudio de las transformaciones que le sobrevienen con la emergencia de la pubertad. Destacamos dos como las decisivas: la subordinación de todas las otras fuentes originarias de la excitación sexual bajo el primado de las zonas genitales, y el proceso del hallazgo de objeto. Ambas ya están prefiguradas en la vida infantil. La primera se consume por el mecanismo de aprovechamiento del placer previo: los otros actos sexuales autónomos, que van unidos a un placer y a una excitación, pasan a ser actos preparatorios para la nueva meta sexual, el vaciamiento de los productos genésicos; y el logro de esta meta, bajo un placer enorme, pone fin a la excitación sexual. A raíz de esto habíamos considerado la diferenciación de la sexualidad masculina y femenina, y hallamos que esta última requiere de una nueva represión que suprime un sector de virilidad infantil y prepara a la mujer para el cambio de la zona genital rectora. Finalmente, hallamos que la elección de objeto es guiada por los indicios infantiles, renovados en la pubertad, de inclinación sexual del niño hacia sus padres y los encargados de

cuidarlo, y, desviada de estas personas por la barrera del incesto erigida entretanto, se orienta hacia otras semejantes a ellas. Agreguemos, por último, que en el curso del período de transición constituido por la pubertad los procesos de desarrollo somáticos y los psíquicos marchan durante un tiempo sin entrar en contacto entre sí, hasta que irrumpe una intensa moción anímica de amor que, inervando los genitales, produce la unidad de la función de amor que la normalidad requiere.

FACTORES QUE PERTURBAN EL DESARROLLO. Como ya lo elucidamos en diversos ejemplos, todo paso en esta larga vía de desarrollo puede convertirse en un lugar de fijación, y todo punto de articulación de esta complicada síntesis, en la ocasión de un proceso disociador de la pulsión sexual.⁸ Nos resta todavía brindar un panorama de los diversos factores, internos y externos, que perturban el desarrollo, e indicar los lugares del mecanismo afectados por la perturbación que aquellos provocan. Tengamos en cuenta que los factores que se incluyen en una misma serie pueden ser de valor dispar, y estemos preparados para tropezar con algunas dificultades en la apreciación de cada uno de ellos por separado.

CONSTITUCIÓN Y HERENCIA. En primer lugar, cabe mencionar aquí la *diferencia innata de la constitución sexual*. Es probable que sobre ella recaiga el peso principal, pero, según se comprende, es discernible sólo a partir de sus exteriorizaciones posteriores, y ni siquiera entonces lo es con gran certeza. La imaginamos como el predominio de esta o estotra de las múltiples fuentes de la excitación sexual, y suponemos que esa diferencia entre las disposiciones tiene que expresarse de alguna manera en el resultado final, aunque este se mantenga dentro de las fronteras de lo normal. Por cierto, son concebibles también variantes de la disposición originaria que necesariamente, y sin ayuda ulterior, lleven a conformar una vida sexual anormal. Puede llamárselas «degenerativas», y considerárselas expresión de una tara he-

⁸ [El problema de la posible relación entre el punto de fijación y el tipo de neurosis contraída —el problema de la «elección de neurosis»— no es tratado en estos ensayos, aunque Freud venía reflexionando sobre él desde mucho tiempo atrás. Véanse, por ejemplo, sus cartas a Fliess del 30 de mayo de 1896 y del 9 de diciembre de 1899 (Freud, 1950a, Cartas 46 y 125), *AE*, 1, págs. 271 y 322. Tocó el tema en un trabajo casi contemporáneo de este (1906a), *infra*, pág. 267, y lo abordó más ampliamente en «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913i), *AE*, 12, págs. 337-9.]

redada. En relación con esto puedo informar sobre un hecho notable. En más de la mitad de los casos de histeria, de neurosis obsesiva, etc., que tuve bajo tratamiento psicoterapéutico, me fue posible demostrar que el padre había padecido una sífilis antes de casarse, ya consistiese en una tabes o una parálisis progresiva, o pudiese establecerse de algún otro modo por vía de la anamnesis. Consigno expresamente que los niños después neuróticos no presentaban ningún signo corporal de lúes hereditario, de suerte que justamente su constitución sexual anormal debía considerarse la secuela última de su herencia luética. Lejos estoy de suponer que la descendencia de padres sífilíticos sea la condición etiológica regular o infaltable de la constitución neuropática; empero, no creo que la coincidencia por mí observada sea fruto del azar o irrelevante.

Las condiciones hereditarias de los perversos positivos son menos conocidas, porque ellos suelen eludir la averiguación. No obstante, hay fundamento para suponer válido en las perversiones algo similar a lo que ocurre en las neurosis. En efecto, no es raro hallar en una misma familia perversión y psiconeurosis distribuidas así entre los sexos: los miembros masculinos, o uno de ellos, son perversos positivos, pero los miembros femeninos, de acuerdo con la proclividad de su sexo a la represión, son perversos negativos, histéricos.⁹ Es una buena prueba de la copertenencia que hemos descubierto entre ambas perturbaciones.

PROCESAMIENTO ULTERIOR. Por otro lado, no puede sustentarse el punto de vista de que la conformación de la vida sexual quedaría determinada unívocamente por el planteo inicial de los diversos componentes en la constitución sexual. Más bien el proceso de condicionamiento sigue, y las posibilidades ulteriores dependen del destino que experimenten los tributarios de la sexualidad que dimanen de cada una de las fuentes. Es evidente que este *procesamiento ulterior* decide en definitiva; en efecto, una constitución idéntica en términos descriptivos puede ser llevada por aquella a tres diversos desenlaces finales:

[1.] Cuando todas las disposiciones se mantienen en su proporción relativa, considerada anormal, y se refuerzan con la maduración, el resultado final no puede ser otro que una vida sexual perversa. Todavía no se ha abordado un aná-

⁹ [En una carta a Fliess del 11 de enero de 1897 (Freud, 1950a, Carta 55), *AE*, I, pág. 281, se describe en detalle un árbol genealógico de este tipo.]

lisis en regla de estas disposiciones constitucionales anormales; no obstante, ya conocemos casos fácilmente explicables mediante hipótesis de esa clase. Por ejemplo, acerca de toda una serie de perversiones por fijación [cf. pág. 129], los autores opinan que tendrían como premisa necesaria una debilidad innata de la pulsión sexual. Expresada en esa forma, tal concepción me parece insostenible; pero cobra pleno sentido si se alude a una debilidad constitucional de un factor de la pulsión sexual, la zona genital, zona que más tarde cobra la función de sintetizar las diversas prácticas sexuales para la meta de la reproducción. Entonces esa síntesis, requerida en la pubertad, no puede menos que fracasar, y los más fuertes entre los otros componentes de la sexualidad impondrán su práctica como perversión.¹⁰

REPRESIÓN. [2.] Otro es el desenlace cuando en el curso del desarrollo algunos componentes, que en la disposición eran hiperintensos, sufren el proceso de la *represión*. En cuanto a esta, tenemos que establecer que no equivale a una supresión (*Aufhebung*). Las excitaciones correspondientes se siguen produciendo como antes, pero un estorbo psíquico les impide alcanzar su meta y las empuja por otros caminos, hasta que consiguen expresarse como síntomas. El resultado puede aproximarse a la vida sexual normal —casi siempre restringida en tales casos—, pero complementada con una patología psiconeurótica. Son justamente los casos que conocemos bien por la exploración psicoanalítica de neuróticos. La vida sexual de estas personas se ha iniciado como la de los perversos; todo un sector de su infancia está colmado de una actividad sexual perversa, que en ocasiones continúa hasta más allá de la madurez. Más tarde, por causas internas, se produce —casi siempre antes de la pubertad, pero en algunos casos después— un vuelco represivo, y en adelante, sin que las viejas mociones se extingan, la neurosis reemplaza a la perversión. Recuérdese el proverbio: «Ramera de joven, de vieja mojígata», sólo que aquí la juventud ha resultado muy breve. Este relevo de la perversión por la neurosis en la vida de una misma persona debe coordinarse, lo mismo que la ya mencionada distribución de perversión y neurosis entre diversos miembros de una misma familia, con la intelección según la cual la neurosis es el negativo de la perversión.

¹⁰ [Nota agregada en 1915:] A menudo sucede que en la pubertad se instala ante todo una corriente sexual normal, la cual, empero, a consecuencia de su debilidad intrínseca, se detiene ante los primeros obstáculos internos y es relevada después por la regresión a la fijación perversa.

SUBLIMACIÓN. [3.] El tercer desenlace de una disposición constitucional anormal es posibilitado por el proceso de la «sublimación». En ella, a las excitaciones hiperintensas que vienen de las diversas fuentes de la sexualidad se les procura drenaje y empleo en otros campos, de suerte que el resultado de la disposición en sí peligrosa es un incremento no desdeñable de la capacidad de rendimiento psíquico. Aquí ha de discernirse una de las fuentes de la actividad artística; y según que esa sublimación haya sido completa o incompleta, el análisis del carácter de personas altamente dotadas, en particular las de disposición artística, revelará la mezcla en distintas proporciones de capacidad de rendimiento, perversión y neurosis. Una subvariedad de la sublimación es tal vez la sofocación por *formación reactiva*, que, según hemos descubierto, empieza ya en el período de latencia del niño, y en los casos favorables continúa toda la vida. Lo que llamamos el «carácter» de un hombre está construido en buena parte con el material de las excitaciones sexuales, y se compone de pulsiones fijadas desde la infancia, de otras adquiridas por sublimación y de construcciones destinadas a sofrenar unas mociones perversas, reconocidas como inaplicables.¹¹ Así, en la disposición sexual universalmente perversa de la infancia puede verse la fuente de una serie de nuestras virtudes, en la medida en que, por vía de la formación reactiva, da el impulso para crearlas.¹²

LO VIVENCIADO ACCIDENTALMENTE. Comparadas con los desenfrenos sexuales, las oleadas represivas y las sublimaciones (procesos estos dos últimos cuyas condiciones internas ignoramos por completo), todas las otras influencias parecen mucho menos importantes. Quien incluya a las represiones y sublimaciones en la disposición constitucional y las considere manifestaciones vitales de esta, tendrá sin duda derecho de afirmar que la conformación definitiva de la vida sexual es sobre todo resultado de la constitución in-

¹¹ [Nota agregada en 1920:] Hasta se ha llegado a individualizar, en ciertos rasgos de carácter, componentes erógenos determinados. Por ejemplo, la obstinación, el carácter ahorrativo y ordenado, derivan del empleo del erotismo anal. La ambición es determinada por una fuerte disposición de erotismo uretral. [Cf. Freud (1908b), AE, 9, pág. 158.]

¹² Un conocedor de los seres humanos como Emile Zola pinta en *La joie de vivre* a una muchacha que sacrifica con gozoso olvido de sí misma todo lo que posee y todo lo que podría exigir, su fortuna y sus deseos en la vida, a las personas a quienes ama, sin pedir resarcimiento alguno. La infancia de esa muchacha estuvo dominada por una insaciable necesidad de ternura que, en una oportunidad en que se vio relegada frente a otra muchacha, degradó a crueldad.

nata. Pero nadie con alguna penetración pondrá en duda que en esa cooperación de factores hay lugar también para las influencias modificadoras de lo vivenciado accidentalmente en la infancia y después. No es fácil¹³ apreciar en su recíproca proporción la eficacia de los factores constitucionales y accidentales. En la teoría se tiende siempre a sobrestimar los primeros; la práctica terapéutica destaca la importancia de los segundos. En ningún caso debería olvidarse que existe entre ambos una relación de cooperación y no de exclusión. El factor constitucional tiene que aguardar a que ciertas vivencias lo pongan en vigor; el accidental necesita apuntalarse en la constitución para volverse eficaz. En la mayoría de los casos es posible imaginar una «serie complementaria»,¹⁴ según se la llama, en la cual las intensidades decrecientes de un factor son compensadas por las crecientes del otro; pero no hay fundamento alguno para negar la existencia de casos extremos en los cabos de la serie.

Lo que más concuerda con la investigación psicoanalítica es atribuir una posición preferente entre los factores accidentales a las vivencias de la primera infancia. La serie etiológica única se descompone, pues, en dos, que cabe llamar la *predisposicional* y la *definitiva*. En la primera, constitución y vivencias infantiles accidentales cooperan como lo hacen, en la segunda, la predisposición y las vivencias traumáticas posteriores. Todos los factores deteriorantes del desarrollo sexual exteriorizan su efecto del siguiente modo: provocan una *regresión*, un regreso a una fase anterior del desarrollo.

Ahora proseguiremos nuestra tarea, que es la de pasar revista a los factores cuya influencia sobre el desarrollo sexual hemos llegado a conocer, ya constituyan poderes eficaces o meras exteriorizaciones de estos.

PRECOCIDAD. Un factor de esta clase es la espontánea *precocidad* sexual, comprobable con certeza al menos en la etiología de las neurosis, aunque, como los otros factores, no es por sí solo causa suficiente. Se exterioriza en la interrupción, el acortamiento o la eliminación del período infantil

¹³ [Todo el resto de este párrafo y el siguiente fueron agregados en 1915.]

¹⁴ [En 1915 Freud empleó la expresión «serie etiológica», reemplazándola por «serie complementaria» en 1920. Esta última parece haber sido utilizada por primera vez en la 22ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), AE, 16, pág. 316. En el párrafo que sigue dejó sin corregir «serie etiológica».]

de latencia, y se convierte en causa de perturbaciones en la medida en que ocasiona exteriorizaciones sexuales que, a raíz del carácter incompleto de las inhibiciones sexuales, por una parte, y de la falta de desarrollo del sistema genital, por la otra, sólo pueden presentarse como perversiones. Ahora bien, estas inclinaciones a la perversión pueden conservarse como tales, o convertirse en fuerzas pulsionales de síntomas neuróticos después de una represión; en todos los casos, la precocidad sexual dificulta el deseable gobierno posterior de la pulsión sexual por parte de las instancias anímicas superiores, y acrecienta el carácter compulsivo que de suyo reclaman las subrogaciones psíquicas de la pulsión. La precocidad sexual suele marchar paralela a un desarrollo intelectual precoz; así, la encontramos en la historia infantil de los individuos más prominentes y productivos; en tales casos no parece tener iguales efectos patógenos que cuando se presenta aislada.¹⁵

FACTORES TEMPORALES. Deben tenerse en cuenta, asimismo, otros factores que, junto con la precocidad, pueden reunirse bajo el rótulo de «temporales». La secuencia en que son activadas las diversas mociones pulsionales, y el lapso durante el cual pueden exteriorizarse hasta sufrir la influencia de otra moción pulsional que acaba de emerger o de una represión típica, parecen filogenéticamente establecidos. Pero tanto en esa secuencia temporal cuanto en los lapsos respectivos parece haber variaciones que, de manera ineluctable, ejercen una influencia determinante sobre el resultado final. No es indistinto que una corriente determinada emerge antes o después que su corriente contraria, pues el efecto de una represión no puede deshacerse: un desfase temporal en la composición de los elementos produce, por regla general, una alteración del resultado. Por otra parte, mociones pulsionales que emergen con particular intensidad tienen a menudo un trascurso asombrosamente breve (p. ej., el vínculo heterosexual de los que después serán homosexuales manifiestos). El hecho de que en la infancia ciertas aspiraciones se instalen con la mayor violencia no justifica el temor de que habrán de gobernar duraderamente el carácter del adulto; es igualmente lícito esperar que desaparecerán para dejar sitio a sus contrarias. («Los tiranos reinan poco tiempo».)

Ni siquiera podemos indicar la proveniencia de esas complicaciones temporales de los procesos de desarrollo. Aquí

¹⁵ [Se hace referencia a esto en el historial del pequeño Hans (1909b), *AE*, 10, pág. 114. — El párrafo siguiente fue agregado en 1915.]

el panorama se nos abre sobre una falange de problemas biológicos (y quizá también históricos) más profundos, con los que no podemos librar batalla, pues ni siquiera nos hemos aproximado lo suficiente a ellos.

ADHESIVIDAD. La significatividad de todas las exteriorizaciones sexuales prematuras es acrecentada por un factor psíquico de origen desconocido, al que por ahora tenemos que admitir como una mera provisionalidad psicológica. Me refiero a la elevada *adhesividad* (*Haftbarkeit*) o *fixabilidad* (*Fixierbarkeit*) que tiene que suponerse por fuerza en los que después se vuelven neuróticos, así como en los perversos, para completar la constelación de los hechos, pues, en otras personas, idénticas exteriorizaciones sexuales prematuras no se imprimen tan duraderamente que provoquen su repetición compulsiva y prescriban para toda la vida los caminos de la pulsión sexual. Quizás esa adhesividad se aclare en parte si atendemos a otro factor psíquico que no podemos dejar de computar en la causación de las neurosis, a saber: el mayor peso que tienen en la vida anímica las huellas mnémicas en comparación con las impresiones recientes. Es evidente que este factor depende de la formación intelectual y crece a medida que aumenta la cultura personal. Por oposición a esto, el salvaje ha sido caracterizado como el «hijo desdichado del instante».¹⁶ En virtud del vínculo de oposición existente entre la cultura y el libre desarrollo de la sexualidad, cuyas consecuencias pueden rastrearse muy en lo hondo de la conformación de nuestra vida, la importancia que posee para la vida posterior el modo en que se ha desarrollado la sexualidad del niño es muy escasa en los estadios inferiores de cultura y de sociedad, y muy elevada en los superiores.

FIJACIÓN. Ahora bien, el terreno propicio creado por los factores psíquicos que acabamos de mencionar es aprovechado por las incitaciones accidentalmente vivenciadas de la sexualidad infantil. Estas (seducción por otros niños o por adultos, sobre todo) aportan el material que, con ayuda de aquellos factores, puede ser fijado como una perturbación permanente. Buena parte de las desviaciones respecto de la vida sexual normal que después se observan han sido esta-

¹⁶ Posiblemente, la elevación de la adhesividad es también resultado de una manifestación sexual somática particularmente intensa en años tempranos. [Véase mi nota al final de «Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica (1915/), *AE*, 14, pág. 272n.]

blecidas desde un comienzo, así en neuróticos como en perversos, por las impresiones del período infantil, supuestamente exento de sexualidad. En la causación cooperan la sollicitación {*Entgegenkommen*} de la constitución, la precocidad, la propiedad de la adhesividad elevada, y la incitación contingente de la pulsión sexual por una influencia extraña.

No obstante, estas indagaciones acerca de las perturbaciones de la vida sexual han dado un fruto insatisfactorio; ello se debe a que no sabemos lo suficiente acerca de los procesos biológicos en que consiste la esencia de la sexualidad como para formar, a partir de nuestras intelecciones aisladas, una teoría que baste para comprender tanto lo normal cuanto lo patológico.